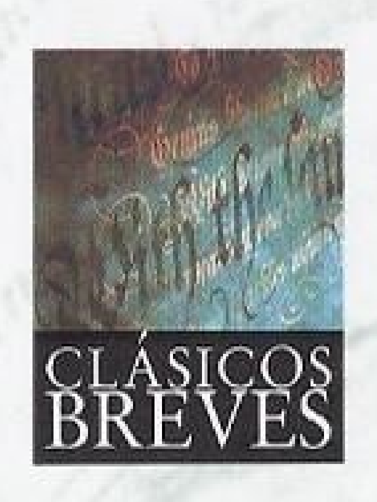




EL GRILLO DEL HOGAR

En esta ocasión, con una estructura casi teatral, Dickens construye un cuento fantástico en el que un grillo se transmuta en sucesivas hadas. La historia se desarrolla en tres días y está dividida en tres cantos.

El grillo, símbolo de la paz en los hogares humildes, es el eje del relato: en el primer canto, el grillo está feliz; en el segundo, guarda silencio; en el tercero, vuelve a cantar de nuevo. Dickens ha escrito un poema en prosa sobre la vida del hogar y el cariño conyugal, un esbozo de la vida de las personas sencillas.

Lectulandia

Charles Dickens

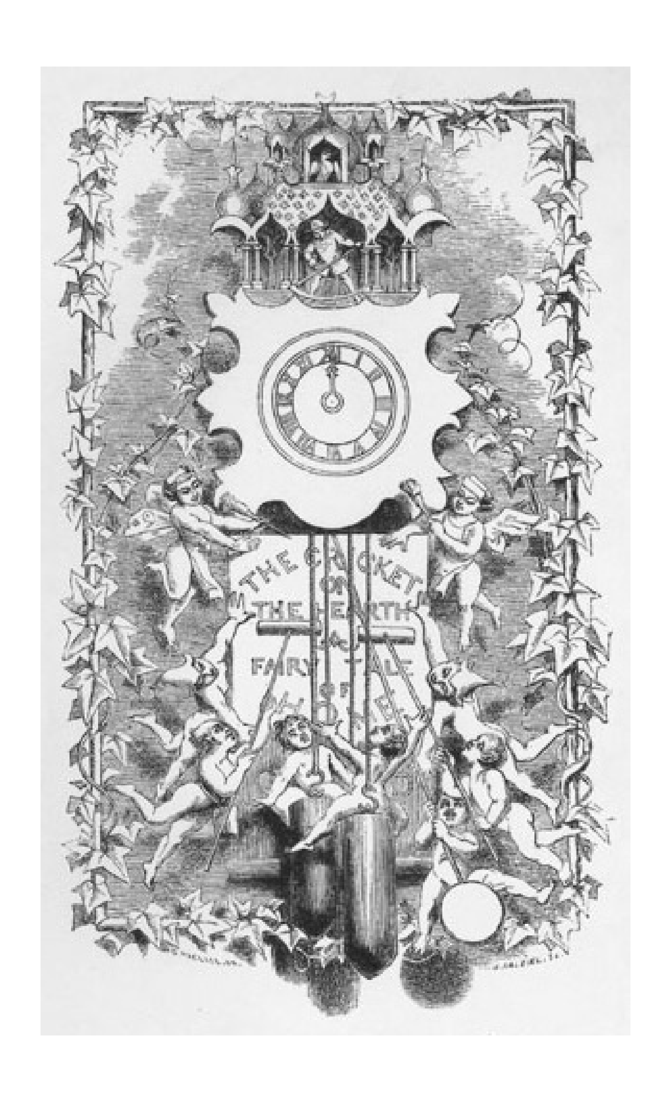
El grillo del hogar

ePUB v1.1

Crubiera 17.11.12

Título original: *The cricket on the hearth*
Charles Dickens, 1845.
Ilustraciones: Daniel Maclise, Richard Doyle, Clarkson Stanfield, John Leech & Edwin Landseer
Traducción: M. Ortega

Editor original: Crubiera (v1.1)
ePub base v2.1


THE CRICKET
ON
THE HEARTH
A
FAIRY TALE
OF

EL PRIMER CHIRRIDO



El puchero tuvo la culpa de todo. No me repitáis, por favor, lo que a la señora Peerybingle se le ocurrió decir. Yo sé mejor que ella cómo sucedió. La señora Peerybingle puede pasarse la vida, si así lo desea, afirmando que no sabe cuál de los dos empezó primero; pero yo sí sé que fue el puchero. Creo que estaba en situación de saberlo. El puchero comenzó unos cinco minutos antes de que el grillo diera su primer chirrido, según el relojito holandés de caja encerada, situado en el rincón.

¡Como si el reloj no hubiese cesado de tocar, ni el convulso segadorcito que lo culmina no hubiese terminado de dar golpes de derecha a izquierda con su guadaña, frente a un palacio morisco, y no hubiese segado la mitad de un acre de un imaginario césped, antes de que el grillo hubiese dado señales de existencia!

Porque no es que yo sea testarudo. Todo el mundo sabe que jamás pretendería imponer mi opinión personal contra la de la señora Peerybingle, a menos que estuviera absolutamente seguro de todos y cada uno de los detalles respectivos. Nada puede inducirme a adoptar tal actitud: Pero es que se trata de una cuestión de hecho. Y el hecho resulta ser que el puchero fue quien comenzó por lo menos cinco minutos antes de que el grillo diese señal alguna de su existencia; y, si se me contradice, entonces afirmaré rotundamente que fueron diez.

Dejadme, pues, que explique exactamente cómo sucedió. Voy a comenzar el relato desde un principio, y ello por la simple consideración de que, si tengo que narrar una historia, es preciso que la empiece por su inicio, y ¿cómo puedo hacerlo sin empezar por el puchero?

Parece como si hubiese habido algo así como una especie de competencia o demostración de habilidad —no sé si me hago entender— entre el puchero y el grillo. Y de esto es de lo que se trata en el fondo y lo que vais a juzgar.

La señora Peerybingle había salido una tarde al oscurecer, taconeando sobre las piedras húmedas con un par de chanclos cuyas numerosas y toscas huellas sobre el suelo reproducían la primera proposición de Euclides, y atravesó todo el patio, donde llenó una vasija en la fuente. La señora Peerybingle, al volver, se quitó los zuecos (lo que no fue poco, porque éstos eran altos y la señora Peerybingle más bien bajita) y puso el puchero en el fuego. Mientras hacía esto, perdió la paciencia o, por lo menos, ésta la abandonó por un instante, porque el agua, que estaba desagradablemente fría y convertida en una sustancia resbaladiza y fangosa por la cellisca que se escurría por todas partes, incluidos los círculos férreos de los chanclos, había llegado hasta los dedos de los pies de la señora Peerybingle, e incluso había salpicado sus piernas. Y cuando nos sentimos orgullosos de nuestras piernas (en el caso de la señora Peerybingle, con razón, desde luego) y nos preocupamos por calzar medias pulcras, encontramos duro, por lo menos, tener que soportar tales salpicaduras aunque sólo sea por un momento.

Además, el puchero demostraba ser puntilloso y obstinado. No le venía en gana

dejarse colocar en la barra superior de la rejilla, no quería dejarse convencer de que se acomodara amablemente sobre las anfractuosidades del carbón; al contrario, se inclinaba hacia delante con ademanes de borracho, derramando así, ¡vaya puchero idiota!, el agua sobre el hogar. Con el fuego se comportaba pendenciero y silbaba y chisporroteaba malhumorado. En fin, para resumir, la tapadera, resistiendo los esfuerzos de los dedos de la señora Peerybingle, empezó por perder el equilibrio y luego, con una paciencia digna de mejor causa, se hundió hasta el fondo del puchero. Y ni el casco del «Royal George» se hubiera atrevido a oponer ni la mitad de la monstruosa resistencia, para salir del agua, que la que empleó la tapadera del puchero contra la señora Peerybingle antes de permitirle conseguir su propósito.

Incluso entonces se manifestó bastante resentida y terca, manteniendo su asa con un aire de desalío y levantando el gollete como si quisiera decirle: «No me da la gana de hervir. Nada ni nadie puede obligarme a ello».

Pero la señora Peerybingle, con renovado buen humor, restregóse sus pequeñas y regordetas manos, y se sentó, riéndose, ante el puchero. Mientras tanto, una alegre llama se alzaba y desaparecía enviando sus reflejos sobre el segadorcito que remataba el reloj holandés, dando la impresión de estar allí inmóvil, ante el palacio morisco, y sin que nada se moviera, excepto la brillante llama.

No obstante, continuaba en movimiento; y sufría sus espasmos, a razón de dos por segundo, puntuales y metódicos. Pero contemplar sus sufrimientos, cuando el mecanismo estaba a punto de hacer sonar el reloj, era algo horrible, y cuando el cuclillo, saliendo por una de las ventanillas del palacio, repetía a cada turno seis veces su nota, le provocaba sacudidas catastróficas, como si se tratara de una voz fantasmal y un alambre agitara sus piernas.

No fue antes de que la violenta sacudida, el desordenado ruido de pesos y cadenas colocados debajo de él, se hubiese calmado totalmente, cuando el aterrado segadorcito volvió a recobrar la calma y su propio ser, y no es que se hubiese alarmado sin razón, pues la barahúnda que arman los huesos de los esqueletos de esos relojes llegan a desconcertar con sus movimientos, y me extraña que haya habido hombres, sobre todo holandeses, que hallasen placer en inventarlos. Existe una creencia popular que sustenta que a los holandeses les agradan las grandes y ampulosas vestimentas.

Tened en cuenta que fue en este momento cuando el puchero empezó a representar su papel en aquella velada. Fue precisamente entonces cuando, volviéndose maduro y musical, comenzó a emitir gorjeos irreprimibles de su garganta y a abandonarse a pequeños ronquidos guturales, ronquidos que atajó en sus principios, como si considerara que no constituían una buena compañía para aquellos gorjeos. Sucedió luego que, después de tres o cuatro intentos totalmente vanos para sofocar sus expansivos sentimientos y eliminar todo malhumor y toda reserva,

explotó en un chorro melódico tan alegre y gozoso, que nunca ningún ruiseñor quejumbroso había tenido de él la menor idea.

¡Y, a la vez, tan sencillo! ¡Válgame Dios! Hubierais podido entenderlo como si fuese un libro, mejor quizás que ciertos libros que vos y yo podríamos mencionar. Con su cálido aliento, que surgía a borbollones y formaba una ligera nube que, alegre y graciosa, se elevaba unos pocos pies y, al fin, se quedaba colgando en un rincón de la chimenea como si fuese su propio cielo doméstico, el puchero cantaba alegremente su canción con aquella enérgica fuerza que proporciona la complacencia, de tal manera que su férreo cuerpo tarareaba y chirriaba sobre el fuego; y la tapadera misma, la que hacía un momento se manifestaba en tan alto grado rebelde —así es de pernicioso el mal ejemplo—, efectuó una especie de giga e hizo un ruido parecido al de un címbalo, sordo y mudo, que no hubiese descubierto jamás a su mellizo.

Que la canción del puchero era un canto de invitación y bienvenida hacia alguien que estaba en el exterior, hacia alguien que en aquel momento estaba llegando a la pequeña casa recoleta y hacia el fuego chisporroteante, no cabía la menor duda. La señora Peerybingle lo sabía perfectamente, mientras dejaba vagar su pensamiento, sentada al lado del fuego. «Es una noche oscura —cantaba el puchero— y las hojas muertas cubren el suelo; y arriba vagan mansamente la neblina y las tinieblas, y abajo todo es lodo y arcilla; y sólo puede existir, en el ambiente triste y lóbrego, un solo punto para descansar la mirada, y aún dudo de que lo permita, porque no se vislumbra en derredor más que un fulgor brillante, de profundo e inflamado carmesí, en el que el viento y el sol se unen para descargarlo sobre las nubes, por ser culpables del mal tiempo; y la ancha expansión del paisaje no es más que una negruzca franja larga y triste; y la helada cubre el poste indicador y el deshielo hace intransitable las sendas; y el hielo no ha llegado a ser todavía agua ni el agua es libre; y podéis decir que nada se presenta tal como es y debería ser, sino que todo evoluciona, cambia y se transforma, pero todo va llegando, llegando, llegando».

Y aquí es cuando, si me lo permitís, os diré que hizo su entrada en escena el carillón del grillo. Se manifestó con un chirrido de tal magnitud, a guisa de coro, con una voz de tal manera desproporcionada respecto a su volumen físico, si se comparaba éste con el del puchero (aunque esto es mucho decir, pues al grillo no podía vérsele), que si éste hubiese estallado como un cañón exageradamente cargado y el grillo hubiese caído víctima de la descarga y quedado destruido su pequeño cuerpo en cincuenta trozos, ello hubiera parecido la consecuencia natural e inevitable del trabajo que con tanto ahínco estaba realizando.

El puchero había emitido el último de sus solos; perseveró, no obstante, con un ardor sostenido. Pero el grillo se situó en concertino y no abandonó su posición preferente. ¡Dios de los cielos, cómo chirriaba! Su voz, chillona, aguda, penetrante, resonaba por toda la casa y parecía centellear en la oscuridad exterior como una

estrella. Había en él un pequeño gorjeo indescriptible, y delataba un temblor en todo él cuando elevaba el tono, lo que sucedía como si sus piernas, movidas por un intenso entusiasmo, perdieran el equilibrio y se viesen obligadas a saltar y brincar. A pesar de ello, el grillo y el puchero marchaban unidos. El tema de la canción era siempre el mismo; y alto, más alto, mucho más alto todavía, cantaban, abandonándose, en su emulación, a una vibrante melopea.

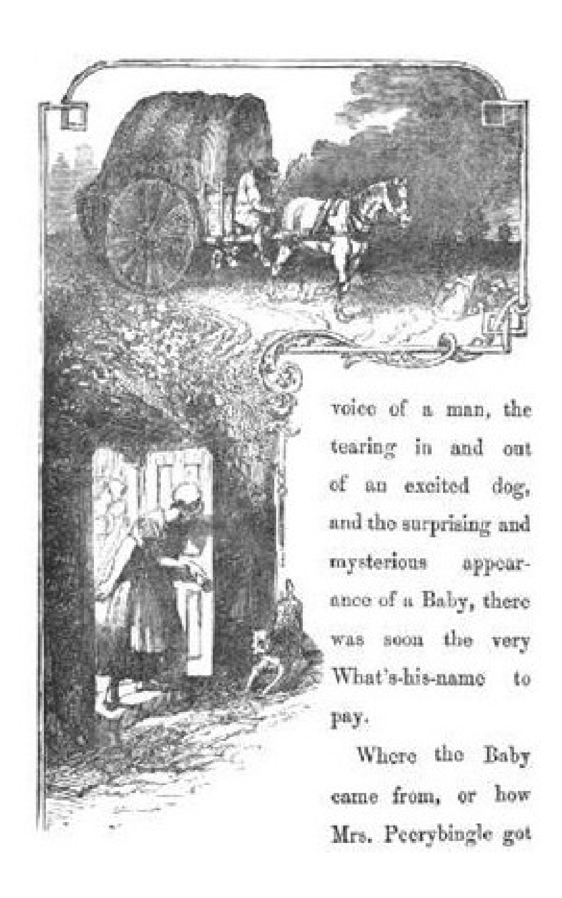
La bella oyente —porque hay que decir que la señora Peerybingle era bella y joven, si bien algo de lo que se da en llamar regordeta, cualidad ésta sobre la cual yo, personalmente, no tengo nada que oponer— encendió una vela, miró al segadorcito en lo alto del reloj, que estaba ocupándose en segar una buena serie de minutos, y miró a la ventana, donde no vio nada debido a la oscuridad, a excepción de su propia imagen reproducida en el vidrio. Soy de la opinión (y me parece que también sería la vuestra) de que se podría mirar a muchas leguas a la redonda sin ver nada tan agradable. Cuando volvió a su sitio, el grillo y el puchero continuaban con incesante furia su competencia. Lo malo del puchero estaba en que no sabía que ya había perdido su impulso.

En todo ello se percibía la excitación de una carrera. ¡Cri, cri, cri! El grillo lleva una milla de delantera. ¡Hum, hum, huuum! El puchero avanza tras él a su manera. ¡Cri, cri, cri! El grillo ha doblado ya la esquina. ¡Hum, hum, huum! El puchero se mantiene firme en su marcha, sin ningún propósito de ceder. ¡Cri, cri, cri! El grillo se manifiesta más pujante que nunca. ¡Hum, hum, huum! El puchero va despacio, pero sigue su avance. ¡Cri, cri, cri! El grillo se dispone a hacer el último esfuerzo para vencer. ¡Hum, hum, huum! El puchero no se deja dominar. Hasta que, por fin, se emburujan ambos de tal manera tan atropellada, confusa y aturdidamente en la carrera, que, respecto a saber si el puchero chirriaba y el grillo zumbaba, o si el grillo chirriaba y el puchero zumbaba, o si ambos chirriaban y ambos zumbaban, hubiera sido preciso contar con una cabeza más clara que la mía, o la vuestra, para poder decidir algo que se acercara a la realidad. Pero en esto sí que no había duda: tanto el grillo como el puchero, en el mismo e inmediato momento, y por medio de cierto poder de amalgamiento bien conocido por ellos, hicieron manar cada uno su canción, desde junto al fuego, hasta un rayo de la vela que brillaba a través de la ventana e iluminaba un largo trozo de la callejuela. Y esta luz, iluminando a cierta persona que en aquel instante se acercaba hacia ellos a través de las tinieblas, le explicó toda la cuestión, literalmente en un abrir y cerrar de ojos, y le gritó: «¡Bienvenido a casa, antiguo compañero! ¡Bienvenido a casa, muchacho!».

Alcanzado este fin, el puchero, completamente vencido, hirvió derramando furiosamente su contenido y fue apartado del fuego. La señora Peerybingle corrió entonces hacia la puerta, donde las ruedas de un carro, la marcha pesada de un caballo, la voz de un hombre, las idas y venidas de un perro, transportado de gozo, y

la sorprendente y misteriosa aparición de un niño en mantillas provocaron una confusión tal, que no era posible entenderse.

De dónde venía el niño o de qué manera la señora Peerybingle se había apoderado de él en aquel lapso de tiempo, yo lo ignoro completamente. Pero un niño vivo estaba allí, en los brazos de la señora Peerybingle, la cual parecía mostrar por ello cierta dosis de orgullo, mientras era conducida amablemente hacia el fuego por un hombre de figura robusta, mucho más alto y viejo que ella, que se veía obligado a agacharse para besarla. Pero ello valía la pena, aunque él midiese un metro setenta y cinco, y, además, padeciese de lumbago.



—¡Cielos, John! —dijo la señora Peerybingle—. ¡En qué estado habéis quedado con este maldito tiempo!

Innegablemente, el recién llegado había sufrido lo peor. La espesa neblina pendía a gotas de sus cejas y pestañas, y entre la niebla y el fuego se formaba un arco iris en los pelos de su barba.

—Ya lo veis, Dot —contestó John, lentamente, mientras se quitaba la bufanda del cuello y calentaba sus manos—; no puede decirse que nos encontremos en verano. Por lo tanto, no hay de qué extrañarse.

—Me gustaría que no me llamarais Dot, John. No me agrada —dijo la señora Peerybingle; pero de tal manera que daba a entender que, precisamente, le gustaba muchísimo.

¡Vaya! ¿Y quién sois, pues? —insistió John, mirándola con una sonrisa y

apretando su leve cintura con un abrazo tan ligero como sus descomunales manos y brazos permitían—. Una guapa moza y un precioso chiquillo —y aquí dirigió una mirada a éste—, y un… (esto se refiere a mí). Pero no me atrevo a decirlo por miedo a estropear la cosa; pero he estado a punto de gastarte la broma. Creo que nunca he estado tan cerca de hacerlo.

A menudo estaba muy cerca de algo o de cualquier cosa muy inteligente, según su propia apreciación, aquel lento, macizo y honrado John; John, tan pesado, pero tan ligero espiritualmente; tan adusto en su superficie, pero tan gentil de corazón; tan ceñudo en el exterior y tan sutil en su intimidad; tan insensible, pero tan rebueno. ¡Oh, madre naturaleza, da a tus hijos la verdadera poesía de corazón que anida en el pecho de este pobre mandadero —porque no era más que un mandadero, un recadero —, y les toleraremos que nos hablen en prosa, y nos den a conocer sus vidas en prosa, y te bendeciremos todavía por permitirnos beneficiarnos de su compañía!

Era agradable ver a Dot con su pequeña figura y su niño en brazos,, aquel muñequito, y mirando con una coqueta y preocupada ojeada el fuego; y cuando, inclinando su delicada cabecita justo a un lado, la dejaba reposar de cierta manera, medio natural y medio afectada, cariñosa y encantadora, contra la recia cara de su marido. Y era agradable verle a él, con su tierna torpeza, esforzándose por adaptar su rudo apoyo al delicado objeto a que era destinado, y hacer de su fornida madurez un sostén que no sentaba mal a la juventud esplendente de ella. Era grato observar cómo Tilly Slowboy, que esperaba un poco separada a que le entregaran el niño, contemplaba extasiada, a pesar de encontrarse todavía en la pubertad, aquel gracioso grupo, y permanecía allí plantada con la boca y los ojos abiertos por completo, y su cabecita echada adelante, aspirando aquel ambiente familiar como si fuera un aire embelesador. No menos emocionante resultaba observar cómo John, el recadero, que iba a tocar el niño, detuvo su mano cuando estaba ya a punto de hacerlo, como si tuviera miedo de lastimarle con sus gruesos dedos; e, inclinándose, le observaba a distancia, con una especie de orgullo contenido, como puede suponerse que haría un mastín cariñoso si un día se encontrara ser el padre de un inocente canario.

—¿No le encontráis precioso? ¿No es una maravilla contemplar su sueño?

—Precioso en verdad, precioso —dijo John—. De veras, lo es muchísimo. ¿Debe de estar durmiendo todo el día, verdad?

—¡No digáis eso, por Dios! De ningún modo!

—¡Oh! —añadió John, considerando mejor el asunto—, quiero decir que sus ojitos deben de estar cerrados la mayor parte del día. ¡Ah, ah!

—¡Por favor, John, que le asustáis! ¡Qué modo tan brusco de moverle!

—¿Creéis que puede hacerle ningún daño sacudirle un poco? —preguntó, sorprendido, el recadero—. ¡Mirad cómo nos hace guiños con ambos ojos a la vez! ¡Y mirad su boca! Respira con dificultad, como un pececillo de oro y plata.

—¡No merecéis ser padre, en verdad! —dijo Dot, con toda la dignidad de una matrona experimentada—. ¿Qué sabéis vos de las pequeñas molestias a que están sometidos los niños, mi querido John? ¡Ni tan sólo sabéis sus nombres, tontuelo!

Y cuando hubo dado vuelta al chiquillo para colocarlo sobre su brazo izquierdo, dándole una palmada en el dorso al cambiarle de posición, pellizcó, riendo, la oreja de su marido.

—No —dijo John, quitándose su chaqueta—. Es cierto, Dot, no puedo negarlo. Poco sé de niños. Sólo sé que he tenido que luchar toda la tarde con el viento que me sofocaba. Sopló un noreste inclemente durante todo el camino de regreso a casa.

—¡Pobre cariño mío! ¡Qué molesto debía de ser! —murmuró la señora Peerybingle, iniciando de pronto una actividad sorprendente—. Vamos, Tilly, querida, toma a nuestra monada, mientras yo voy también a ponerme a hacer algo. ¡Dios sea loado!, creo que le ahogaría de tanto besarle. ¡Ea, vete, perrazo! ¡Anda, déjanos, *Boxer*! ¡Por lo menos, dejadme hacer primero el té, John! Y cuando lo tenga preparado os ayudaré a entrar vuestros paquetes como una abeja laboriosa. «Cómo trabaja la pequeña abeja…», y todo lo demás. ¿Os acordáis, John? ¿No os enseñaban eso en la escuela?

—No la recuerdo toda —contestó John—. Una vez quise aprenderla de veras, pero me temo que, de haberla recitado, no la hubiese recordado ni su autor.

—¡Ah, ah! —rióse Dot, que tenía la risita más cascabelera que jamás hayáis oído —. ¡Buen pedazo de tontuelo estáis hecho, John, no lo dudéis!

Sin molestarse en discutir esa opinión, John salió afuera para comprobar si el mozo, que había cruzado varias veces con su linterna por delante de la puerta y la ventana, como un fuego fatuo, había cuidado bien del caballo, aunque este animal estaba tan gordo, que apenas querríais creerme si os dijese sus dimensiones, y tan viejo, que la época de su nacimiento se perdía en las tinieblas de la antigüedad. *Boxer*, opinando que toda la familia tenía derecho a sus atenciones y que éstas debían ser equitativamente distribuidas, entraba y salía con aturdida inconstancia; ahora describiendo círculos, con pequeños ladridos, en torno al caballo, que estaba siendo almohazado en la puerta del establo; más tarde, fingiendo dedicar salvajes arremetidas a su dueña, seguidas juguetonamente de súbitas paradas; luego arrancando un chillido de Tilly Slowboy, que estaba sentada en su mecedora cerca del fuego, al frotar el húmedo hocico contra su semblante; más tarde demostrando un interés intrusivo en el pequeñín; ora dando vueltas y más vueltas alrededor del fuego, ora tendiéndose en el suelo como si se dispusiera permanecer allí toda la noche; y, de repente, levantándose de nuevo y yendo afuera a menear su ridículo pedacito de cola al aire libre, como si se acordase de una cita y se alejase a trote tendido para no faltar a ella.



—¡Vamos, aquí está la tetera a punto en la repisa de la chimenea! —dijo Dot, tan agitada en su trabajo como una niña que jugase a las amas de casa—. ¡Y ahí está el jamón, y aquí la mantequilla, y el pan tostado, y todo! ¡Aquí está el cesto para los paquetes pequeños, John! Lo he puesto todo allí. ¿Dónde os habéis metido, John? ¡Cuidado con que el pequeño no se caiga a la parrilla, Tilly, hagas lo que hagas!

Hemos de observar, respecto a la señorita Tilly, a pesar de la vivacidad con que rechazó la advertencia, que tenía una rara y sorprendente propensión en situar al pequeño en posiciones difíciles, por lo que había puesto en peligro varias veces su corta vida, de una manera particularmente suya. Esa señorita era alta y delgada, de tal manera que sus vestidos daban la impresión de encontrarse a cada momento en peligro de deslizarse por sus angulosas espaldas como si fuese una percha de la que colgaban holgadamente. Su vestimenta se distinguía, en muchas ocasiones, por la irregularidad que se notaba en sus traje de franela de rara estructura, y también por permitir, mediante rápidas ojeadas a la espalda, la visión de su corsé, con un par de ballenas de color verde descolorido. Permanentemente se encontraba en estado de admiración boquiabierta ante cualquier cosa, y absorta, además, en la contemplación perpetua de las perfecciones de su dueña y del niño, con lo cual puede decirse que los pequeños errores de juicio de la señorita Slowboy hacían igual honor a su cabeza que a su corazón; aunque no hiciesen tanto honor a la frente del pequeñín, que, por su culpa, entraba en excesivo contacto con gran cantidad de puertas, cómodas, balaustradas, pilares de camas y otros objetos contundentes, pero esto quizá era debido al constante asombro que Tilly Slowboy experimentaba al sentirse tan bien

tratada e instalada en una casa tan confortable. Porque los ascendientes, tanto maternales como paternales, de la Slowboy eran personajes completamente desconocidos por las genealogías, y Tilly había sido criada por la caridad pública. Era, en fin, una expósita, cuyo estado indica habitualmente a un ser poco acostumbrado al cariño y a las atenciones de sus semejantes.

Contemplar a la pequeña señora Peerybingle ir y venir con su esposo, arrastrando el consabido cesto y ejecutando los esfuerzos más extraordinarios para, en definitiva, no hacer nada (pues era John quien, efectivamente, lo llevaba), os hubiera hecho tanta gracia como a él mismo se la hacía. También es posible que la escena hubiera entretenido al grillo, por lo que yo sé, pero lo cierto es que se puso a chirriar de nuevo vehementemente.

—¡Toma! ¿No lo oís? —dijo John, con su tono calmoso—. Creo que esta noche está más contento que nunca.

—Y yo estoy segura de que ello nos da buena suerte, John. Siempre lo he notado. Tener un grillo en el hogar es lo de más buen agüero del mundo.

John la miró como si esta idea, o algo así, le hubiera venido dando vueltas por la cabeza, pues consideraba a su mujer como a su grillo mayor y casi siempre estaba de acuerdo en compartir su opinión, pero particularizada especialmente a su persona. Con todo, no se atrevió a expresar en alta voz este pensamiento.

—La vez primera que oí su alegre canto, John, fue aquella noche que me trajisteis a casa, este nuevo hogar nuestro, para que yo fuese su pequeña dueña y señora. Hace de ello casi un año, ¿lo recordáis, John?

¡Oh, sí, claro que lo recordaba! ¡Y tanto!

—¡Su chirrido fue para mí como una bienvenida! ¡Me insinuaba tal plenitud de promesas y estímulos! Parecía decirme: «Sed buenos y amables conmigo, y no temáis». En aquel entonces, John querido, yo tenía un miedo atroz por tantas novedades como se acumulaban en mi vida, y temía que tardase demasiado en madurar la loca cabezuela de la que ya era vuestra mujercita.

John acarició, pensativo, primero uno de sus hombros y luego su graciosa cabeza, como si quisiera decir: «¡No, no; nunca tuve semejante idea!». Se había sentido muy feliz al tomarla tal como era. Y, en realidad, llevaba toda la razón. Era muy comedida.

—El grillo era sincero, John, cuando parecía decir eso. Porque vos habéis sido para mí, no tengo de ello la menor duda, el mejor, el más considerado y el más cariñoso de los maridos. Esta nuestra casa ha sido siempre un hogar feliz, John; y os diré que quiero al grillo por esta razón.

—Pues, mirad, yo también le quiero por eso —dijo el recadero—. Creedme que sí, querida Dot.

—Le quiero porque le he oído en tantas ocasiones y por los muchos pensamientos que su música inocente me ha procurado.

Algunas veces, al oscurecer, cuando me encontraba sola y desanimada, antes de que el niño llegase para hacerme compañía y alegrar la casa, cuando pensaba en cuán solo os encontraríais si yo muriese, y cuán apenada me hallaría yo si pudiese saber que me habíais perdido, querido mío, su «cri, cri, cri» en el hogar me daba la impresión de que me hablaba ya otra, vocecita, tan dulce, tan querida para mí, antes de que el sonido de esa otra voz, que estaba a punto de llegar, desvaneciese mi pesar como si hubiese sido un sueño.

»Y cuando me acometía el temor (lo temí más de una vez, John, porque yo era muy joven entonces, ¿sabéis?), cuando temía que nuestra unión no llegase a formar un matrimonio feliz, y yo no fuese más que una chiquilla y vos más mi guardián que mi marido, y que vos quizás no llegaseis, a pesar de cuantos esfuerzos hicierais, a acostumbraros a amarme como quería que fuese y como rogaba para que así fuera, entonces su «cri, cri, cri» me alegraba con una nueva esperanza y me hacía confiar. Estuve pensando en todo esto esta tarde, querido, cuando estaba sentada esperándoos; y quiero al grillo por estas razones.

—¡Y yo también, Dot! —repitió John—. ¡Mira que decirme que rogabais para que aprendiese a amaros! ¡Qué manera de hablar! ¡Eso lo aprendí mucho antes de que os trajera a esta casa para que fueseis la pequeña dueña del grillo, Dot!

Ella abandonó la mano, por un momento, en su brazo y le dirigió una mirada emocionada, como si quisiera decirle algo. Luego se puso en el suelo, de rodillas ante el cesto, y siguió hablando con voz animada y muy atareada con los paquetes.

—No hay muchos paquetes esta noche, John, pero he visto ahora algunos más detrás del carro, y aunque nos van a dar más trabajo quizás, también nos pagan por ello. Porque no tenemos razón para quejarnos, ¿verdad? Supongo que habéis distribuido ya algunos por el camino.

—¡Oh, sí! —costestó John—. Bastantes.

—¡Mirad, ved esa caja redonda! ¡Qué gracia! John, ¡es un pastel de boda!

—¡Sólo las mujeres pueden adivinar esas cosas! —dijo John, con admiración—. Es evidente que a un hombre nunca se le hubiera ocurrido una idea semejante. Y por esto creo firmemente que, aunque se empaquetase un pastel de boda en una caja de envoltorios de té, o en el fardo de un catre de tijera plegado, o en un barril de salmón en escabeche, o en cualquier embalaje inapropiado, es seguro que una mujer lo descubriría inmediatamente. Sí, he cargado una tarta de boda en la pastelería.

—¡Y pesa Dios sabe cuanto! ¡Quizás cien libras! —gritó Dot, haciendo un gran esfuerzo por levantarlo—. ¿Para quién es? ¿Quién lo manda?

—Leed la dirección al otro lado —dijo el recadero.

—¿Cómo es eso, John? ¡Dios del cielo, John!

—¿Verdad que parece imposible? —comentó el marido.

—Nunca lo hubiera imaginado —prosiguió Dot, sentándose en el suelo y

levantando su rostro hacia él—: va dirigido a «Gruff y Tackleton», el comerciante de juguetes.

John sacudió la cabeza afirmativamente.

La señora Peerybingle la movió también, cincuenta veces por lo menos, pero no asintiendo, sino en muda y compasiva sorpresa, apretando los labios con toda su débil fuerza (nunca había sido utilizada para apretarlos con aquella significación, de esto estoy plenamente convencido) y mirando al buen recadero repetidas veces en el transcurso de su inextinguible asombro. En el ínterin, la señorita Slowboy, que tenía el mecánico poder de reproducir trozos de conversaciones corrientes para distraer a su pequeño, aunque desprovistas de todo sentido normal y con todos los nombres puestos en plural, preguntaba en voz alta, a la pobre criatura, que si eran de veras los Gruff y Tackleton comerciantes en juguetes, y si se debía ir a las pastelerías para comprar las tortas de boda, y si las madres reconocían las cajas cuando sus padres las llevaban a casa, y otros temas de esta ralea.

—¿Y es verdad que van a casarse? —preguntó Dot—. ¡Pero si ella y yo, cuando éramos niñas, íbamos a la escuela juntas, John!

Él quiso imaginársela como debía de ser cuando iba a la escuela, pero en verdad se limitó a mirarla con profundo gozo, sin responder una palabra.

—¡Y él es tan viejo, tan diferente de ella! A ver: ¿cuántos años tiene más que vos, Gruff y Tackleton, John?

—No sé deciros cuántas tazas de té beberé yo esta noche en una sola sesión, pero seguro que serán más que las que «Gruff y Tackleton» haya bebido jamás en cuatro veces —replicó John, con buen humor y eludiendo la respuesta, mientras acercaba una silla a la mesa redonda y empezaba la cena por el jamón frío—. En cuanto a comer, como poco; pero este poco lo hago con gusto, Dot.

Ni aun esto, es decir, su habitual consideración acerca de sus comidas, uno de sus inocentes engaños (porque su apetito era siempre constante, y netamente le contradecía), hizo emerger una sonrisa en el rostro de su pequeña esposa, que estaba sentada en el suelo con los paquetes a su alrededor y apartando lentamente con el pie la caja de la tarta; y ni una sola vez miró, aunque bajase los ojos, los finos zapatos que habitualmente tanto le gustaba contemplar. Absorta en sus pensamientos, se quedó allí distraída respecto del té y de John (aunque él continuaba hablándole y daba golpes cortos con el cuchillo sobre la mesa para sacarla de su hechizo), hasta que él se levantó y le tocó el brazo; y entonces ella le miró por un momento y se fue a toda prisa a sentarse en su sitio, en la mesa de té, riéndose de su distracción. Pero no con el tono de risa con que había reído antes. El tono y la música habían cambiado por completo.

También el grillo había interrumpido su canto. En cierta manera, la habitación no estaba tan alegre como lo había estado antes. No había ninguna semejanza entre los

dos momentos.

—Así pues, éstos son todos los paquetes, ¿no es cierto, John? —preguntó ella, rompiendo un largo silencio que el probo recadero había dedicado a poner en práctica una parte de su frase favorita, es decir, disfrutando de lo que comía, que en realidad no podía decirse que fuera poco—. Estos son todos los paquetes, ¿no es así John?

—Estos son todos, en efecto —dijo John—. ¡Eh! No… Yo… —añadió, dejando su cuchillo y su tenedor, y exhalando un profundo suspiro—. Confieso sinceramente que me he olvidado del todo del anciano caballero.

—¿Qué caballero anciano?

—Está en el carro —dijo John—. Estaba dormido sobre la paja la última vez que le vi. Por lo menos, le he recordado dos veces desde que llegué, pero se me fue de nuevo de la cabeza. ¡Ea, levantaos! ¡Hemos llegado a mi casa!

John dijo estas últimas palabras traspasando la puerta, a la que se había precipitado con la vela en la mano.

La señorita Slowboy, consciente de que había algún misterio respecto al mencionado caballero, al que relacionaba, en su imaginación, con vagos conceptos de naturaleza religiosa, debido a la frase «el anciano caballero», puesto que así era apodado el diablo en el país, se azaró de tal manera, que se levantó a toda prisa de la silla baja del lado del fuego para buscar protección en las faldas de su dueña, pero se encontró, al cruzar la puerta de entrada, con un viejo forastero, a quien dio un trompazo con el único instrumento ofensivo que llevaba en la mano. Este instrumento ocurrió ser el pobre niño, por lo cual el incidente provocó una gran conmoción, a la que siguió la alarma correspondiente, que la sagacidad de *Boxer* se cuidó de aumentar exageradamente, porque ese buen perro, más inteligente que su dueño, había estado vigilando, según parece, al viejo caballero durante su sueño, temiendo que se fugase con unos cuantos pimpollos de álamo que estaban atados en la parte trasera del carro, y se había colocado para ello muy cercano al durmiente, y ahora le mordisqueaba las piernas y atacaba vivamente los botones de sus polainas.

—No puede negarse que sois un fantástico dormilón, caballero —dijo John, cuando la calma se hubo restablecido.

En el ínterin, el anciano caballero había permanecido en pie, con la cabeza descubierta e inmóvil en el centro de la sala.

El forastero, que llevaba largo cabello blanco, tenía facciones agradables, era excepcionalmente vigoroso y expresivo para un hombre de su edad y poseía unos ojos oscuros, brillantes e inquisitivos, miró a su alrededor con una sonrisa y saludó a la esposa del recadero, inclinando solemnemente la cabeza.

Su atavío era rebuscado y extraño, de una moda perdida en la lejanía de los tiempos, y de color oscuro. En su mano sostenía un fuerte bastón de viaje o de paseo, con la punta del cual dio un golpe en el suelo, lo que hizo que el bastón se convirtiera

en una silla; y en ella se sentó con mucha compostura.

—¡Mira! —exclamó el recadero, volviéndose hacia su esposa—. ¡Así es como me lo encontré, sentado en la carretera! Tieso como un mojón y casi tan sordo.

—¿Sentado al aire libre, John?

—Al aire libre —ratificó el recadero—, justo al anochecer. «Porte pagado», me dijo; y me dio dieciocho peniques. Se subió al carro… ¡y aquí le tenéis!

—Supongo que se va a marchar, John.

De ningún modo. Lo que iba a hacer era empezar a hablar.

—Si me permitís, me quedaré aquí hasta que me vengan a buscar —manifestó, suave, el forastero—. No os preocupéis por mí.

Después de decir eso, sacó un par de lentes del fondo inmenso de uno de sus bolsillos, y un libro del otro, y tranquilamente se puso a leer, no haciendo ya más caso de la ferocidad de *Boxer* que si éste hubiese sido un cordero doméstico.

El recadero y su mujer cambiaron una mirada de perplejidad. El forastero levantó la cabeza y, mirando a ésta y luego a aquél, dijo:

—¿Vuestra hija, verdad, mi buen amigo?

—Esposa —le respondió John.

—¿Sobrina? —preguntó el forastero de nuevo.

—¡Esposa! —gritó John.

—¿De veras? —preguntó otra vez el forastero—. Hay que reconocer que es muy joven.

Con toda suavidad se volvió y continuó su lectura. Pero, antes de que hubiese podido leer dos líneas, interrumpió de nuevo su lectura para preguntar aún:

—¿El niño es vuestro?

John le dedicó un gigantesco ademán afirmativo, equivalente a una contestación emitida a través de una bocina.

—¿Niña?

—¡Chiiico!

—También es muy joven, ¿verdad?

La señora Peerybingle intervino inmediatamente.

—¡Dos meses y tres días! ¡Vacunado hace seis se-ma-nas! ¡Le ha cogido per-fec-ta-men-te bien! El doctor le considera un muchacho excepcionalmente ro-bus-to. Igual que todos los demás niños a los cin-co me-ses Entiende muchas cosas de las que se le dicen. Lo creeréis imposible ¡pero ya casi se tiene en pie!

Aquí la mujercita, jadeante, pues había gritado esas frases en el oído del anciano, al extremo de que su linda carita estaba congestionada, presentó el niño al viejo como una triunfante demostración de testarudez; mientras, Tilly Slowboy, con su melodioso grito de «Ketcher, Ketcher», que sonaba como unas palabras desconocidas y resonaba como un estornudo, se puso a hacer cabriolas alrededor de la inocente criatura.

—¡Oíd! Seguramente vienen a buscarle —dijo John—. Hay alguien en la puerta. ¡Ábrela, Tilly!

Antes de que pudiera hacerlo, no obstante, la puerta fue abierta desde fuera, gracias a que era una puerta primitiva, provista de un picaporte que cualquiera podía levantar a su gusto, y mucha gente tenía ese gusto, porque a numerosos vecinos les apetecía pasar un rato con el recadero, aunque éste no fuese un gran parlanchín. Una vez abierta, ta puerta dejó entrar a un hombre pequeño, flacucho, preocupado y de cara sucia, que parecía haberse confeccionado él mismo una gran chaqueta con una tela de saco que tiempo ha debía haber envuelto alguna vieja caja; porque, cuando se volvió para cerrar la puerta, para evitar que entrara el frío, dejó descubierta, sobre la espalda de aquella especie de abrigo, la inscripción G y T, en grandes y negras mayúsculas. Y también la palabra VIDRIO en gruesos caracteres.

—Buenas tardes, John —dijo el hombrecito—. Buenas tardes, señora. Buenas tardes, Tilly. Buenas tardes, caballero. ¿Cómo está el niño? *Boxer*, supongo que debe de seguir bien.

—¡Todos magníficamente bien, Caleb! —contestó Dot—. Estoy segura de que no necesitáis más que mirar al pequeñín para saber eso.

—O fijarme en vos misma —replicó Caleb.

No obstante, no la miró, porque tenía un ojo preocupado y errante, el cual parecía estar siempre mirando hacia otro lugar y en otro tiempo, sea lo que fuere lo que dijese; y lo mismo podría decirse de su voz.

—John podría ser otra muestra de ello —dijo Caleb—. O Tilly, ya que todos estáis magníficos. Y no digamos nada de *Boxer*.

—¿Va bien el trabajo, Caleb? —preguntó el recadero.

—Ya lo creo; muy bien, John —contestó, con el aire distraído de un hombre que estuviese por lo menos haciendo investigaciones acerca de la piedra filosofal—. No puedo quejarme por ningún concepto. La gente está corriendo en este momento tras las arcas de Noé. Y me hubiera gustado aprovechar este interés para fabricar también algunos personajes de la familia, pero no estoy seguro de a qué precio resultaría la colección. Hubiese sido una satisfacción dar una idea de lo que habían sido Sem y Cam, y sus esposas. Pero estos personajes no se venden tanto, comparados con los elefantes. ¡Ah! A propósito: ¿tenéis algún paquete para mí, John?

El recadero metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que se había quitado y sacó, cuidadosamente envuelto en musgo y papel, un diminuto tiesto de flores.

—¡Ahí lo tenéis! —le dijo, rehaciendo el envoltorio con gran atención—. No se ha estropeado ni una hoja. Está llena de brotes.

El triste ojo de Caleb se iluminó cuando tomó la pequeña maceta y dio las gracias a John.

—Es caro, Caleb —comentó John—. Muy caro, dada la temporada.

—¡No importa eso! De todos modos, hubiera sido barato para mí, cualquiera que fuese su precio —insistió el hombrecillo—. ¿Nada más, John?

—Una cajita —contestó el recadero—. ¡Ahí la tenéis!

«Para Caleb Plummer» —dijo el hombrecillo, deletreando en voz alta la dirección —. «Con dinero». ¿Con dinero, John? No creo que esto sea para mí.

—Dice: «Con cuidado» —replicó el recadero, mirando por encima del hombrecito—. ¿De dónde sacáis eso del dinero?

—¡Oh, tenéis razón, John! —asintió Caleb—. ¿De dónde he sacado eso del dinero? «Con cuidado». ¡Claro, claro! ¡Vaya confusión! Esto es para mí. Hubiera podido ser dinero, naturalmente, si mi querido muchacho, el que marchó a Sudamérica en busca de oro, hubiese vivido, John. Vos le amabais como a un hijo, ¿no es cierto? No hay necesidad de respuesta. Me consta, buen amigo. «Caleb Plummer. Con cuidado». Sí, claro; todo está en orden. Es una caja de ojos para muñeca; los necesita mi hija para su trabajo. ¡Ojalá se encontrara también en la caja alguno para su mirada!

—Yo también desearía que estuviese allí, o que fuera posible que estuviera —exclamó muy serio el recadero.

—¡Gracias! —dijo el hombrecillo—. Habláis, como siempre, con extrema bondad. ¡Pensar que jamás ha podido ver sus muñecas, mientras todas ellas se pasan el día entero con sus ojos fijos en ella! ¿No es eso muy cruel, John? Decidme qué os debo.

—¡La que os voy a dar si repetís esta pregunta! —observó John.

—¡Bien! Os agradezco vuestra manera de comportaros —añadió el hombrecillo —. Vamos a ver. Creo que esto es todo.

—Yo creo que no —dijo el recadero—. Buscad todavía.

—¿Algo para el dueño, no? —dijo Caleb, después de reflexionar con atención—. Seguro que sí. Es precisamente para eso que he venido. Pero mi cabeza está llena de arcas de Noé y de todos esos trastos. Pero ¿quizás ha venido él en persona?

—No, ciertamente —contestó el recadero—. Está demasiado atareado con su noviazgo.

—Sin embargo, vendrá —afirmó Caleb—, porque me ha dicho que le aguardase en un punto de la carretera y que me llevaría a casa, y me apuesto lo que queráis a que cumple su palabra. Pero quizás será mejor que me vaya… por si las moscas. ¿Seríais tan amable de dejarme pellizcar el rabo de *Boxer*, señora, por un momento?

—¡Oh, Caleb, vaya preguntas las vuestras!

—¡Oh, no os lo toméis a mal! —respondió el hombrecito—. Quizás podría gustarle. Precisamente acabo de recibir un pedido de perros ladradores, y me agradaría encontrar la manera de fabricar unos que ladrasen tan naturalmente como fuese posible, por seis peniques la pieza. Esto es todo, señora. No os lo toméis muy

en serio.

Y dio la casualidad que *Boxer*, sin recibir el estímulo que se le proponía, esto es, sin necesidad de pisotón, empezó a ladrar con denodado celo. Pero como ello era provocado por el acercamiento de un nuevo visitante, Caleb, dejando para otro día el estudio al natural de los ladridos, se cargó en la espalda la caja redonda y se dispuso a marcharse sin más cumplidos. Hubiera podido perfectamente ahorrarse las prisas, porque se encontró con el visitante en el umbral.

—¡Oh, qué bien; estáis aquí! Aguardad un momento —dijo el hombrecito—. Os llevaré a casa. John Peerybingle, mis cumplidos. Más cumplidos para vuestra bella esposa. ¡Más bonita cada día! ¡Mucho más bonita, si es posible! Y más joven —murmuró el orador, en una voz bajísima—: parece cosa del diablo.

—Me sorprendería la manera de hacer cumplidos que gastáis, señor Tackleton —dijo con toda sencillez Dot, con la mejor gracia del mundo—, si no los justificase vuestra nueva situación.

—¿Yo lo debéis de saber todo, naturalmente?

—Al final he llegado a creer algo —respondió Dot.

—Después de cierta lucha, supongo.

—¡Exacto!

Tackleton, el comerciante en juguetes, conocido mejor por «Gruff y Tackleton» —porque éste era el nombre de la razón social, aunque la parte de Gruff había sido comprada hacía mucho tiempo, dejando en la firma sólo su nombre, y algunos afirmaban que también su brusquedad—, Tackleton, el comerciante en juguetes, era un hombre cuya vocación había sido mal comprendida por sus padres y preceptores. Si hubiesen hecho de él un prestamista o un hábil abogado, o un jefe de policía, o un agente de cambio y bolsa, si queréis, podría haber diseminado los malhumores inherentes a su carácter durante su juventud, y quizás se hubiera transformado, al fin, en un sujeto amable, aunque sólo hubiese sido por la novedad. Pero, obligado a contener su verdadera naturaleza bajo el placentero trabajo del comercio de muñecas, se había constituido en un verdadero ogro doméstico y, a pesar de haber vivido toda su vida de los niños, se había transformado en su implacable enemigo. Detestaba todos los juguetes; no hubiera comprado ninguno por nada del mundo; en su malicia, se recreaba en dotar de expresiones agrias las caras de sencillos campesinos, fabricados con cartón, que llevaban los cerdos al mercado; de pregoneros con trompeta que anunciaban una recompensa a quien hallase las conciencias perdidas de los abogados; de las viejas mecánicas que zurcían medias o modelaban tartas, y de otros personajes semejantes que formaban el vasto repertorio de su negocio.

Le gustaba aterrorizar con muñecos que salían de pronto de las cajas, dotados de caras espantosas, vellosos, de ojos rojizos; con cometas semejantes a vampiros demoníacos que volaban perpetuamente y tenían a los niños sujetos al espanto y

desconcierto. Estos pequeños mecanismos monstruosos eran su única expansión y su válvula de escape. Era habilísimo en tales invenciones. Cualquier artilugio que pudiera sugerir una pesadilla, era una delicia para él. Incluso había llegado a perder dinero (y se dedicó a este género de juguete con mucho gusto) en crear diapositivas con duendes para linternas mágicas, en las que los poderes de las tinieblas aparecían como una especie de mariscos sobrenaturales con caras humanas. Dedicado a exagerar la monstruosidad de los gigantes, había perdido un pequeño capital; y, aunque él no era un pintor, podía sugerir, para instrucción de sus artistas, con un pedazo de yeso, cierta furtiva mirada de reojo para intensificar la expresión de tales monstruos, los cuales bastaban para destruir la paz en el pensamiento de cualquier joven caballero entre las edades de los seis a los once años, durante toda la Navidad y las vacaciones de verano.

Y lo que era con los juguetes (al igual que muchos hombres), lo era en otros aspectos. Podéis suponer fácilmente, no obstante, que debajo de la gran capa verde, que le llegaba hasta las pantorrillas, se encontraba, abotonado hasta la barbilla, un sujeto excepcionalmente agradable; y que era, como carácter, un espíritu escogido y un sugestivo compañero, montado sobre un enorme par de botas de piel de becerro y forro de color de caoba.

Pues en éstas estábamos cuando surgió la noticia de que Tackleton, el comerciante en juguetes, iba a casarse. A pesar de todo lo que acabamos de explicar, iba a casarse. Y con una mujer joven, además; y bella, por añadidura.

No tenía el aspecto de un novio, cuando entró en la cocina del recadero, a juzgar por su seco rostro retorcido, su rara figura contrahecha y el sombrero calado hasta la nariz, con las manos hundidas en el fondo de los bolsillos y toda su alma enfermiza y sarcástica saliéndosele por el guiño de un pequeño ojillo, como si en él se concentrara la pérfida intención de innumerables cuervos. Todo podía serlo, menos la efigie de un novio.

—Dentro de tres días, el próximo jueves; el último día del primer mes del año: éste es mi día de bodas —dijo Tackleton.

¿He de mencionar que tenía siempre un ojo ancho abierto y otro casi cerrado, y que el ojo casi cerrado era precisamente el expresivo? No creo que deba hacerlo.

—Este es el día de mi boda —repitió Tackleton, traqueteando sus monedas.

—¡Qué casualidad! También fue el nuestro —exclamó el recadero.

—¡Esta sí que es buena! —rió Tackleton—. Y formáis una pareja muy semejante a la nuestra.

La indignación de Dot, al oír esta presunción, no puede describirse. Es más: en su imaginación veía la posibilidad dé que interviniese otro niño y que él quisiera compararlo al suyo, quizás. Aquel hombre estaba definitivamente loco.

—¡He de deciros una cosa! —murmuró Tackleton, empujando al recadero con el

codo y tomándolo aparte un momento—. ¿Vendréis a la boda? Estamos desde ahora en el mismo bote, ¿os dais cuenta de ello?

—¿Qué queréis decir con que estamos en el mismo bote? —curioseó el recadero.

—Sí; con muy poca diferencia, ¿sabéis? —dijo Tackleton, con otro empujoncito —. Pasaos de antemano, cualquier tarde, por casa y la pasaremos juntos con mucho gusto.

—¿Cómo? —preguntó John, sorprendido por tan precipitada hospitalidad.

—¿Cómo? —repitió el otro—. Pues sí que es ésta una buena manera de recibir una invitación. Pues debido a… al gusto de hacerlo, en aras de la sociabilidad, y ya sabéis, por todo esto que se acostumbra a decir…

—¡Yo creo que no habéis sido nunca tan sociable! —dijo John, en su franca manera de expresarse.

—¡Bah! Ya comprendo que con vos no se tiene que andar nunca con rodeos, John —dijo Tackleton—. Pero, en fin, la verdad es que tenéis un… ¿Cómo lo llama esa gente que acostumbra a tomar té…? Una especie de amable apariencia, vos y vuestra esposa. De todos modos, ya sabéis mejor… ¿Comprendéis…? Pero…

—¡Cierto que no comprendemos nada! —interrumpió John—. Decid, en fin, ¿de qué estáis hablando?

—Bueno, digamos mejor que nosotros no sabemos… —añadió Tackleton—. Todos estamos de acuerdo en que no sabemos… En el fondo, ¿qué importa eso? Pero como la gente cree que tenéis esta buena manera de comportaros, creemos que vuestra compañía produciría buen efecto en la señora Tackleton. Y como no creo que a vuestra esposa le caiga yo demasiado bien, en este asunto, podría hacer un esfuerzo por coincidir conmigo sólo en esta ocasión, porque estoy convencido de que siempre sabe crear una atmósfera agradable y confortable que la distingue, incluso cuando se trata de asuntos indiferentes. ¿Me vais a prometer que vendréis?

—Habíamos decidido celebrar el aniversario de nuestra boda en casa —declaró John—. Nos lo prometimos hace seis meses. Pensábamos, claro, que aquí…

—¡Bah! ¿Qué tiene esta casa? —exclamó Tackleton—. ¡Cuatro paredes y un techo! ¿Por qué no matáis a ese grillo? ¡Yo lo haría! ¡Hace tiempo que lo hubiera hecho, de estar en vuestro lugar! ¡Odio este ruido! También en mi casa hay cuatro paredes y un techo. ¡Venid a ella!

—¡Ah!, ¿conque vos matáis a vuestros grillos, eh? —exclamó John.

—¡Los pisoteamos! —confesó el otro, dejando caer el tacón de su bota contra el suelo—. ¿Vendréis, verdad? En ello tenéis tanto interés como yo, ¿sabéis?, porque las mujeres se convencen unas a otras de que son tranquilas y comprensivas, y ello no puede ser mejor para nosotros los maridos. Todo lo que una mujer dice, otra mujer está dispuesta a remacharlo siempre. Es el sentido de la emulación entre ellas, que las domina. Por esto, si vuestra esposa dice a la mía: «Soy la mujer más feliz del mundo,

y el mío es el mejor marido de la tierra, y le adoro», mi mujer dirá lo mismo a la vuestra, o quizás más, y se lo creerá.

—¿Es que teméis que vuestra esposa no lo haga por propio sentimiento? —preguntó el recadero.

—¿No haga qué? —gritó casi Tackleton, con una especie de corta y penetrante risa—. ¿Qué es lo que ella no tiene que hacer?

El recadero estuvo tentado de contestar: «Adoraros». Pero casualmente encontró el ojillo medio cerrado que le hacía un guiño por encima del cuello de la capa, y este gesto le hizo comprender que aquel hombre poca cosa poseía que provocara la adoración, y se lo manifestó cambiando algo el tono de su respuesta:

—Volverse loca de amor por vos.

—¡Ah, tunante! Estáis bromeando —dijo Tackleton.

Pero el recadero, si bien lento en comprender el verdadero significado de su gesto, le escrutó con tal seriedad, que se vio obligado a ser algo más explícito.

—Tengo el humor —dijo Tackleton, escondiendo los dedos de la mano izquierda y manteniendo tieso el dedo índice, como si quisiera significar: «Yo soy Tackleton y hago saber…»—, tengo el humor, caballero, de contraer matrimonio con una mujer joven, y bella por cierto —aquí levantó el meñique, que debía de representar a la novia, no lentamente, sino rápido, con una expresión de poder—. Soy capaz de hacerlo y lo haré. Así se me antoja. Pero… mirad ahora.

Y señaló el sitio donde estaba sentada Dot, pensativa, ante el fuego, apoyando la barbita, adornada con un gracioso hoyuelo, sobre una mano y contemplando la ardiente llama. El recadero miró a ella, luego a él, otra vez a ella y hacia él de nuevo.

—Os honra y os obedece, sin duda alguna —dijo Tackleton—; y eso, lo reconozco, aunque no soy un sentimental, es ya bastante y aun demasiado para mí. Pero ¿creéis que hay algo más, además de eso?

—Creo —observó el recadero— que estoy dispuesto a echar por la ventana a quien se atreva a decir lo contrario.

—Exactamente esto —afirmó el otro, apresurándose a dar su asentimiento, cosa poco corriente en él—. ¡Claro que sí! Sin duda haríais bien en hacerlo. Estoy de ello absolutamente seguro. ¡Buenas noches! Que tengáis excelentes sueños.

El buen recadero estaba azarado, molesto y dubitativo a pesar suyo. Y no podía evitar manifestarlo a su manera.

—Buenas noches, querido amigo —dijo Tackleton, compasivamente—. Me voy. Somos exactamente iguales, en el fondo, ¿sabéis? ¿No querríais venir a casa mañana por la noche? Bien. Al día siguiente vendremos a visitaros nosotros, a buen seguro. Nos veremos, pues… y traeré a mi mujer. No le sentará mal. Sois un hombre excelente. Gracias. ¿Qué es eso?

De pronto se había oído un grito estridente de la mujer del recadero; un alto,

agudo e inesperado grito que hizo vibrar la habitación como un vaso de cristal. Se había levantado de su sitio y se puso en pie transfigurada por el terror y la sorpresa. El forastero había avanzado hacia el fuego para calentarse y se había colocado muy cerca de su silla. Pero estos movimientos los efectuó muy quedamente.

—¡Dot! —exclamó el recadero—. ¡Dot! ¡Cariño! ¿Qué os sucede?

Todos la rodearon en un momento. Caleb, que se había quedado dormitando sobre la caja del pastel, en su primer movimiento, al recuperar el ánimo, cogió a la señorita Slowboy por los cabellos, pero inmediatamente le pidió perdón por su gesto.

—¡Dot! —exclamó de nuevo el recadero, cogiéndola entre sus brazos—. ¿Qué os ha sucedido? ¿Estáis enferma? ¡Decidme qué ha sido, querida!

Ella contestó palmoteando y abandonándose a una gran explosión de risa. Luego, desprendiéndose del abrazo de John, se cubrió la cara con el delantal y lloró amargamente. Y más tarde volvió a atacarle la risa, a llorar de nuevo, a declarar que sentía frío, y se dejó llevar en los brazos de John a la vera del fuego, donde se sentó en el mismo lugar de antes. El forastero permanecía en pie, como antes, completamente inmóvil.

—Ya me encuentro mejor, John —dijo ella—. Ahora me siento totalmente bien… Yo…

Pero John estaba al otro lado de ella, y era incomprensible que hubiese vuelto la cara hacia el extraño caballero anciano, como si se dirigiese a él. ¿Estaba su mente perturbada?

—No ha sido más que un desfallecimiento, John querido… una especie de conmoción, como si algo se hubiese presentado súbitamente ante mis ojos. No sé lo que fue. Pero ya ha pasado, todo ha pasado.

—Me tranquilizáis al decirme que ya ha pasado todo —musitó Tackleton, haciendo dar una vuelta a su ojo entornado alrededor de la habitación—. Me pregunto adonde puede haber ido la aparición, y me gustaría saber qué era. ¡Hum! Caleb, acercaos. ¿Quién es ese señor del pelo gris?

—No lo sé, señor —contestó Caleb en voz baja—. Nunca le había visto antes en mi vida. Parece una figura muy a propósito para un cascanueces, un modelo absolutamente nuevo.

—¡No sería bastante feo! —comentó Tackleton.

—O también para una fosforera —observó Caleb, en profunda meditación—. ¡Vaya modelo! Se desenroscaría la cabeza para ponerle las cerillas dentro; y al poner la figura en pie, se encendería. ¡Vaya fosforera para la repisa de una chimenea, en casa de un caballero!

—¡No resulta lo suficiente horrible! —dictaminó Tackleton—. Nada en él provoca espanto. ¡A ver, venid! ¡Traed la caja! ¿Todo está bien, ahora?

—¡Oh, sí, todo está perfectamente bien! —exclamó la mujercita, acompañando

las palabras con un gesto de la mano—. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —dijo Tackleton—. ¡Buenas noches, Peerybingle! Id con cuidado al llevar esa caja, Caleb. Si la dejáis caer, os mato. La oscuridad es completa, y el tiempo peor que nunca. ¡Buenas noches!

Y luego, con otra rápida mirada por la habitación, traspasó la puerta seguido de Caleb con el pastel de boda sobre la cabeza.

El recadero había quedado tan sorprendido por el incidente de su mujercita, y tan atareado en calmarla y atenderla, que casi no había notado la presencia del forastero hasta el momento en que éste pasó a ser el único huésped de la familia.

—¿No se ha ido con ellos? —musitó John—. Voy a insinuarle que se vaya.

—Disculpad, amigo —dijo el viejo caballero, acercándose a John—; temo ser inoportuno, puesto que vuestra esposa no se ha encontrado bien, pero la persona que atiende mi enfermedad —y al decir esto tocóse las orejas y señaló su cabeza—, y que por esta razón me es indispensable, no ha llegado todavía, y me temo que haya habido alguna equivocación. La mala noche que está haciendo (quizás no he conocido otra peor) había convertido vuestro carro en un agradable refugio. ¿Accederéis, con vuestra probada amabilidad, a que alquile una cama en vuestra casa?

—Sí, sí —exclamó Dot—. Sí, ¡claro que sí!

—¡Oh! —dijo entonces el recadero, sorprendido por la rapidez del consentimiento—. Bien. No me opongo a ello; no obstante, no estoy aún seguro de que…

—¡Chitón! —le interrumpió ella—. ¡Querido John…!

—No hay nada que temer: está más sordo que una tapia —la tranquilizó él.

—Ya lo sé, pero… Sí, señor, con mucho gusto. Sí. Voy a prepararle la cama en seguida, John.

Mientras corría a ejecutar lo dicho, la emoción que sentía y la agitación de sus maneras eran tan extrañas, que el recadero se la quedó mirando muy aturdido.

—Ya lo ves: las madres se dedican a hacer las camas, ahora —dijo la señorita Slowboy al chiquillo—, y los cabellos de los viejos son negros y rizados, cuando se quitan sus gorros, y asustan a los preciosos pequeñuelos sentados cerca del fuego.

Por esa incontenible atracción por las fruslerías que a veces ataca incidentalmente a uno en un estado de duda y confusión, el recadero, mientras paseaba de una a otra parte de la sala, se sorprendió repitiendo mentalmente estas absurdas palabras de la Slowboy, varias veces. Y tanto insistió en ellas, que las aprendió de memoria, como una lección, mientras Tilly administraba una buena fricción con la mano, a la pelada cabecita del niño, pues creía que esto era saludable (se trata de una de las prácticas corrientes de las niñeras), y una vez más terminada la fricción volvió a poner el gorro al niño.

—¿Y qué es lo que ha dado miedo a los preciosos pequeñuelos sentados cerca del fuego? ¿Y qué es lo que ha asustado a Dot? Me gustaría saberlo —murmuraba el recadero, dando largos pasos a derecha e izquierda.

Examinaba atentamente en el fondo de su corazón las insinuaciones del comerciante en juguetes, que le llenaban de un vago e impreciso malestar. Porque Tackleton era vivo y astuto, pero John poseía esa enojosa característica de los hombres de lenta percepción a los que una insinuación no comprendida deja una inquietud latente. En verdad, él no se sentía inducido a relacionar nada de lo que Tackleton había dicho con la extraña conducta de su mujer, pero los dos temas de reflexión volvían a su mente juntos y no podía separarlos.

La cama estuvo pronto preparada y el visitante, declinando tomar cualquier bebida, excepto una taza de té, se retiró a descansar. Entonces Dot, ya perfectamente recuperada, se preocupó de arreglar la gran silla en el rincón de la chimenea, para su marido; encendió su pipa, se la dio y puso a su lado, como de costumbre, el pequeño escabel para sentarse junto al fuego.

Ella había adorado siempre aquel pequeño escabel. Supongo que debía de creer que era un taburete excepcional, lleno de comodidades.

Ella era, sin duda alguna, la mejor llenadora de pipas, si puedo llamarla así, de las cuatro partes del globo. Verla poner su regordete dedo en el receptáculo y luego rascar la pipa para limpiar el tubo, y, cuando lo hubo hecho, simular que creía que quedaba todavía en el interior algún residuo, y rasparlo docenas de veces, y mantenerlo ante la atención de su mirada como si fuese un telescopio, inclinando la cabecita para cerciorarse de su perfecta limpieza, era un espectáculo maravilloso. En cuanto al tabaco, era una perfecta profesional del tema; y su manera de encender la pipa, con un jirón de papel, cuando el recadero la tenía ya sujeta en la boca —muy cercana a su nariz y, a pesar de ello, sin chamuscarla—, era todo un arte, un arte realmente superior.

Y el grillo y el puchero, cantando de nuevo, así lo proclamaban. El fuego brillante, llameante, lo reconocía. El segadorcito, en el reloj, haciendo su descuidado trabajo, lo reconocía. Y el recadero, con su frente despejada y su ancha cara, lo reconocía también, con la mejor complacencia.

Y así como él, soberbia y reflexivamente, echaba bocanadas de su vieja pipa, y como el reloj holandés, seguía con su tictac, y como el rojo fuego centelleaba, y el grillo chirriaba, este genio del hogar (porque tal era el grillo) entró en la habitación, llevado por la fantasía de John, y evocó ante él varios aspectos de su propio hogar. Dots de todas las edades y todas las formas llenaban la sala. Dots que eran niñas alegres y corrían recogiendo flores de los campos; recatadas Dots reduciendo y ensanchando su propia imagen; Dots recién casadas, pasando el umbral de su casa y tomando posesión de las llaves del hogar; pequeñas Dots maternales servidas por

ficticias Slowboys, llevando en brazos a niñitos para bautizarlos; Dots más maduras, aunque todavía jóvenes y lozanas, vigilando a otras pequeñas Dots, mientras ejecutaban bailes rústicos; gordas Dots rodeadas y acosadas por ejércitos de sonrosados nietecillos; marchitas Dots que andaban con bastones, tambaleándose y arrastrándose cautelosas.



Y también viejos recaderos aparecían junto a ciegos *Boxers*, viejos, tendidos a sus pies; y nuevos carruajes con jóvenes conductores («Hermanos Peerybingle», se leía en el toldo); y viejos recaderos enfermos, atendidos por las manos más gentiles; y también céspedes que crecían en propiedades funerarias de viejos recaderos. Y mientras el grillo le evocaba todas estas imágenes y escenas —él las veía claramente, aunque su mirada estaba absorta en el fuego—, el corazón del recadero se sentía ligero y alegre, y daba gracias a los dioses de su hogar con todo fervor, y no se acordaba tanto de que existieran los «Gruff y Tackleton».

Pero ¿quién era aquella figura de hombre joven que el mismo grillo había hecho sentar tan cerca de su escabel y que continuaba allí, solo y de pie? ¿Por qué permanecía aún allí, tan cerca de ella, con un brazo apoyado en la repisa de la chimenea y repitiendo constantemente: «¡Casada! ¡Y no conmigo!?».

¡Oh, Dot, Dot! ¡Ligera Dot! No hay lugar para esta idea en las imágenes íntimas que atormentan a vuestro marido; pero, no siendo así, ¿por qué su sombra ha pasado por su hogar?

EL SEGUNDO CHIRRIDO



Caleb Plummer y su hija ciega vivían solitarios los dos —como se dice en los libros de cuentos, a cuya habilidad en explicar algo interesante en este prosaico mundo dedico mil bendiciones, y a las cuales, con vuestro permiso, uno las vuestras —, Caleb Plummer y su hija ciega, digo, vivían solitarios los dos en una pequeña cáscara de nuez con apariencia de casa de madera, que en verdad no era más que un grano prominente en la nariz, roja como un ladrillo, de «Gruff y Tackleton». La propiedad de «Gruff y Tackleton» cubría gran parte de la calle, pero hubierais podido derribar la mansión de Caleb Plummer con un martillazo o dos, y hubierais podido llevaros los escombros en una carreta.

Si alguien hubiere hecho a la mansión de Caleb Plummer el honor de mencionarla después del derribo, habría sido, sin duda, para alabar su demolición como una mejora urbana. El edificio, si así podía llamarse, estaba adosado a las propiedades de «Gruff y Tackleton» como un marisco a la quilla de un barco, o un caracol a una puerta, o un pequeño manojo de hongos al tronco de un árbol. Pero era el germen del cual había emergido el gran dominio de los «Gruff y Tackleton»; y bajo su tejado desvencijado, el penúltimo de los «Gruff y Tackleton» había fabricado en pequeña escala juguetes para toda una generación de niños y niñas de su tiempo, los cuales jugaron con ellos y acabaron desmontándolos y destrozándolos antes de irse a la cama.

He dicho anteriormente que Caleb y su pobre hija ciega vivían allí, aunque hubiera debido decir que Caleb sí vivía allí, pero que su pobre hija ciega moraba en cualquier otra parte, en una casa encantada, amueblada con los objetos manufacturados por Caleb, en que la escasez y lo usado no existían, y donde la preocupación no entraba jamás. Caleb no era un brujo, pero en el único arte mágico que todavía nos queda: el mágico amor, que jamás perece, era un consumado artífice. La naturaleza había sido el hada inspiradora de sus estudios y le había enseñado el arte de hacer maravillas.

La muchacha ciega nunca supo que los techos estaban descoloridos y, aquí y allá, cubiertos de manchones y sin enlucir, con altas grietas que se ensanchaban cada día, y que las estructuras se convertían en polvo. La chica ciega nunca supo que el hierro se veía cubierto de orín; las maderas, podridas; el papel, arrancado; y que incluso las medidas, la forma y proporción de la morada se estaban perdiendo. La muchacha ciega no supo nunca que las horribles formas de cerámica que lucían en el aparador eran de barro, que el ambiente general de la casa era de tristeza y abandono, que los menguados cabellos de Caleb se estaban volviendo grisáceos, y más grises cada vez, ante sus invidentes ojos. La muchacha ciega no supo nunca que ambos tenían un dueño exigente, frío e indiferente: nunca supo que el Tackleton que conocía fuese otro Tackleton en la realidad, sino que vivió en la creencia de que era un excéntrico humorista que gustaba convivir con su broma, con su ridiculez, y que, mientras él fue

el ángel guardián de sus vidas, desdeñaba oír una palabra de agradecimiento.

Y todo ello era obra de Caleb, obra de su buen padre. Puesto que él también tenía un grillo en el hogar, y así, interpretando amargamente su música cuando la ciega se quedó huérfana de madre siendo aún muy niña, el espíritu le había inspirado el pensamiento de que hasta la mayor miseria puede cambiarse casi en una bendición, y de este modo la muchacha pudo ser feliz con aquellos pequeños recursos. Porque todos los grillos de la tribu son potentes espíritus, aunque la gente que convive con ellos no lo sepa (caso que es muy frecuente); y no se hallan en el mundo invisible voces más gentiles y sinceras, que estén más unidas implícitamente entre sí, o que estén tan seguras de que el consejo que dan es el más tierno que puede darse, como las voces con que los espíritus de los hogares y del fuego se dirigen a la especie humana.

Caleb y su hija estaban trajinando en su habitual cuarto de trabajo, el cual utilizaban también como sala de estar. Era un lugar bastante extraño. En este aposento había casas, terminadas unas, y otras sin acabar todavía, para muñecas de todas las categorías sociales: apartamentos suburbanos para muñecas de medios modestos; cocinas y apartamentos pequeños para muñecas de clases bajas; residencias, para grandes ciudades, destinadas a muñecas de la alta sociedad… Algunas de estas viviendas estaban ya amuebladas de acuerdo con su categoría; unas, para muñecas de renta limitada; otras, destinadas a categorías más pudientes y que eran preparadas rápidamente, seleccionando lo conveniente entre las existencias de sillas y mesas, sofás, cujas y tapicerías. Los representantes de la nobleza, la alta burguesía y el público en general, para cuyo acomodamiento se fabricaban aquellas habitaciones, estaban agrupados, aquí y allá, en cestos, con la mirada fija en el techo; pero separados según su condición social y confinados a sus respectivos grados (lo que la experiencia demuestra ser objetivo difícil de lograr en la vida real), con lo cual esas muñecas habían mejorado casi la obra de la naturaleza, que a veces resulta caprichosa y perversa. Para ellas, no sólo se utilizaban materiales diversos, tales como la seda, los estampados y los pedazos de trapo, sino que incluso se habían añadido llamativas diferencias personales que no dejaban lugar a error. Así, por ejemplo, la muñeca distinguida tenía sus miembros de cera de una simetría perfecta, pero solamente ella y sus semejantes. Para el siguiente grado en la escala social se utilizaba el cuero, y para el inmediato, tejido ordinario. En cuanto al populacho, se hadan servir las mechas con que se fabrican las cerillas y las yescas, para sus brazos y piernas, y así cada cual estaba clasificada en cada esfera y de tal manera que no era posible ninguna equivocación.

Existían varias otras muestras de su refinada artesanía, además de las muñecas, en la habitación de Caleb Plummer. Había arcas de Noé en las cuales los pájaros y las bestias estaban representados con una exactitud fuera de lo común, os lo aseguro; y

en su colocación se aprovechaba el espacio hasta el techo, y estaban amontonadas y apretadas para ello. Por una osada licencia poética, muchas de aquellas arcas de Noé tenían aldabas en las puertas, inconsecuentes apéndices quizás, que parecían prever llamadas matutinas del cartero, y que además constituían un acabado agradable de la fachada del edificio. Había grandes cantidades de carritos melancólicos que, cuando las ruedas empezaban a rodar, producían una música triste. Varios pequeños violines, tambores y otros instrumentos de tortura, así como un sinfín de cañones, escudos, sables, lanzas y escopetas. Habían pequeños volatineros con calzones rojos, que trepaban incesantemente por encima de altos obstáculos de balduque rojo y, dando la vuelta, con la cabeza hacia abajo, sobre sí mismos; y había también innumerables caballeros de respetable, por no decir venerable, apariencia que saltaban como locos sobre clavijas horizontales que a este fin habían sido clavadas en sus propias puertas. Habían animales de todas clases: caballos, en particular, de todas las razas, desde el cilindro moteado sobre cuatro estacas, con una mazorca en vez de crin, hasta el pura sangre de más indomable brío. Así como hubiera sido un duro trabajo contar las docenas y docenas de grotescas figuras que gozaban realizando (o estaban dispuestas a ello) toda suerte de absurdidades, mediante la vuelta de un manubrio, igualmente no hubiera sido nada fácil mencionar cualquier locura humana, o vicio, o debilidad, que no tuviese su símil, inmediato o remoto, en el establecimiento de Caleb Plummer. Y ello lo digo sin ninguna clase de exageración, pues, gracias a la manipulación de pequeños manubrios, se podía obligar a hombres y mujeres a dedicarse a los más raros movimientos, como se podía fabricar el más absurdo de juguete que jamás se haya imaginado.

En medio de esos objetos, Caleb y su hija estaban ahora sentados trabajando. La niña ciega se encargaba de las labores de modista de las muñecas; Caleb pintaba y dotaba de vidrios las cuatro fachadas de una bonita mansión.

El aspecto preocupado que se notaba en el semblante de Caleb, y aquella expresión absorta y soñadora que hubiera sentado bien a cualquier alquimista o estudiante abstruso, presentaban al principio un contraste extraño con su ocupación y las frivolidades que le rodeaban. Pero las cosas insignificantes, cuando son inventadas y realizadas para constituir un medio de vida, forman un importante hecho positivo. Yo mismo me veo incapaz de afirmar que, si Caleb hubiese sido un Lord Tesorero o un miembro del Parlamento, o un abogado, o incluso un notable especulador, habría considerado los instrumentos por él manipulados menos triviales, y, además, tengo el absoluto convencimiento de que los suyos actuales eran mucho más inofensivos.



—¿Es decir, padre, que salisteis anoche, a pesar de la lluvia, con vuestra bonita chaqueta nueva? —preguntó la hija de Caleb.

—Sí, con mi bonita chaqueta nueva —contestó Caleb, echando una ojeada a una cuerda de la cual colgaba la prenda, confeccionada con tela de embalaje, que ya hemos descrito anteriormente, y que se hallaba allí puesta, con todo cuidado, a secar.

—¡Qué contenta estoy de que la hayáis comprado, padre!

—¡Y qué bien que haya sido confeccionada por un buen sastre! —añadió Caleb —. Un excelente sastre desde todos los puntos de vista. Encuentro que incluso es demasiado buena para mí.

La niña ciega continuaba su trabajo, pero se reía con satisfacción.

—¡Demasiado buena! ¿Qué es lo que podría ser demasiado bueno para vos?

—Pues mira: yo casi estoy avergonzado de llevarla —dijo Caleb, observando el efecto que sus palabras hacían en el rostro brillante de la muchacha—. ¡Te doy mi palabra! Cuando oigo detrás de mí a los muchachos y a la gente toda exclamando a mi paso: «¡Vaya caballero elegante!», pues créeme, la verdad, no sé adonde mirar. Y cuando ayer por la noche un mendigo se obstinaba en acosarme con sus peticiones y yo en convencerle de que era un hombre vulgar, él me respondía: «¡No, vuestro honor, no me haréis tragar eso!». Pues sí, estaba muy avergonzado, créelo; y me sentía como culpable de vestir una pieza tan vistosa.

¡Qué feliz se sentía la pequeña! ¡Qué contenta estaba en su satisfacción!

—Os estoy viendo, padre —dijo ella, apretándose las manos—, tan bien como si tuviese ojos, pues nunca los necesito cuando estoy a vuestro lado. ¡Una chaqueta

azul!

—¡Azul brillante! —corrigió Caleb.

—¡Sí, sí, azul brillante! —exclamaba la muchacha, volviendo hacia su padre un rostro gozoso—. ¡Precisamente el color que puedo recordar que tiene el cielo cuando está magnífico! ¡Antes ya me habíais dicho que era azul! ¡Una chaqueta azul brillante!

—¡Y que me sienta tan bien a la cara! —dijo Caleb.

—¡Sí, que tan bien os sienta! —exclamó la cieguecita, riéndose de buena gana—; y os ayudan a ello, querido padre, vuestros ojos alegres, vuestro rostro sonriente, vuestro andar ligero y vuestro cabello oscuro, pues estáis joven y hermoso.

—¡Vamos, vamos —frenó Caleb—, que me vas a volver vanidoso!

—Yo creo que ya lo sois —exclamó la cieguecita, en su regocijo—. Os conozco bien, padre mío. ¡Ah, ah, ah! ¡Sé bien cuál es vuestro verdadero carácter!

¡Cuán diferente era la realidad que vivía en la mente de Caleb, mientras estaba sentado observándola! Ella había hablado de su paso ligero, y estaba en lo cierto en esto: durante años y más años había cruzado aquel umbral no con su paso habitual, sino con un salto que resultaba ligero al oído de ella, y nunca había olvidado, aun cuando su corazón estuviese cargado de amargura, de imitar su paso ligero de antaño y dar al actual un aire alegre y brioso.

¡El cielo lo sabe! Pero yo creo que el vago aturdimiento que sufría en la manera de producirse había sido motivado casi por el hecho de que se había confundido él mismo con el personaje que el amor y la ternura por su hija ciega había creado a su alrededor. ¡Cómo podía el pobre hombre no estar aturdido después de tantos años de estar destruyendo su identidad verdadera, no sólo la suya misma, sino la de todo lo que tenía relación con cuanto la rodeaba!

—¡Ya está terminada! —dijo Caleb, retrocediendo dos o tres pasos para poder juzgar mejor el efecto de su obra—; y tan parecida a una real como lo son entre sí dos monedas de seis peniques. ¡Lástima que la fachada de la casa se abra toda de una vez! ¡Si ahora pudiera dotarla de una escalera y puertas regulares en las habitaciones, para entrar en ellas! Pero ésta es la parte flaca de mi oficio. A cada momento me estoy engañando a mí mismo y haciéndome vagas ilusiones.

—Habláis en voz baja. ¿Estáis cansado, padre mío?

—¿Cansado? —dijo Caleb, haciendo eco a su hija e intentando dar gran animación a sus palabras—. ¿Qué motivos tengo para estar cansado, Bertha? Yo no estoy nunca cansado. Ni sé lo que esto significa.

Para dar mayor fuerza a sus palabras, se detuvo en su discurso y empezó a imitar involuntariamente a dos figuras que alzaban los brazos y bostezaban, las cuales había puesto encima de la repisa de la chimenea y simulaban estar en un estado permanente de aburrimiento de los pies a la cabeza; y susurró un fragmento de canción báquica

relacionada con una copa refulgente, y él la cantaba con voz que presumía del mayor desenfado y daba a su semblante la apariencia de estar mil veces más flaco y preocupado.

—¿Qué es lo que estáis cantando? —dijo entonces Tackleton, asomando la cabeza por la puerta—. ¡Seguid! Yo no puedo cantar.

Nadie podía suponer que lo hiciera. No tenía para ello la cara que se necesita, de ninguna manera.

—No soy un hombre hecho para cantar —repitió Tackleton—. Me gusta que vos podáis hacerlo. Me complace que podáis cantar mientras estáis trabajando. Os resultaría más duro para ambos, seguramente, si no lo hicierais.

—¡Si pudieses ver Bertha, los guiños que me está haciendo! —susurró Caleb—. ¡Un hombre como él divertirse! Creerías quizás, si no le conocieras, que está hablando en serio, ¿verdad, hija?

La cieguecita sonrió y asintió con la cabeza.

—Se dice que al pájaro que puede cantar, y no lo hace se le debe obligar a hacerlo —gruñó Tackleton—. ¿Qué opinaríais de un mochuelo que no supiera cantar, que no pudiera hacerlo, y, no obstante, cantara?

—¡Si vieras, Bertha, cómo me está guiñando el ojo en este momento! —musitó Caleb a su hija—. ¡Válgame Dios!

—Siempre está alegre y divertido con nosotros —exclamó, con una sonrisa, Bertha.

—¡Ah!, ¿estás ahí tú? —respondió Tackleton—. ¡Pobre idiota!

El creía realmente que ella era una infeliz, y fundaba esta creencia, no puedo decir si conscientemente o no, en el hecho de que ella le tenía aprecio.

—Bien, puesto que estás aquí, ¿cómo te encuentras? —dijo Tackleton, de su habitual manera; esto es, de mala gana.

—¡Oh bien, perfectamente bien! Y tan feliz como desearíais verme. ¡Tan feliz como haríais a todo el mundo si pudierais!

—¡Pobre idiota! —susurró Tackleton—. Ni una chispa de razón. ¡Ni una chispa!

La cieguecita le tomó una mano y se la besó; la retuvo por un momento entre las suyas y la acercó a su mejilla, tiernamente, antes de soltarla. Había tal afecto inexpresable y tal ferviente gratitud en aquel acto, que el mismo Tackleton se vio impulsado a decir, en un tono más suave que de costumbre:

—¿Qué te pasa ahora?

—Puse la flor que me enviasteis ayer al lado de mi almohada, cuando me acosté anoche, y se me apareció en sueños. Y cuando apuntó el día, y el glorioso sol rojo… El sol es rojo, ¿verdad, padre?

—Rojo por las mañanas y al atardecer, Bertha —dijo el pobre Caleb, con una mirada compungida a su patrón.

—Cuando sale, su luz es tan brillante, que casi temo tropezar con ella, y penetra en mi habitación. He vuelto la flor contra ella y he dado gracias al Señor por haber hecho cosas tan bellas, y os bendigo a vos por mandármelas para que alegren mi corazón.

—Esto es la locura rematada —dijo Tackleton, sin apenas poder contener la emoción—. Estamos llegando a pasos agigantados a la camisa de fuerza. ¡Hacemos grandes progresos!

Caleb, con las manos juntas, miraba sin ver ante sí, mientras su hija hablaba, como si realmente dudase (creo que éste era, de veras, su estado) de si Tackleton había hecho algo para merecer su agradecimiento, o no. Si en aquel momento hubiese sido dueño absoluto de su voluntad y estuviese obligado, bajo pena de muerte, a echar a puntapiés a la calle al comerciante en juguetes, o rendirse a sus pies en compensación de sus *muchos* méritos, creo que no le sería posible tomar decisión alguna al respecto. Sin embargo, Caleb sabía muy bien que él mismo había traído a su casa, con sus propias manos, el pequeño rosal, por ella tan recatadamente cuidado, y que con sus propios labios habían forjado el inocente engaño con el fin de que ella no pudiese sospechar cuánto, cuantísimo había tenido que despojarse él mismo para que su hija fuese lo más feliz posible.

—¡Bertha! —dijo Tackleton, asumiendo por el momento un poco de cordialidad —. Ven aquí.

—¡Oh! ¡Puedo ir directamente hacia vos! ¡No tenéis necesidad de guiarme! —dijo ella a continuación.

—¿Puedo confiarte un secreto, Bertha?

—¡Si así lo queréis! —contestó ella con entusiasmo.

¡Cuán brillante estaba entonces aquel rostro invidente! ¡Cuán iluminada de luz intensa aquella cara ansiosa por conocer el secreto!

—Hoy es el día en que la pobre pequeña… como se llame, la niña mimada, la mujer de Peerybingle, viene a hacerte su acostumbrada visita y realiza aquí precisamente su fantástica comilona, ¿no es cierto? —preguntó Tackleton, con una intensa expresión de desagrado por aquella celebración.

—¡Sí! —contestó Bertha—. Hoy es el día.

—Esto suponía yo —dijo Tackleton—. Me gustaría ser de la reunión.

—¿Oísteis eso, padre? —gritó la cieguecita, extasiada.

—¡Sí, sí, claro que le oigo! —murmuró Caleb, con la mirada fija como un sonámbulo—; pero no lo creo. Es una de las ilusiones que a veces me gusta hacerme, seguro que es esto.

—Ya veréis… Es que me agradaría que los Peerybingle se relacionasen más con May Fielding —dijo llanamente Tackleton—. Me voy a casar con May.

—¡Casaros! —exclamó la cieguecita, apartando de él su vacía mirada.

—Es una idiota tan absoluta, que ya me he figurado que no llegaría a comprender lo que digo —murmuró Tackleton—. ¡Sí, Bertha, sí, me caso! Iglesia, cura, sacristán, carroza de cristales, campanas, almuerzo, pastel de bodas, regalos, confites y todo lo demás de estas payasadas, de esto que llaman boda, ¿entiendes? Una boda. ¿Es que sabes, acaso, qué es una boda? ¡Qué diablos has de saber!

—¡Claro que sí lo sé! —dijo la pobre niña, en un tono amable—. ¡Lo comprendo muy bien!

—¿De veras? —musitó Tackleton—. Es más de lo que esperaba. ¡Mejor! Pues a este efecto quiero juntarme a vosotros y traer a May y su madre. Traeré alguna chuchería, antes de la noche. Una pierna de cordero frío o cualquier otra buena tajada. ¿Me esperarás?

—¡Sí! —contestó ella.

Bertha bajó la cabeza y la volvió a un lado; y así permaneció, con las manos cruzadas, murmurando algo muy íntimo.

—No acabo de creer que lo hagas —murmuró Tackleton, mirándola—; porque ya pareces haber olvidado cuanto te he dicho. ¡Caleb!

«Creo que puedo aventurarme a decir que estoy aquí», pensó Caleb, y en voz alta dijo:

—¡Señor!

—¡Procurad que no olvide cuanto le he dicho!

—Ella no olvida nunca nada —replicó Caleb—. Es una de las poquísimas cosas en que se porta como una muchacha inteligente.

—Cada cual cree que sus gansos son cisnes —dijo el comerciante en juguetes, encogiéndose de hombros—. ¡Pobre diablo!

Habiendo soltado cuanto llevaba en el buche, con infinita pendencia, «Gruff y Tackleton» se retiró.

Bertha se quedó donde la habían dejado, absorta en sus meditaciones. La alegría se había desvanecido ahora de su rostro abatido, y su aspecto aparecía penosamente dolorido. Dos o tres veces movió la cabeza como si lamentara algún recuerdo o alguna pérdida, pero sus penosas reflexiones no se expresaron en palabras.

No fue hasta después de que Caleb hubo terminado de acoplar a un carro una pareja de caballos mediante el claveteo de los arreos a las partes vitales de sus cuerpos, que ella se acercó a su banquillo de trabajo y, sentándose a su lado, le dijo:

—¡Padre! Estoy sola en la oscuridad. Necesito mis ojos, mis pacientes y voluntariosos ojos.

—¡Aquí están! —dijo Caleb—. Aquí los tienes, siempre a punto. Son más tuyos que míos, Bertha, todas las veinticuatro horas del día. ¿Qué pueden hacer tus ojos por ti, querida?

—Mirar alrededor de la sala, padre.

—Bien —dijo sencillamente Caleb—. Dicho y hecho, Bertha.

—¡Explicadme lo que veis!

—Pues, más o menos, lo mismo de siempre —dijo Caleb—. Sencillo, pero muy cómodo. Alegres colores en las paredes: flores brillantes en fuentes y platos; madera bruñida donde hay vigas y tableros; la alegría general y la limpieza del edificio constituyen el principal atractivo de su belleza.

Alegre y limpio, sí lo era, porque no podía dejar de serlo, donde Bertha ponía sus manos. Pero ya en ninguna otra parte era posible la limpieza y la alegría, en aquella cáscara que la fantasía de Caleb había transformado.

—¡Lleváis la ropa de trabajo y no estáis tan elegante como cuando vestís el traje nuevo! —dijo Bertha, tocándole la mano.

—No tan elegante —contestó Caleb—, aunque de bastante buen ver.

—Padre —dijo de repente la cieguecita, yendo a su lado y pasándole un brazo por el cuello—, decidme algo respecto a May. ¿Es bonita?

—Sí, lo es, de verdad —dijo Caleb.

Y lo era, efectivamente. Le extrañaba que para describirla no se viese obligado a recurrir a sus dotes de invención.

—Su pelo es oscuro —dijo Bertha, pensativa—, más oscuro que el mío. Su voz es dulce y alegre, lo sé. A veces me ha complacido oírla hablar. Su figura…

—No hay en toda la sala ninguna muñeca que se le parezca —dijo Caleb—. Y sus ojos…

Se detuvo, porque Bertha le sujetó con más intensidad el cuello, y los brazos que le abrazaban le dieron un cálido apretón cuyo significado él conocía de sobras.

Tosió un momento, dio unos martillazos durante un momento y reanudó su canción, cuyo tema era la copa refulgente; se acogió, en fin, al recurso que adoptaba cada vez que se hallaba en las mismas difíciles circunstancias.

—Nuestro amigo, padre, nuestro bienhechor… Nunca me canso, ya lo sabéis, de escuchar que lo elogian y admiran. ¿Verdad que no me he cansado nunca?

—Claro que no —contestó Caleb—, y con razón.

—¡Ah! ¡Con cuánta razón! —exclamó la cieguecita, con tal fervor, que Caleb, aunque sus motivos eran tan puros, no pudo seguir mirando su rostro; y bajó los ojos, como temiendo que Bertha pudiese leer en ellos su inocente engaño.

—Pues, entonces, continuad hablándome de él, querido padre —añadió—, durante mucho tiempo, y decidme de él muchas cosas. Su cara es complaciente, amable y tierna; honesta y sincera, estoy segura de ello. Su humanitario corazón, que procura disimular bajo el aspecto de un hombre rudo y áspero, tiene que traicionarse a cada mirada.

—Y es noble su proceder —añadió Caleb, en su callada desesperación.

—Sí, de veras lo es —exclamó la cieguecita—. Es más viejo que May, padre.

—¡Sííí! —respondió Caleb, recalcitrante—. Tiene algunos años más que May. Pero esto no tiene importancia.

—¡Oh, padre, sí la tiene! Para poder ser su sumisa compañera en el sufrimiento y la vejez; para ser amable y cariñosa en la enfermedad, y su amiga constante en las penas y el dolor; para no conocer la fatiga en trabajar para su dicha; para velarle, atenderle, estar sentada a la vera de su lecho y hablarle para mantenerlo despierto, y acompañarle en su sueño. ¡Qué grandes goces, estas dulces molestias! ¡Qué oportunidades para dedicar toda lealtad y devoción hacia él! ¿Será ella capaz de aprovecharlas, padre?

—No cabe duda —dijo Caleb.

—¡Yo la quiero! ¡La quiero con toda mi alma! —exclamó la cieguecita. Y al decir eso apoyó sobre el hombro de su padre su carita ciega y se puso a llorar, a llorar tanto, que a él casi le supo mal haberle causado aquella alegría tan regada de lágrimas.

Mientras tanto, la casa de John Feerybingle estaba conmocionada y llena de movimiento, porque la pequeña señora Peerybingle no podía, naturalmente, ni pensar en salir a ninguna parte sin su pequeñín, y poner a éste en disposición de ir de paseo requería algún tiempo. No es que significase un gran engorro en cuanto a peso y talla, pero sí había varias cosas qué hacer, y cada una de ellas tenía que llevarse a cabo a su respectivo tiempo y sin prisas. Por ejemplo, cuando el pequeñín parecía estar ya completamente dispuesto y cubierto de cintas y perifollos, se le sometía al suplicio de un gorro de franela y se le ponía a toda prisa en la cama, donde, entre dos mantas, se le dejaba cocer (es un decir) hasta cerca de una hora. De este estado de inacción se le sacaba, colorado a punto de estallar y rugiendo de violenta manera, para que tomara lo que, si me lo permitís, designaré, de modo general, como un pequeño refrigerio. Después de lo cual se le conducía de nuevo a la cuna. La señora Peerybingle aprovechó este intermedio para ponerse tan elegante como le fue posible; y durante el mismo intervalo la señorita Slowboy se cubrió con una chaqueta corta, de punto, de un estilo tan sorprendente e ingenioso, que nada tenía que ver con su figura, ni con la de ninguna mujer del universo, y que le caía a ambos lados como unas largas orejas de perro. Era un vestido que parecía existir como un acto independiente y haber sido creado sin prestar atención a nada ni a nadie. Durante este tiempo, el niño se había despertado, y la señora Peerybingle y la señorita Slowboy, uniendo sus esfuerzos, empaquetaron su cuerpo dentro de un ancho manto color de crema y lo cubrieron con una especie de sombrero fabricado con tela de nanquín; así peripuestos los tres, se marcharon a la puerta, donde ya les esperaba el viejo caballo que durante tanto tiempo había llenado el suelo de impacientes autógrafos y donde *Boxer* se podía oír, en remota perspectiva, volviendo la vista a donde estaba el caballo y tentándole con sus ladridos a que arrancara sin esperar órdenes.

En cuanto a creer que el recadero se sirviera del taburete para ayudar a la señora Peerybingle a subir al carruaje, sería desconocer totalmente a John, creer que necesitara nada de eso. Antes de que le hubiereis visto que la levantaba en brazos, ella estaría ya en su sitio, fresca y rosada, diciendo: «¡John! ¡Pero qué bruto sois! ¡Acordaos de Tilly!».

Si me es permitido mencionar las piernas de una jovencita, en unos términos cualesquiera, observaré que las de la señorita Slowboy llevaban encima una fatalidad que la hacían sufrir numerosos arañazos al menor movimiento, y que ningún movimiento, de subida o de bajada, podía quedar sin constancia en sus medias, a semejanza de las rayas representando los días que Robinson Crusoe insertaba en su calendario de madera. Pero como este comentario puede parecer poco caballeroso, prefiero abandonarlo.

—¡John! ¿Habéis olvidado la cesta con el pastel de ternera y jamón, y todo lo demás, y las botellas de cerveza? —preguntó Dot—. Si no las habéis traído, ya nos estamos volviendo atrás para recogerlo todo, en este mismo instante.

—Mostráis una tremenda pachorra —replicó el recadero— al atreveros a hablarme de volvernos atrás, después de haberme tenido perdiendo el tiempo sin arrancar, por lo menos, durante un cuarto de hora.

—¡Lo siento, John! —le dijo Dot, sofocada—, pero no podemos llegar a casa de Bertha sin el pastel de ternera y jamón, y todo lo demás, y las botellas de cerveza. ¡Booo!

Este monosílabo iba dirigido al caballo, que no hizo de él el menor caso.

—¡Oh, por favor, John, haced lo que os pido! —suplicó la señora Peerybingle—. ¡Por favor!

—He tenido tiempo de sobra para hacerlo —gritó John—, cuando me ocupaba en poner las cosas en la parte trasera del carruaje. El cesto está aquí, y tan tranquilo.

—¡Qué corazón de monstruo tenéis, John! ¡No haberme dicho esto en seguida para evitarme este susto! No hubiera querido llegar a casa de Bertha sin la ternera ni el jamón, y lo demás, y las botellas de cerveza; no, por nada del mundo. Regularmente, después de casados, vinimos más de una vez, cada quincena, a reunimos ahí. Si hubiese fallado alguna vez, nos hubiera parecido un mal augurio.

—Fue una buena idea —dijo el recadero—, y os felicito sinceramente por ello, mujercita.

—Mi querido John —replicó Dot, volviéndose encarnada—, no habléis de felicitarme. ¡Qué exageración!

—A propósito —observó el recadero—: el anciano…

Otra vez Dot se vio instantáneamente turbada.

—No creo que tengamos nada que temer de ese hombre —dijo él recadero, mirando hacia delante—. No llego a comprenderlo, pero no creo que sea un mal

hombre.

—¡Nada de eso! Yo estoy… estoy segura de que no es nada de eso.

—No obstante —dijo el recadero—, atraída su mirada por la expresividad de ella, me agrada que estéis tan cierta de ello, porque es para mí una confirmación. Es curioso que se le haya ocurrido pedirnos hospitalidad. ¿Verdad que lo es? ¡A veces ocurren cosas tan extrañas!

—Sí, muy extrañas —confirmó ella, en voz baja, apenas audible.

—No obstante, es un anciano campechano —dijo John—, y que paga como un señor, y creo que uno se puede fiar de su palabra como de la de un caballero. Tuve una larga charla con él esta mañana. Me oía mejor que ayer, lo que, según me dijo, es debido a que se ha acostumbrado un poco al timbre de mi voz. Me explicó muchas cosas de su vida, y yo también le conté muchas mías, y me asedió con una sarta de preguntas raras que me hizo. Le expliqué que en mi profesión hago dos recorridos: un día, empezándolo por el camino que se sigue saliendo de casa por la derecha y volviendo por la otra parte; y el otro día, yendo por la izquierda y estando de vuelta a casa por la parte opuesta también (porque, claro, como forastero, desconoce el nombre de nuestras calles y plazas); y pareció muy satisfecho de enterarse de todo ello. «O sea», me dijo, «que volveré a casa por la noche siguiendo vuestro mismo camino, si aceptáis darme otra vez hospitalidad, en lugar de volver por la dirección opuesta. ¡Para mí, esto tiene mucha importancia! Es posible que os moleste de nuevo pidiéndoos un lugar en vuestra carreta, pero me comprometeré a no dormirme tan profundamente como en la última ocasión». ¡Ya lo creo si se durmió profundamente! Dot, ¿en qué estabais pensando?

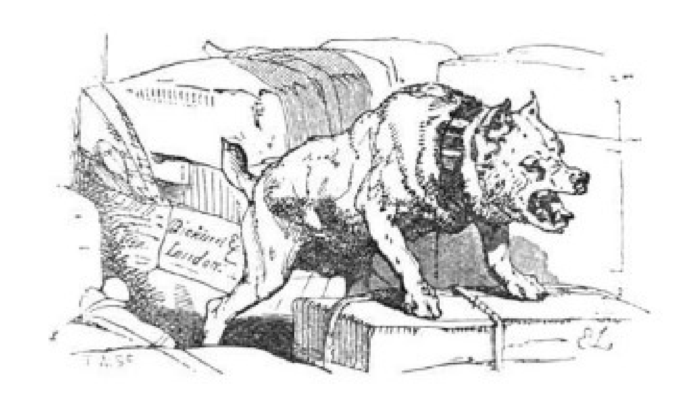
—¿En qué estaba pensando, John? ¿Yo? Os estaba escuchando.

—¡Ah, ya! Está bien —dijo el honrado recadero—. Me había preocupado el aspecto que tenía vuestro rostro, y me he figurado que os habíais cansado de mi verborrea y os habíais puesto a pensar en otra cosa. He estado a punto de creerlo.

Dot no contestó. Siguieron avanzando a paso lento. Pero era difícil permanecer durante mucho tiempo en silencio en el carruaje de John, porque todos los que se cruzaban con ellos, por el camino, tenían algo que decirles. Aunque sólo fuera un simple: «¿Cómo va?» —y en realidad, muy a menudo, no era más que esto —, se imponía, por el solo hecho de devolver el saludo, corresponder con una prueba de amistad por medio de una sencilla sonrisa o una inclinación de cabeza, pero a veces el saludo exigía más saludable aireación de los pulmones, como un largo discurso parlamentario. Algunas veces, los transeúntes, a pie o a caballo, los acompañaban avanzando a su mismo paso, al lado del carruaje, con el único pretexto de sostener con ellos una charla; y en estas circunstancias habían muchísimos temas que desarrollar por ambas partes.

A veces, era *Boxer* quien daba ocasión para otros encuentros con el recadero,

mejor de lo que lo hubieran hecho media docena de cristianos. Todo el mundo le conocía, todos, a lo largo de la carretera; especialmente las gallinas y los cerdos, los cuales, cuando le veían aproximarse con el cuerpo echado a un lado y las orejas levantadas investigadoramente, y llevando la cola alzada, inmediatamente se apresuraban a escurrirse hacia remotas lejanías, sin aguardar los honores de más próximos contactos. En todas partes tenía asuntos por resolver, se metía en todos los recodos, miraba en el fondo de los pozos, escudriñando dentro y fuera de todas las chozas, entrando de estampía en las escuelas de párvulos, llevando el desorden en los palomares, haciendo erizar la cola de los gatos y paseándose por las tabernas como un cliente habitual. Dondequiera que fuese, se oía siempre alguien que gritaba: «¡Ahí tenemos a *Boxer*!», e inmediatamente alguien, acompañado por dos o tres más, salía a dar los buenos días a John Peerybingle y a su linda esposa.



Los bultos y paquetes que se confiaban al recadero eran numerosos; y había que hacer varias paradas para recogerlos y entregarlos, lo que no consistía, en realidad, en la peor parte de la jornada. Algunas gentes estaban ansiosas esperando sus recados y otros demostraban sorpresa al recibirlos, y había aún otra gente que no acababa nunca de instruir al mandadero respecto a los encargos que se le confiaban; y John demostraba tan cálido interés en todo lo que se le recomendaba y entregaba, que aquel trabajo le resultaba tan divertido como un juego. Asimismo, había artículos para transportar que requerían ser examinados y discutidos con respecto a su disposición y colocación, consejos que el recadero y los receptores debían tener muy en cuenta. Habitualmente, *Boxer* asistía a estos conciliábulos con rápidas intervenciones en las que demostraba la máxima atención, rodando como un desesperado en torno a los grupos que formaban los reunidos y ladrando hasta enronquecer. Todos estos pequeños incidentes divertían a Dot y la convertían en una espectadora al aire libre desde la silla del carruaje; y como que estaba sentada, mirando —lo que constituía un delicioso cuadro bajo el marco del toldo—, no faltaban los comentarios y los expresivos codazos, así como las miradas y los cuchicheos envidiosos de la gente joven. Y esto, precisamente, deleitaba a John, el recadero, más allá de toda imaginación, porque estaba orgulloso de que su mujercita

fuese admirada, ya que estaba seguro de que a ella no le importaba un comino, aunque era posible que le halagara ser objeto de tal admiración.

El trayecto era un poco brumoso, tiempo natural, estando en enero; y se presentaba, por tanto, crudo y frío. Pero ¿quién se preocupa por esas nimiedades? Lo que era Dot, no, decididamente. Tampoco Tilly Slowboy, porque consideraba que estar sentada en un carruaje era el pináculo del placer terreno, la circunstancia que coronaba todas las esperanzas humanas. Tampoco al chiquillo, puedo jurárselo, porque no estaba en su poder sentirse más caliente ni más profundamente dormido de lo que estaba el joven Peerybingle durante todo el viaje, por mucha que fuese la capacidad de los niños en ambos aspectos.

No se podía ver muy lejos a través de la niebla; pero algo, sí. Es sorprendente cuántas cosas pueden verse hasta en la más espesa bruma, si pone uno empeño en mirar con atención. ¡Ya lo creo! Incluso resulta una divertida ocupación contemplar los hoyos de hadas, que así se llaman en Inglaterra los paisajes desnudos y muchas veces circulares de los páramos y matorrales, y los terrenos en la sombra, siempre cubiertos de escarcha, cerca de los setos y los árboles. Y esto sin mencionar las formas inesperadas que toman los árboles cuando aparecen entre la niebla y se desvanecen en el mismo lugar. Los setos estaban enmarañados y sin hojas, y abandonaban al viento guirnaldas secas; pero no se sacaba de ello una impresión de abatimiento. Al contrario, era agradable contemplarlo, porque hacía resaltar aún más lo confortable que resultaba la posesión de un hogar y la esperanza del verdor de la primavera. El río aparecía aterido, pero en movimiento, manso y tranquilo, lo que era muy importante. Las aguas del canal se movían lentas o torpes, pero era normal que así fuese. No importaba. Todavía helaría más cuando la escarcha se prodigase, y entonces se iría allí a patinar y a esquiar; y las pesadas y viejas barcazas, heladas en alguna parte cerca de un muelle, humearían sus mohosas chimeneas durante el día y permanecerían largo tiempo inactivas.

En un lugar del campo ardía un gran montón de rastrojos y' hierbajos, y los viajeros se quedaron absortos mirando el fuego, tan blanco durante el día, y sólo mostrando, en su llamear entre la bruma, unos resplandores rojizos, hasta que a consecuencia de ello y observando que el humo le subía por la nariz, la señorita Slowboy se sofocó —podía hacer esto con el menor pretexto— y despertó al niño, que ya no se volvió a dormirse en todo el camino. Pero *Boxer*, que se anticipaba por lo menos un cuarto de milla, había traspasado ya los arrabales de la ciudad y llegado a la encrucijada de la calle donde Caleb y su hija vivían, y mucho antes de que ellos llegasen a la puerta de la casa, él y su cieguecita se encontraban ya en la calle esperando darles la bienvenida.

Boxer, dicho sea de paso, tenía ciertas delicadas atenciones particulares en sus comunicaciones con Bertha, lo que me persuadía de que estaba al corriente de lo que

significaba no ser vidente. Nunca se propuso llamar su atención mirándola, como acostumbraba a hacer con los demás, sino que la tocaba invariablemente. No podría decirse que había tenido experiencia de personas o de perros ciegos. Nunca había convivido con un dueño ciego; y ni el señor *Boxer*, padre, ni la señora *Boxer*, madre, ni nadie de su respetable familia de ambas ramas, había sufrido ceguera, por cuanto puedo saber. Quizás lo había descubierto por sí mismo, pero el caso es que de una manera u otra lo había descubierto; y, además, cuando Bertha salía a la calle con ellos, el perro la sujetaba por la falda hasta que la señora Peerybingle, el niño, la señorita Slowboy y la cesta estaban todos reunidos.

May Fielding había llegado ya, lo mismo que su madre. Era ésta una viejecita malhumorada y gruñona a la que, por haber conservado una cintura delgada, se la consideraba como poseedora de una figura extremadamente elegante. A consecuencia de que en una época anterior había estado en mejor posición económica, o porque se presentaba ante la sociedad dando la impresión de que esta circunstancia había existido, o bien porque ella creía que hubiera podido alcanzarla si se hubiese dado algo que nunca acaeció, ni parecía que fuese a darse nunca, el caso es que se mostraba como una señora muy gentil, aunque excesivamente engreída de sí misma «Gruff y Tackleton» estaba también allí, procurando hacerse agradable, pero dando la impresión de encontrarse tan en su elemento como un joven salmón lo estaría en la cúspide de la gran pirámide.

—¡May! ¡Mi buena y querida amiga! —exclamó Dot, corriendo a reunirse con ella—. ¡Qué placer tan grande tengo en verte!

Su buena y querida amiga estaba tan cordialmente satisfecha como ella; y realmente era, si gustáis creerme, un espectáculo muy agradable ver cómo se abrazaban. Tackleton era un hombre de gusto, esto démoslo por descontado: May era muy hermosa.

Ya sabéis que a veces, cuando estáis acostumbrados a un bonito rostro y entráis en contacto y comparación con otro también bello, aquél parece de momento archiconocido y apagado, y difícilmente permanece a la altura en que hasta entonces lo habíais considerado. Pero no era éste exactamente el caso en cuanto a Dot, ni en cuanto a May; respecto a la cara de May, porque ponía de relieve la de Dot, y respecto a la de Dot, porque realzaba la de May tan natural y agradablemente, que John Peerybingle estuvo a punto de decirles, cuando entró en la habitación, que debían haber nacido hermanas, manifestación que era cierta y de todos puntos legítima.

Tackleton había traído la pierna de ternera y, detalle interesante en alto grado, además una tarta —pues no paramos en gastos cuando se trata de nuestras novias la verdad es que no nos casamos cada día—, y por añadidura había allí el pastel de ternera y jamón, y «otras varias cosas», como la señora Peerybingle las llamaba, las

cuales eran, en su mayor proporción, nueces, naranjas y galletas, y alguna pequeña botella de cerveza. Cuando se hubo parado la mesa con los manjares preparados y adicionado la contribución de Caleb, que era una gran vasija de madera llena de patatas humeantes (estaba prohibido, es decir, un acuerdo solemne lo impedía, llevar otros manjares), Tackleton condujo a su futura suegra al lugar de honor. Para dar la mayor solemnidad a este lugar en el festival, la anciana se había adornado con un gorro calculado para que produjese un sentimiento de temor reverencial. También calzaba guantes. Antes morir que dejar de rendir culto a la elegancia.

Caleb se sentó al lado de su hija; Dot y su antigua amiga de colegio, una al lado de otra; y el buen recadero se situó en el extremo de la mesa. La señorita Slowboy estaba aislada, en aquel momento, de toda clase de muebles, a fin de que la silla donde estaba sentada estuviese apartada lo suficiente para que no golpeara en ningún momento la cabeza del niño.



De la misma manera que Tilly miraba a su alrededor las muñecas y los juguetes, la miraban éstos y aquéllas. Los venerables ancianos caballeros de juguete, que estaban en las puertas de sus casas (y en pleno funcionamiento), mostraron especial interés en la fiesta, parándose oportunamente antes de saltar, como si escuchasen la conversación, y luego iniciaban nuevamente su brutal salto, repitiéndolo muchísimas veces, sin un momento de respiro, como si sus saltos y tumbos les produjeran una inmensa satisfacción.

En verdad, si aquellos ancianos caballeros, estuviesen dispuestos a contemplar con demoníaca alegría el desconcierto de Tackleton, podrían con razón quedar satisfechos. Tackleton no se encontraba en su ambiente; y cuanto más gozosa veía a su futura esposa, en compañía de Dot, tanto menos le gustaba pensar que las había puesto juntas con este propósito. Porque en su manera de comer Tackleton tenía

costumbres muy especiales, y cuando los demás se reían, y él no podía saber la causa del jolgorio, suponía inmediatamente que se burlaban de él.

—¡Oh, May! —dijo Dot—. ¡Querida amiga! ¡Cuántos cambios! Recordar aquellos alegres días de la escuela nos vuelven jóvenes otra vez.

—¡Vamos, no digas eso!, no necesitáis rejuveneceros por ningún motivo —dijo Tackleton.

—¡Mirad a mi sobrio y fatigado marido! —insistió Dot—. Por lo menos, añade veinte años a los míos. ¿No es verdad, John?

—¡Cuarenta! —replicó el recadero.

—¿Cuántos añadiríais a May? Os aseguro que no lo sé —dijo Dot, riéndose—. Pero no puede cumplir menos de un siglo en su próximo cumpleaños.

—¡Ah, ah! —rió Tackleton, vacío como un tambor… que riese. Y miró a Dot como si estuviese dispuesto a retorcerle el cuello con muchísimo gusto.

—Querida May —dijo Dot—. Sólo al recordar de qué modo acostumbrábamos a hablar de los maridos que escogeríamos un día, me dan ganas de temblar. ¡Cuán joven y cuán hermoso, y cuán divertido, y cuán animoso quería yo que fuese el mío! ¿Y en cuanto al tuyo, May? ¡No digamos! Ya no sé si reír o llorar, cuando pienso qué tontuelas éramos.

May pareció que sabía lo que quería decir, pues el color se le subió a las mejillas y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Y hasta jóvenes reales, que convivían con nosotras, mezclábamos en nuestras conversaciones —dijo Dot—. Poco pensábamos en todo lo que iba a sucedemos. De lo que sí estoy segura es de que no me fijé en John, ni había pensado nunca en él.

Y si te hubiese dicho que te habías de casar con Tackleton, no dudo de que me hubieras propinado un buen soplamocos. ¿No es cierto, May?

Aunque May no dijo que sí, era cierto que tampoco dijo que no; ni expresó ninguna negativa, en todo caso.

Tackleton se rió con bastante alborozo. John Peerybingle también demostró su alegría, de aquella su manera bonachona y satisfecha, pero la suya no fue más que un amago de risa, comparada con la de Tackleton.

—No podéis hacer nada contra nosotros, no podéis resistirnos —dijo Tackleton —. Nosotros estamos aquí, a vuestro lado. ¿Dónde están ahora, en cambio, vuestros galantes jóvenes soñados?

—Algunos de ellos están muertos —dijo Dot—; y otros, olvidados. Y algunos, si estuvieran aquí, en este momento, no creerían que somos las mismas personas; no querían creer que lo oído y visto por ellos fuese real, y nosotras hemos podido olvidarlos de la misma forma. ¡No!, no creerían ni una palabra de lo que les diríamos.

—¿Cómo, Dot, puedes decir estas cosas, mujercita mía? —exclamó el recadero.

Había hablado con gran fogosidad y energía, y aquella llamada al orden de John

resultó perfectamente oportuna. La amable reconvención de su esposo no podía ser más cariñosa, porque la hizo como si quisiera amparar a Tackleton de sus improperios; y tuvo un éxito rotundo, porque se calló; no dijo nada más al respecto. Había, no obstante, incluso después de su silencio, una agitación, poco corriente, que no pasó inadvertida por el astuto Tackleton, al observar con atención, con su ojo medio abierto, y que conservó en su recuerdo para alguna ocasión propicia.

May no pronunció ni una palabra, ni buena ni mala, sino que se quedó tranquilamente sentada con los ojos bajos, sin dar ninguna muestra de interés por lo que había pasado. La buena señora, su madre, se interpuso entonces para observar, en primer lugar, que las muchachas son muchachas, y el pasado es el pasado, y que mientras los jóvenes sean jóvenes e irreflexivos, probablemente se conducirán siempre como jóvenes y personas irreflexibles; y añadió algunos razonamientos con dos o tres puntos de vista de carácter no menos profundo e incontrovertible. Luego hizo notar asimismo, dentro de un espíritu religioso, que gracias a Dios ella había tenido siempre en su hija May a una muchacha obediente y respetuosa; y que no opinaba que ello fuese debido a la educación que había recibido, sino exclusivamente a su propia naturaleza.

En lo que se refería al señor Tackleton, dijo que era, desde el punto de vista moral, una persona respetable, y que bajo el aspecto de futuro yerno nadie que estuviese en sus cabales podía dudar de sus cualidades. Sobre este último tema se expresó muy enfáticamente. En lo que se refería a la familia de la que muy pronto iba a formar parte, después de cierto tiempo de haber presentado su solicitud de admisión, ella creía que el señor Tackleton estaba perfectamente enterado de que, aunque de fortuna reducida, tenían ciertas pretensiones de pertenecer a la nobleza; y que, si ciertos acontecimientos relacionados con el comercio de tintes de añil, pero a los cuales no quería referirse más extensamente, hubiesen resultado de diferente manera, hubieran posibilitado que la familia entrara en posesión de grandes riquezas. Ella, por lo tanto, dejaba sentado que no quería aludir al pasado ni mencionaría que su hija había rehuido por algún tiempo las peticiones del señor Tackleton, y que no tenía otras cosas más importantes que decir, pero a ellas se refirió en seguida largo y tendido. Finalmente, manifestó que, como resultado general de sus observaciones y experiencias, sabía que aquellos matrimonios en los que hay poco de lo que romántica y neciamente se denomina amor, resultaban ser los más felices; y que ella auguraba la mayor cantidad posible de bienaventuranzas a los futuros esposos, no esas bienaventuranzas fogosas que se encienden con la misma facilidad con que se apagan, sino de calidad confiada y permanente. Concluyó informando a los presentes de que el día siguiente sería el más ansiado de su vida, y que, una vez transcurrido, no deseaba nada más sino ser empaquetada y dispuesta para ser trasladada a algún lugar de enterramiento de buen tono.

Como que todo lo dicho por ella tenía contestación posible —lo cual es la feliz condición que adorna todas las observaciones que cumplen ampliamente su propósito —, los concurrentes cambiaron la corriente de la conversación general y todos dedicaron su atención al pastel de ternera y de jamón, al carnero frío, las patatas y la tarta. A fin de que la bebida embotellada no fuese olvidada, John Feerybingle propuso un brindis en el acto, con el tema: «Mañana» (esto es, el día de la boda); y recomendó a los presentes que bebieran un gran vaso de cerveza antes de que él prosiguiera su viaje profesional.

Porque se debe tener en cuenta que él sólo se detenía allí para dar pienso al viejo caballo. Tenía que ir a unas cuatro o cinco millas más lejos; y cuando volviese, por la noche, recogería a Dot y tomaría otro descanso en su recorrido hacia el hogar. Este había sido siempre el orden del día cuando se presentaban ocasiones de realizar alguna partida de campo, y esto desde el día en que fueron instituidas.

Había dos personas presentes, además de la novia y el novio, que aceptaron con cierta indiferencia el honor del brindis. Una fue Dot, demasiado inquieta y turbada para adaptarse a todas las pequeñas incidencias del momento; la otra, Bertha, que se levantó apresuradamente y abandonó la mesa.

—¡Adiós! —dijo el fornido John, poniéndose su acorazada chaqueta—. He de estar de vuelta a la hora de siempre. ¡Adiós a todos!

—Adiós, John! —respondió Caleb.

Pareció decirlo por rutina, e hizo ondear su mano de la misma manera inconsciente, pues estaba observando a Bertha con una expresión de angustiosa extrañeza que nunca, como entonces, había alterado su rostro.

—¡Adiós, muchachito! —dijo el jovial recadero, agachándose para besar al niño, al cual Tilly Slowboy, ahora ocupada con el cuchillo y el tenedor, había depositado, dormido (y, por raro que parezca, sin ningún coscorrón), en una choza miniatura del mobiliario de Bertha—. ¡Adiós! Tiempo vendrá, estoy seguro, en que serás tú quien vaya a luchar contra el frío, mi pequeño chiquillo, para dejar que tu viejo padre disfrute de su pipa y su reuma en el rincón de la chimenea. ¡Eh! ¿Dónde está Dot?

—Estoy aquí, John —dijo ella, con un sobresalto.

—¡Venid, venid! —le ordenó él, dándole una palmada con sus gruesas manos—. ¿Dónde está la pipa?

—¡He olvidado absolutamente vuestra pipa, John!

—¡Olvidar la pipa! ¿Se había oído jamás tamaño descuido? Ella, ella, ¡olvidarse de su pipa!

—Voy… la voy a llenar ahora, en seguida. Pronto lo tendré hecho.

Sin embargo, no fue llenada con tanta prisa como suponía. Se encontró en el lugar de costumbre: el bolsillo monumental del recadero, con la bolsita, obra suya, que utilizó para llenarla. Pero sus manos temblaban de tal manera, que se enmarañaban y

enredaban terriblemente, a pesar de que eran lo suficientemente pequeñas para poder realizar la operación con toda facilidad, estoy de ello más que seguro. Llenar la pipa y encenderla, pequeños servicios que Dot realizaba con la habilidad que os he encomiado grandemente, los ejecutó en aquella ocasión de modo chapucero, del principio al fin. Durante toda la operación, Tackleton estuvo mirándola maliciosamente con su ojo medio cerrado; y cuando se encontró una vez con los de ella —o los buscó expresamente, porque era cosa rara que a alguien le agradara encontrarse con el suyo entornado, que mejor parecía una pequeña trampa—, aumentó su confusión en alto grado.

—¡Vaya, qué Dot más torpe tenemos con nosotros esta tarde! —dijo John—. ¡Hubiera podido hacerlo yo con mucha más facilidad podéis creerlo!

Con estas palabras bonachonas, se puso con cuatro zancadas en la puerta y en seguida se le oyó en el exterior en compañía de *Boxer*, del viejo caballo y el carruaje, animando la calle con su peculiar chirrido musical.

¡Cuánto tiempo estuvo entonces el soñador Caleb inmóvil, observando a su hija ciega, con la misma expresión invariable en su cara!

—¡Bertha! —dijo Caleb, suavemente—. ¿Qué ha pasado? ¡Cuánto has cambiado en unas pocas horas, querida, desde esta mañana! Tú estar silenciosa y triste durante todo un día… ¿Qué te sucede? ¡Anda, dímelo!

—¡Oh, padre, padre! —exclamó la cieguecita, echándose a llorar amargamente—. ¡Oh, qué triste suerte la mía!

Caleb pasó la mano por sus ojos antes de contestarle.

—Pero, por Dios, Bertha, piensa en lo alegre y feliz que has estado. En cuantas bondades te han dedicado los amigos que te aman de veras.

—¡Esto es lo que anega de pena mi corazón, padre! ¡Siempre tan preocupados por mí! ¡Siempre tan amables conmigo!

Caleb se quedó tan perplejo, que casi no entendía lo que ella quería decirle.

—Ser… ciega, Bertha, mi niña querida —balbuceó él—, es una gran aflicción; pero…

—¡Nunca lo había experimentado como ahora! —exclamó la cieguecita—. ¡Nunca lo había sentido en toda su amarga grandeza! ¡Nunca! Algunas veces se me había ocurrido el deseo de veros o de poderle ver (sólo una vez, padre, sólo por un instante; para que pudiera conocer a los que sois mis tesoros) —y se puso ambas manos sobre el pecho—, y os conservo en mi corazón. Para poder estar cierta y segura de vuestra existencia. Y hasta algunas veces (entonces no era más que una niña) había llorado, en mis plegarias por la noche, al pensar que, cuando vuestras imágenes asciendan desde mi corazón al cielo, ellas no tendrán una semejanza exacta con vosotros mismos. Pero estos pensamientos no los conservé largo tiempo. Se desvanecieron, dejándome tranquila y contenta.

—Y esto sucederá ahora también —dijo Caleb.

—Pero, padre, ¡oh, querido padre!, retenedme, si me vuelvo mala —dijo la muchacha—. No es éste el pesar que hoy me aflige.

Su padre no pudo contener las lágrimas que se escapaban de sus ojos; era tan desgarrador el tono de su queja, que no podía acertar a comprenderla.

—Decidle que venga —continuó Bertha—. No lo puedo tener encerrado y secreto dentro de mí. Traedla, padre. —Vio que él dudaba, y le dijo—: ¡May! ¡Decid a May que venga!

May oyó que mencionaban su nombre, por lo que se acercó calladamente a su lado y apoyó la mano en su brazo. La cieguecita se volvió inmediatamente y tomó, con las suyas, las manos de ella.

—Miradme la cara, querida mía, corazón mío —exclamó Bertha—. Leed en ella, con vuestros magníficos ojos, y decidme si la verdad está reflejada en los míos.

—Pero, querida Bertha, ¡claro que sí!

La muchacha ciega alzó su rostro invidente, por el que corrían rápidas las lágrimas, y le dirigió las siguientes palabras:

—No hay en mi alma, ni un deseo ni un pensamiento que no sea bueno para vos, May querida. No existe en mi alma un agradecimiento mayor que el profundo y afectuoso recuerdo, que está guardado aquí, de las muchas, muchísimas ocasiones en qué, en gozando vos de plenitud de visión y de radiante belleza, habéis tenido la mayor consideración para la ciega Bertha, incluso cuando las dos éramos niñas, o cuando Bertha era todo lo niña que una ciega puede llegar a ser. ¡Qué todas las bendiciones caigan sobre vos! ¡Qué toda la felicidad os acompañe en vuestro camino! Ni la menor sombra empañe vuestra vida —y acercó a ella sus manos para estrecharlas más intensamente—, ni la menor sombra, mi corazón amado, aunque hoy, el saber que vais a ser su esposa, ha afligido mi alma hasta destrozarla. Padre, May… ¡oh, perdonadme que sea así! Pero, por todo lo que ha hecho para animar la oscuridad de mi vida, habéis de creerme cuando pongo al cielo por testigo de que creo que no puede tomar una esposa más adecuada a su bondad.

Mientras hablaba, había abandonado las manos de May Fielding para retenerle los adornos de sus mangas, en una actitud mezcla de súplica y cariño. Hundiéndose cada vez más y más mientras efectuaba aquella extraña confesión, cayó al fin a los pies de su amiga y ocultó su rostro invidente en los pliegues de su vestido.

—¡Dios del cielo! —exclamó su padre, profundamente impresionado, de golpe, por la cruda verdad—, la he engañado desde la cuna para destrozarle al fin su corazón.

Afortunadamente para todos, Dot, la alegre y ocupada pequeña Dot —porque así era, sean cuales fueran las faltas que tuviese, y aunque algo, quizás, os obligara un día a odiarla—, por fortuna, repito, ella estaba allí, pues de otro modo hubiera sido difícil

predecir el final de aquella escena. Dot, recobrando su serenidad, se interpuso antes de que May pudiese contestar, o Caleb pudiera decir ninguna otra palabra.

—¡Vamos, vamos, querida Bertha! ¡Ven aquí conmigo! Dale tu brazo, May. ¡Así! Ya está más sosegada, ¿veis?, ¡y qué buena es al querer escucharnos! —dijo la alegre mujercita, besándola en la frente—. ¡Ven con nosotros, querida Bertha! ¡Ven! Y tu buen padre también va a venir contigo. ¿Verdad, Caleb? ¡Claro que sí!

¡Bien, bien! La pequeña Dot mostraba su nobleza en tales ocasiones, y sólo un ser muy obstinado hubiera podido resistir su influencia. Cuando hubo sacado de la habitación al pobre Caleb y a su hija, cuando los hubo consolado y reanimado como ella sola sabía hacerlo, volvió a su primitivo estado —tan fresca como una rosa, como se acostumbra a decir, y aun diré que más fresca que una rosa—, a montar la guardia cerca de aquella engreída pieza de museo con guantes y sombrero que era la señora Fielding, para evitar que la anciana persona se enterara de lo que estaba pasando.

—Déjame este precioso niñito, Tilly —dijo ella, acercándose una silla al hogar—; y, mientras lo tenga en mi regazo, la señora Fielding estará a mi lado para adiestrarme en el cuidado de los niños y enseñarme en qué puntos estoy equivocada en esa ciencia, ¿’verdad que sí, señora Fielding?



Aquella emperegilada señora accedió de muy buena gana a la proposición de la astuta Dot, lo que le permitió dejar que los ánimos se calmaran un poco. El hecho de que Tackleton había salido a dar una vuelta y, más tarde, dos o tres personas habían sostenido, a cierta distancia, una conversación durante dos o tres minutos, dejándola a

merced de sus propios recursos, bastó para hacerla volver a su engreída actitud habitual y a sus lamentaciones acerca de la convulsión en la industria de los tintes de añil, tema en el cual muy bien hubiese podido estar ocupada veinticuatro horas. Pero la deferencia que Dot había demostrado por su experiencia fue para ella tan irresistible que, después de una breve afectación de humildad, empezó a darle lecciones de pediatría con la mayor buena voluntad del mundo y, sentada cerca de la traviesa pequeña Dot, despachó, en menos de media hora, más recetas domésticas infalibles que las precisas (si le hubieran hecho caso) para destruir la salud del joven Peerybingle, aunque hubiese sido tan fuerte como Sansón.

Para cambiar de tema, Dot hizo una pequeña labor —había traído consigo el contenido de una cajita de labores en el bolsillo, aunque, lo que intentaba fabricar con ella, lo ignoro por completo—; luego se ocupó un poco del niño; más tarde volvió a entretenerse con la labor; y finalmente pasó a sostener una corta conversación con May, mientras la anciana señora dormitaba tranquilamente. Y así, con pequeñas chispas de humor que, como es sabido, formaban parte de su peculiar manera de comportarse, encontró la tarde muy corta.

Luego, a medida que fue oscureciendo, y como constituía una solemne convención que en aquellas fiestas nuestra Dot ejecutara todas las tareas domésticas que diariamente correspondían a Bertha, procedió a animar el fuego, barrer el hogar, preparar el té, correr las cortinillas y encender una vela. Más tarde tocó una canción o dos en una especie de arpa que Caleb había fabricado burdamente para Bertha, y lo hizo muy graciosamente, porque la naturaleza la había dotado de unas orejas tan delicadas, que lo mismo servían para la música que para llevar pendientes, si los hubiera tenido. Hacia aquellas horas acostumbraban tomar el té, y Tackleton regresó de nuevo para cenar y pasar allí la velada.

Caleb y Bertha habían vuelto a la sala poco antes, y aquél se sentó para realizar su trabajo nocturno. Pero no pudo dedicarse a ello, el pobre hombre, porque se sentía ansioso y con remordimientos a causa de su hija. Era emocionante verle inactivo en su taburete de trabajo, mirándola taciturnamente y repitiendo sin cesar: «¡La he engañado desde la cuna para destruir al fin su corazón!».

Cuando llegó la noche y hubieron tomado el té, y Dot no tuvo ya más trabajo en lavar vasos y platos; en una palabra —porque he de decirlo y no sacaría nada con ir demorándolo—, cuando el tiempo fue trayendo del exterior ruidos callejeros anunciadores de la llegada del recadero, que ella creía reconocer en cada rumor de ruedas lejanas, entonces sus maneras cambiaron de nuevo, el color de su rostro varió a menudo, y se quedó muy quieta. No como se quedan las buenas esposas cuando están esperando a sus maridos. No, no, no: era otra clase de quietud, la de éstas.

Se oyeron las ruedas; pisadas de caballos; el ladrar de un perro; el acercamiento gradual de todos los sonidos, tan conocidos por ella; el raspear de las patas de *Boxer*

en la puerta…

—¿Qué pasos son ésos? —preguntó Bertha, levantándose.

—¿Qué pasos han de ser? —repitió el recadero, desde el portal, con su cara morena y coloradota como una fruta de invierno, en el acerado aire de la noche—. Pues los míos.

—Los otros pasos —dijo Bertha—; me refiero a las pisadas de hombre detrás de vos.

—No hay manera de engañarla —observó el recadero, riendo—. Pasad adelante, caballero. Sed bienvenido. No temáis nada.

Hablaba en un tono alto; y, mientras hablaba, entró el viejo caballero sordo.

—No es un desconocido del todo para vos, Caleb —explicó el recadero—. ¿Queréis darle hospitalidad hasta que nos vayamos?

—Claro que sí, John, y lo considero un honor.

—Es el mejor compañero del mundo para contarle secretos —dijo John—. Tengo unos pulmones bastante buenos, pero me los pone a prueba, os lo aseguro. Sentaos, caballero. Todos son amigos aquí, y estamos contentos de que seáis de los nuestros.

Cuando hubo asegurado esto al forastero, en una voz que sobradamente confirmaba lo que había dicho de sus pulmones, añadió en su tono natural:

—Una silla en el rincón de la chimenea, y que le dejen sentar en ella con tranquilidad y mirar complaciente a su alrededor, es todo lo que desea. Esto le basta.

Bertha había escuchado con gran atención. Llamó a Caleb a su lado y, cuando éste se hubo sentado, le pidió en voz baja que le describiera cómo era el forastero. Cuando él la hubo complacido (esta vez sin faltar a la realidad), se levantó, por primera vez desde que había entrado, y suspiró, sin preocuparse ya más del anciano.

El recadero estaba muy animoso, como buen hombre que era, y más enamorado que nunca de su mujer.

—¡Qué torpe habéis estado esta tarde, Dot! —dijo, rodeando con su robusto brazo el cuerpo de ella, mientras estaba en pie, separada de todos—, pero os quiero como nunca. ¡Mirad allí, Dot! —señalaba con un dedo al anciano forastero. Ella bajó los ojos. Creo que temblaba.

—¡Es él! ¡Ah, ah, ah, está loco de admiración por vos! —añadió el recadero—. No me ha hablado de nada más, en todo el camino hasta aquí. ¡Y qué tiene que ver! Es un hombre excelente. Le quiero por eso.

—Me gustaría que hubiese escogido un tema mejor, John —dijo ella, con una mirada molesta alrededor de la habitación, especialmente dirigida a Tackleton.

—¡Un tema mejor! —exclamó el jovial John—. No sería posible encontrarlo. Vamos, saquémonos la chaqueta, fuera la gruesa bufanda, quitémonos la pesada manta y pasemos una buena media hora al lado del fuego. ¡A vuestros pies, señora Fielding! ¿Gustáis que hagamos una partida de cientos, vos y yo? Me sería muy

agradable, señora. ¡Las cartas y una mesa, Dot! Y un vaso de cerveza aquí, si no os la habéis bebido toda, querida mujercita.

La propuesta de jugar se dirigía a la vieja dama, que la aceptó con graciosa disposición, y pronto se ensarzaron en las incidencias del juego. Al principio, el recadero miraba a su alrededor alguna vez, con una sonrisa, o de cuando en cuando pedía a Dot que mirara su juego por encima de su hombro y le aconsejara respecto a un problema difícil que presentaba la partida. Pero como que su adversaria era de una rigidez puritana en cuestiones de juego y, con todo, tenía una debilidad ocasional en cuanto a adjudicarse más puntos de los que le correspondían, fue preciso someterla a vigilancia, por lo cual John no pudo ya ocupar ojos ni oídos en ninguna otra actividad. Así pues, no pensó en nada más, hasta que una mano puesta sobre su hombro le recordó que existía Tackleton.

—Os ruego que me perdonéis si os distraigo, pero oídme dos palabras nada más.

—Venís en mal momento —replicó John—. Me toca a mí dar las cartas.

—Tenéis razón: es un momento crítico —dijo Tackleton—; no obstante, venid, ¡por favor!

Había en su cara tal palidez, que el otro se vio obligado a levantarse inmediatamente y preguntarle de qué se trataba.

—¡Chist! John Peerybingle —le dijo Tackleton—, lo siento de veras. Os lo aseguro sinceramente: me lo temía ya desde un principio.

—¿Qué sucede? —preguntó el recadero, con aire asustado.

—Os lo voy a mostrar, si queréis venir conmigo.

El recadero le acompañó sin proferir palabra. Atravesaron un patio donde las estrellas brillaban y por una puertecita lateral entraron en el propio despacho de Tackleton, donde había una ventana de cristal desde la cual podía divisarse todo el almacén, que estaba cerrado ya para la noche. No había luz en el despacho propiamente dicho, pero sí una lámpara que iluminaba el largo y estrecho almacén; por consiguiente, la ventana quedaba iluminada.

—¡Un momento! —dijo Tackleton—. ¿Tendríais valor para mirar por esta ventana?

—¿Por qué no? —respondió sencillamente el recadero.

—Aguardad un momento —insistió Tackleton—. No cometáis ninguna violencia. No os serviría de nada. Es demasiado peligroso. Sois un hombre corpulento, y podéis cometer un asesinato sin daros cuenta de ello.

El recadero le miró a la cara y retrocedió un paso, como si hubiese recibido un duro golpe. De una zancada se puso ante la ventana y vio…

¡Oh, qué mancha sobre su hogar! ¡Oh, grillo fiel! ¡Oh, pérfida esposa!

Vio a ésta con el anciano —que ya no lo era, sino un hombre joven y elegante —y llevando en la mano la peluca de cabello cano que le había permitido la entrada en la

desolada y miserable casa. Observó que ella estaba atenta a lo que él le decía, mientras ladeaba la cabeza para susurrarle algo al oído; sufrió la atormentadora visión de cómo él la llevaba cogida por la cintura, mientras avanzaba a paso lento por la oscura galería de madera, hacia la puerta por donde ellos habían entrado. Los vio detenerse y que ella, volviéndose y presentando ante su vista aquella cara que él quería tanto—, acariciaba con sus propias manos la frente de su amante, riéndose, al hacerlo, de la candidez de John.

De pronto éste apretó su recia mano derecha como si quisiera atacar a una fiera; pero, abriéndola inmediatamente, la extendió ante los ojos de Tackleton (porque era para ella tierno y amable, incluso en aquella circunstancia), y luego, cuando ellos hubieron salido, cayó desplomado sobre un pupitre, tan débil como si fuese un niño.

Se envolvió en la capa hasta la barba y fue a ocuparse del caballo y los paquetes, cuando ella entró en la sala, preparándose para volver a casa.

—Vamos, John querido. ¡Buenas noches, May! ¡Buenas noches, Bertha!

¿Cómo podía besarlas? ¿Cómo podía aparecer gozosa y radiante en la fiesta? ¿Se arriesgaba a revelar su verdadero semblante a todos ellos, sin sonrojarse? Sí; aunque Tackleton la observaba atentamente, ella hizo todo lo que acabo de describir sin inmutarse.

Tilly estaba apaciguando al niño, y cruzó una y diez veces delante de Tackleton repitiendo:

—Y saber que las demás podían ser sus mujeres, esto les hacía sufrir horrores; y sus padres las engañaban desde la cuna para destrozarles más tarde el corazón.

—¡Ahora, Tilly, dame el niño! Buenas noches, señor Tackleton. ¿Dónde diablos estará John, por Dios santo?

—Se ha adelantado para ir a pie, llevando el caballo por el ronzal —contestó Tackleton, conduciéndola hasta su asiento en el carruaje.

—Querido John. ¿Vais a hacer el camino a pie? ¡Con esta noche!

La embozada figura de su marido hizo una burda señal afirmativa, el falso forastero y la pequeña niñera se colocaron en sus sitios y el viejo caballo comenzó a avanzar. *Boxer*, el inconsciente *Boxer*, corría hacia delante, hacia atrás y en torno al carruaje, ladrando tan triunfante y alegre como siempre.

Cuando Tackleton se hubo marchado también, escoltando a May y a su madre hasta su casa, el pobre Caleb se dejó caer sobre una silla, ante el fuego del hogar, angustiada y llena de remordimientos su apenada alma, y diciéndose todavía, en la melancólica contemplación de su hija: «¡La he engañado desde la cuna para destrozarle, al fin, el corazón!».

Los juguetes habían sido todos ellos revueltos y cambiados de sitio por el pequeñín, que se había entretenido un buen rato con ellos. En la débil luz y el silencio, las imperturbables y calmosas muñecas, los agitados caballos de balancín,

con los ojos fijos y las narices distendidas, los ancianos caballeros en las puertas de sus casas, apoyándose sobre sus débiles rodilla y tobillos, los cascanueces de cara retorcida, los mismos animales en su camino hacia el arca, en parejas, como una escuela de párvulos de paseo, podían ser imaginados, a pesar de su sorprendente inmovilidad, con maravillosa fantasía, igual que Dot, siendo falsa, o Tackleton, amado, bajo cualquiera de las mil posibles combinaciones a que podían dar lugar las circunstancias.

EL TERCER CHIRRIDO



El reloj holandés situado en el rincón dio las diez cuando el recadero se sentó al lado de la chimenea. Tan turbado y abatido por el pesar, que parecía dar miedo al cuclillo, el cual, después de haber emitido los diez sonidos tan cortos como pudo, se metió de nuevo dentro del palacio moro y cerró de golpe la puertecita detrás de él, como si el inusitado espectáculo fuese demasiado duro para sus sentimientos.

Si el segadorcito se hubiese armado con la más afilada de las guadañas y hubiese dado un golpe con ella en el corazón del recadero, no le hubiera herido y maltrecho como Dot lo había logrado.

Porque era un corazón lleno de amor por ella, tan ligado y unido por innumerables hilos de recuerdos agradables, el que había tejido el trabajo diario de encariñamiento; era un corazón en el cual se había encerrado ella tan dulce y herméticamente, un corazón tan cariñoso y sincero en su fidelidad, tan fuerte en la bondad, tan débil para el mal, que no podían ocurrírsele, en un principio, ni apasionamiento ni venganza, y sólo le quedaban ánimos para contemplar interiormente la imagen rota de su ídolo.

Pero, poquito a poco, mientras el recadero estaba sentado meditando en el fondo de su alma, entonces fría y tenebrosa, otros pensamientos más violentos empezaron a levantarse en su interior, como si un viento enfurecido se estuviera alzando en la noche. El forastero moraba bajo el mismo techo ultrajado. Tres pasos le bastaban para llegar a la puerta de su aposento, y un rudo golpe le haría caer desplomado. «Podríais cometer un asesinato antes de que os dierais cuenta de ello», le había dicho Tackleton. ¿Cómo podía cometer un asesinato, si daba al villano el tiempo suficiente para luchar con él a brazo partido, si éste era precisamente el más joven?

Era un pensamiento intempestivo, dañino por el carácter tenebroso de su alma. Era un pensamiento rabioso que le induciría a cometer un acto vengativo que cambiaría el hogar alegre y feliz en una casa maldita, ante la cual los pasajeros solos temerían pasar por la noche; y donde los temerosos verían sombras luchando en las ventanas arruinadas, cuando la luna estuviese velada, y oirían ruidos terroríficos en el fragor de las tempestades.

¡Era un hombre joven! Sí, sí; un amante que había dominado el corazón que él jamás había conmovido. Algún amante anterior, en quien Dot había pensado y soñado, por quien había languidecido y suspirado cuando él la creía feliz y dichosa a su lado. ¡Oh, qué dolor le producían estos pensamientos!

Ella se encontraba en aquel momento con el niño, arriba, acostándolo en la cuna. Mientras él meditaba con tristeza junto al hogar, ella fue a situarse a su lado sin que se diera cuenta, pues en el ruido pavoroso de su tormento interior quedaban apagados todos los demás sonidos, y puso el pequeño taburete a sus pies. No se dio cuenta de ello hasta que sintió una mano sobre la suya y vio que le miraba a la cara.

¿Con extrañeza? No, no fue ésta su primera impresión, y John ardía en deseos de

verla de nuevo, para enmendar lo posible. No, ella no sentía extrañeza, ciertamente. El la miró con una anhelante y escrutadora mirada, pero no vio nada en ella.

En un principio estuvo asustado y grave; luego cambió esta actitud por una sonrisa extraña, terrible, espantosa, que transparentaba sus pensamientos; luego no hizo más que cruzar las manos sobre su frente e inclinó la cabeza, dejando caer sus cabellos.

Aunque todo el poder de lo alto hubiese sido suyo y pudiese ejercerlo en aquel momento, John poseía en tal grado la divina cualidad del perdón, que no pudo mover contra ella ni el peso de una pluma. Pero no podía soportar verla acurrucada sobre el taburete donde tantas veces la había estado contemplando, con orgullo y amor, tan inocente y alegre; y cuando ella se levantó y, sollozando, le dejó, él sintió como un alivio tener sólo un vacío a su lado, en vez de la idolatrada presencia de que había gozado tanto tiempo. Esto, en sí mismo, ya era lo más angustioso que podía sentir, porque le recordaba en qué desolación había caído, y, en el salto, su vida se había partido en dos.

Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que hubiera sido mucho mejor encontrarla tendida en el suelo, muerta, con el pequeñín en brazos, y más terrible se erguía en él una cólera ilimitada contra su enemigo. Miró a su alrededor por si encontraba un arma.

Halló un fusil que pendía de un clavo en la pared. Lo tomó y dio un paso o dos hacia la puerta de la habitación del pérfido forastero. Sabía que el fusil estaba cargado. Le invadió una oscura idea de que era justo que matara a aquel hombre como a una bestia salvaje, y esta idea creció en él hasta el punto que se convirtió en un monstruo demoníaco que le invadía completamente, desvaneciendo todo pensamiento bondadoso y posesionándose por completo de su voluntad.

Esta frase no es correcta. No hizo desvanecer sus buenos pensamientos, sino que los transformó artificialmente, cambiándolos por ardores de maldad; transformando el agua en sangre, el amor en odio, la bondad en feroz ceguera vengativa. La imagen de ella se le presentaba apenada, humillada, pero todavía solicitando su ternura y su perdón con irresistible poder, y no dejaba ni un momento su pensamiento; pero, encontrándose allí, estos pensamientos le empujaron materialmente hacia la puerta. Levantó el arma hasta su hombro, fijó el dedo en el gatillo y se gritó a sí mismo: «¡Mátale! ¡Mátale en su propio lecho!».

Iba a dar un golpe de fusil contra la cerradura; y ya había levantado al aire el arma; pero un designio impreciso se debatía en su mente, el cual le sugería que entrara en la habitación y pidiera a aquel hombre, por el amor de Dios, que se escapara por la ventana.

Súbitamente, el fuego que crepitaba en el hogar iluminó toda la chimenea con su esplendor, ¡y el grillo del hogar comenzó a chirriar!

Ningún sonido, ninguna voz humana, ni la de ella, hubiese podido producirle un efecto tan sensacional y definitivo. Las sencillas palabras con que ella le había confesado su cariño por este mismo grillo, las oía ahora, frescas una vez más en su corazón; se le apareció ella cuando las pronunciaba, con suave temblor, su actitud seria en aquel momento, su voz tan agradable… ¡Oh, qué voz la suya para crear una música íntima en el hogar de un hombre honesto!

Todo ello conmovió más y más lo mejor de su corazón, y lo despertó a la vida y a la acción.

Retrocedió desde la puerta, como un sonámbulo que se despertara de una horrible pesadilla, y dejó el fusil a un lado. Cubriéndose la cara con sus manos, se sentó de nuevo junto al fuego y encontró consuelo en dejar manar las lágrimas.

El grillo del hogar saltó dentro de la habitación y se presentó ante el recadero en forma de hada.



—«¡Le quiero —dijo la mágica voz, repitiendo lo que él recordaba muy bien—, le quiero por las muchas veces que le he oído y las muchas ideas que su música inocente me ha sugerido!».

—¡Ella había dicho eso! —exclamó el recadero—. ¡Es cierto!

—«¡Esta ha sido una casa feliz, John! Y yo adoraba al grillo por esta circunstancia».

—Lo ha sido, Dios lo sabe bien —repuso el recadero—. Ella la había hecho así, siempre, hasta ahora.

—Tan dulce su carácter, tan suave su trato; tan íntima, alegre, dulcemente atareada y cariñosa… —dijo la voz.

—Si hubiese sido de otra manera, no hubiera podido amarla como la quise —

confesó el recadero.

La voz le corrigió, diciéndole: «como la queréis».

El recadero insistió: «como la quería». Pero no con firmeza. Su balbuciente lengua se resistía a obedecerle, y quería hablar por su cuenta y por la de él.

La sombra, en una actitud invocativa, levantó una mano y dijo:

—¡Por vuestro propio hogar!

—¡El hogar que ella ha arruinado! —interrumpió el recadero.

—El hogar que tantas veces bendijo e hizo brillar con resplandores de emoción —dijo el grillo—; el hogar que, de no ser por ella, no hubiera sido más que unas piedras y algunos ladrillos, y barras de hierro mohosas, pero que se transformaban, merced a ella, en el altar de vuestro hogar, en el que habéis sacrificado cada noche alguna pequeña pasión, egoísmo o inquietud, y ofrecido el homenaje de una conciencia tranquila, un comportamiento honrado, un corazón desbordante de amor; de manera que el humo de esta modesta chimenea salía de aquí con mejor fragancia que el del más rico incienso quemado ante los más ricos altares de los más grandiosos templos del mundo. En vuestro propio hogar, en su apacible santuario, rodeado por sus dulces influencias y compañías. ¡Escuchadla! ¡Oídme! ¡Escuchad a todos los que os hablen con el lenguaje de vuestro hogar y de vuestra familia!

—¿Y habláis en favor de ella?

—Todos los que os hablen el lenguaje de vuestro hogar, de vuestra familia, hablan en su favor —insistió el grillo—, porque hablan el lenguaje de la verdad.

Y mientras el recadero, con la cabeza entre las manos, continuaba meditando sentado en su silla, la sombra se mantuvo a su lado, sugiriendo con su poder todas estas reflexiones, y presentándolas ante él como en la transparencia de un cristal o en imagen. No era una presencia solitaria, sino la de la piedra del hogar, de la chimenea; del reloj, la pipa, el puchero y la cuna; del suelo, las paredes, el techo, y las escaleras; del carruaje en el exterior y del armario en el interior, y de todos los objetos domésticos; de cada cosa y cada lugar en que ella era familiar, y con lo cual ella había tejido siempre los recuerdos de sí misma en la mente desdichada de su marido.

Las hadas acudían en tropel, mas no para quedarse a su lado, como había hecho el grillo, sino para incitarle y animarle respecto a todo lo que los rodeaba; para rendir honor a la imagen de ella; para empujarle agarrándole por el vestido y señalársela cuando aparecía; para reunirse a su alrededor y abrazarla, y echarle flores hasta cubrirla con ellas; para coronar su linda cabeza con sus diminutas manos; para demostrar que la amaban y la querían; y que no había en el mundo ningún ser malvado, horrible o acusador que pudiera decir nada malo de ella; nadie sino ellas, las hadas, que la conocían y la amaban mejor que nadie.

Sus pensamientos estaban constantemente apoyados en la imagen, que permanecía allí.

Ella estaba sentada haciendo trabajar la aguja, ante el fuego y cantando para sí. ¡Qué alegre, firme y paciente mujercita era Dot! Las mágicas sombras daban vueltas alrededor de John, todas a la vez, y puestas de acuerdo, luego de mirarla a ella, parecían decirle: «¿Es de esta mujer tan delicada de quien te quejas?».

Mientras, llegaban del exterior ruidos de alegría, sones de instrumentos musicales, voces y risas. Un grupo de jóvenes alegres y bulliciosos entraron en tropel, y entre ellos estaban May Fielding y un hermoso grupo de lindas muchachas. Dot era la más bella de todas, y tan joven como cualquiera de ellas. Habían llegado para invitarlo a la fiesta. Era un baile. Si había un piececito creado para la danza, era el suyo, sin duda alguna. Pero ella reía y movía la cabeza, y señalaba la comida que tenía preparada en el fuego, y su mesa estaba completamente puesta; y todo ello lo realizaba como en un desafío exultante que la hacía aún más bella que antes. Y así, alegremente, los despidió, haciéndoles una inclinación de cabeza a medida que iban pasando ante ella, pero con una cómica indiferencia, suficiente para hacerles marchar y desanimarlos inmediatamente, si hubieran sido sus admiradores —y ellos debían serlo, más o menos; no podían evitarlo—. Aunque hay que reconocer que la indiferencia no era un rasgo esencial de su carácter. ¡Oh, no! Porque ahora se acercaba cierto recadero a la puerta y, Dios le bendiga por ello, ¡qué bienvenida le estaba reservada!

De nuevo las miradas de las hadas se volvieron hacia él, como si quisieran decir: «¿Es ésta la mujer que te ha abandonado?».

Una sombra se proyectó sobre el espejo o la imagen, llamadla como queráis. Una gran sombra del forastero, tal como compareció por primera vez bajo su techo; cubriendo su superficie, absorbiéndolo todo y haciéndolo desaparecer todo. Pero vaporosas hadas trabajaban como abejas para arreglarlo todo de nuevo, y Dot estaba allí presente otra vez. Como siempre, esplendorosa y bella; meciendo al niño en la cuna, cantándole suavemente y haciendo descansar la cabecita sobre su hombro, y al lado de ellos estaba el mágico grillo.

La noche —quiero decir la noche real, no la que señalan los relojes encantados— seguía su curso; y mientras en este estado se hallaban los pensamientos del recadero, la luna brillaba con refulgencia en el espacio. Quizás alguna luz quieta y tranquila se había levantado también en su mente, y ahora podía pensar con más sosiego en lo que había sucedido.

Aunque la sombra del forastero aparecía a intervalos en el espejo —casi siempre perfectamente distinguible, grande y definida —, John no volvió ya a caer en la confusión que le había invadido en un principio. Siempre que aparecía, las hadas proferían un grito general de consternación, y utilizaban con gran celeridad sus bracitos y piernecitas para borrarla. Y siempre que encontraban la de Dot de nuevo, y se la mostraban a él, una vez más, espléndida y bella, manifestaban su alegría con

exaltadas expresiones.

Ellas no la mostraban de otra manera que bella y brillante, porque eran espíritus domésticos para los cuales la falsedad no existe, y, siendo así, Dot no era para ellas más que una criatura activa, agradable y radiante, que había sido la luz y el sol del hogar del recadero.

Las hadas estaban prodigiosamente excitadas cuando la mostraban con el niño; charlando con un grupo de viejas matronas, con las que afectaba ser, ella misma, tan maravillosamente vieja y respetable como ellas; tratando de una manera formal y seria a su esposo, en quien se apoyaba, procurando —ella, que no era más que un tierno brote de mujercita— adaptarse a la idea de abjurar de las vanidades mundanas en general, y llegar a ser una persona para la cual no era ninguna novedad ser madre; y también, con el mismo impulso, la mostraban riéndose del recadero torpe y desmañado, arreglándole el cuello de la camisa para darle un aspecto elegante, y haciendo remilgos, muerta de risa, mientras en aquella misma habitación intentaba enseñarle a bailar.

Dieron una vuelta y miraron a John con ojos inmensos al mostrarle a Dot al lado de la cieguecita; porque, aunque ella llevaba consigo alegría y animación a dondequiera que fuera, la comunicaba de una manera especial en la casa de Caleb Plummer. La cieguecita la adoraba, confiaba en ella y le estaba muy agradecida.

Y el tacto lleno de bondad con que sabía esquivar el exagerado agradecimiento de Bertha; su gran habilidad para aprovechar la oportunidad de la visita haciendo algo útil para la casa y trabajando realmente con ahínco, mientras pretextaba encontrarse descansando; su generosa aportación de golosinas, como los pasteles de ternera y jamón, y las botellas de cerveza; la radiante expresión que tenía su semblante al llegar y al despedirse; el maravilloso significado de todo su ser, desde sus primorosos pies hasta la punta de la cabeza, de que constituía una parte esencial de la casa, algo necesario a ella, que no podía funcionar sin ella… todo esto lo revelaban las hadas, y la amaban por ello. Y una vez más le miraron a él, con afecto también, y suplicantes, como si le dijeran, mientras algunas de entre ellas se arrimaban a su vestido y le acariciaban: «¿Es ésta la mujer que ha traicionado tu confianza?».

Más de una o dos veces, o tres, en la larga y meditabunda noche, las hadas le mostraron a él mismo, sentado en el escabel favorito de Dot, con la cabeza inclinada, las manos sosteniendo la frente, el cabello colgando, tal como ella le había visto la última vez.

Y cuando ellas la encontraron a ella, no se volvieron hacia él ni le miraron tan sólo, sino que se reunieron con ella y la consolaron y besaron, estrechándola en sus brazos para demostrarle simpatía y cariño, y olvidando completamente al recadero.

Así transcurrió la noche. La luna desapareció, las estrellas palidecieron, un nuevo día frío comenzó y el sol empezó a alzarse. El recadero, todavía sentado, meditativo

en el rincón de la chimenea, había permanecido sentado allí, con la cabeza entre sus manos, toda la noche. Durante ésta, el grillo había estado chirriando de continuo en el hogar. Toda la noche había estado oyendo su voz. Toda la noche, las hadas domésticas habían estado ocupadas con él. Toda la noche, Dot se había mostrado amante y cariñosa en el espejo, excepto en los momentos en que una sombra lo oscurecía.

Se levantó cuando fue pleno día, se aseó y se vistió. No pudo, como era su costumbre, ejecutar sus habituales ocupaciones matutinas —no tenía ánimo para ellas—, pero no importaba, porque era el día de la boda de Tackleton y ya se había preocupado de que le sustituyeran en ella. Pensó que hubiera ido alegremente a la iglesia con Dot, pero tales propósitos estaban ahora completamente abandonados. Era también el aniversario de su propio matrimonio. ¡Ah, poco había imaginado terminar aquel año de aquella manera!

El recadero esperaba que Tackleton le visitaría muy de mañana, y llevaba razón. Apenas había dado unos cuantos pasos por delante de su propia puerta, durante unos minutos, cuando vio al comerciante en juguetes llegando en su calesa por la carretera. Cuando el carruaje se fue acercando, pudo ver que Tackleton venía emperifollado para su boda, y que había adornado también la cabeza de su caballo con flores y cintas.

El caballo tenía mucho más aspecto de novio que el propio Tackleton, cuyo ojo medio entornado era más desagradablemente expresivo que nunca. Pero el recadero se fijó poco en ello. Sus pensamientos tenían otras preocupaciones.

—¡John Peerybingle! —exclamó Tackleton, con un aire de condolencia—. Mi querido amigo, ¿cómo os encontráis esta mañana?

—He pasado una noche terrible, señor Tackleton —respondió el recadero, moviendo la cabeza apesadumbrado—, porque me he sentido amargamente apenado. ¡Pero ahora la cosa ya está mejor! ¿Me podéis conceder media hora o algo así para que podamos conversar los dos en privado?

—He venido precisamente para esto —contestó Tackleton, apeándose—. No os preocupéis del caballo. Se va a quedar quieto y sin moverse, con las riendas en ese poste, si le dais un bocado de heno.

El recadero trajo del establo lo que se le pedía y lo puso delante del animal, y luego ambos entraron en la casa.

—No os casáis antes del mediodía —dijo John—, ¿no es verdad?

—Sí —contestó el otro—. Tenemos mucho tiempo, mucho tiempo.

Cuando entraron en la cocina, Tilly Slowboy estaba llamando a la puerta del cuarto del forastero, que distaba tan sólo unos cuantos peldaños. Uno de sus ojos enrojecidos (porque Tilly había estado llorando toda la noche por la sencilla razón de que su señora lloraba) estaba aplicado en el de la cerradura mientras ella golpeaba

fuertemente. Parecía asustada.

—¡Vaya! No hay nadie que responda —dijo Tilly, mirando a su alrededor—. ¡Supongo que no se le habrá ocurrido irse al otro mundo!

La filantrópica suposición de la señorita Slowboy, orquestada con varios nuevos golpes y gritos, no obtuvo mejor respuesta.

—¿Puedo ir a ver qué pasa? —preguntó Tackleton—. Es curioso.

El recadero, que había apartado la mirada de la puerta, le hizo señal de que podía hacerlo si así lo quería.

Por lo tanto, Tackleton fue en socorro de Tilly Slowboy y dio golpes y puntapiés a la puerta, pero tampoco logró el menor resultado. Con todo, al probar si podía abrirla, ésta cedió fácilmente, por lo que él asomó la cabeza al interior, entró en la habitación y en seguida salió de ella.

—John Peerybingle —dijo Tackleton en su oído—, creo que no ha pasado nada aquí esta noche; por lo menos, nada violento.

El recadero dio una vuelta sobre sí mismo con rapidez.

—Porque… ¡se ha marchado! —explicó Tackleton—. Y la ventana está abierta. No he podido ver señales de que algo haya sido forzado; lo que no es de extrañar, puesto que la ventana está a nivel del jardín. Pero yo estaba preocupado porque temía que hubiese habido algún forcejeo, ¿comprendéis?

Casi cerró también el ojo que habitualmente tenía abierto, con tanta dureza le miró; y así sometió su ojo, su cara y toda su persona a una profunda contorsión. Parecía que quisiera arrancarle la verdad.

—No os preocupéis —dijo el recadero—. Entró en esta habitación, ayer por la noche, sin haber recibido de mí el menor daño o injuria; y nadie más ha entrado en ella desde entonces. Se ha ido por su propia voluntad. Yo saldría con gusto por esa puerta y pediría el pan de casa en casa, durante toda mi vida, si pudiese con ello cambiar el pasado y hacer que este terrible hecho no hubiese sucedido nunca. Pero él ha venido y se ha marchado: todo ha terminado.

—¡Oh, bien! Y creo que todo ha sido muy fácil —exclamó Tackleton, tomando una silla.

El sarcasmo no fue captado por el recadero, quien se sentó también y se cubrió el rostro con la mano, durante algún tiempo, antes de continuar.

—Me mostrasteis anoche —dijo al fin— a mi esposa, la mujer que adoro, secretamente…

—Y bien tiernamente… —insinuó Tackleton.

—Confabulándose con él, cooperando con su disfraz, que le permitía la oportunidad de encontrarla sola. Hubiera preferido tener que soportar cualquier otra visión antes que esa. Y, si ha sido preciso que vos la vieseis, nadie más en el mundo hubiera querido que fuese, en vez de vos.

—Os he de confesar, francamente, que siempre había tenido mis sospechas —dijo Tackleton—. Y por esto no era demasiado bien visto en esta casa.

—Pero como me lo habéis demostrado sin lugar a dudas —prosiguió el recadero, sin hacerle caso— y la habéis visto, a ella, mi esposa, la mujer que adoro— su voz, su mirada y sus manos se iban calmando a medida que repetía estas palabras; evidentemente, con la decidida voluntad de realizar un propósito formado de antemano—, como la habéis visto en tan crítica situación, es justo y necesario que la veáis también con mis propios ojos y la juzguéis según mi propio corazón, y sepáis lo que pienso de todo esto. Porque está decidido cuál será mi comportamiento —dijo estas últimas palabras, mirándole fijamente en los ojos, y terminó—, y nada puede cambiarlo.

Tackleton murmuró una vagas palabras de asentimiento respecto a la necesidad en que se encontraba de ejecutar alguna u otra venganza, pero quedó impresionado por la actitud de su compañero.

Sencillo y sin modales como era, había en él algo noble y digno que sólo puede cobijar un alma generosa.

—Yo soy un hombre simple y tosco —prosiguió el recadero—, con poca cosa que recomendar en mí. No soy un hombre inteligente, como sabéis muy bien. No soy tampoco joven. Amo a mi pequeña Dot porque la he visto crecer a mi lado desde que era niña, en la casa de su padre, y sabía lo preciosa que era y cuánto valía; porque había sido toda mi vida durante años y años. Hay muchos hombres, con los que no puedo compararme, que nunca hubieran podido amar a mi pequeña Dot como yo la he amado. De esto estoy seguro.

Hizo una pausa y durante un momento golpeó el suelo suavemente, con el pie, antes de continuar.

—He pensado a menudo que, a pesar de no ser para ella lo que se llama un buen partido, y aunque no hagamos los dos una pareja proporcionada, yo podía ser para ella un marido cariñoso y quizás reconocer sus grandes méritos mejor que otro; y este razonamiento me reconciliaba conmigo mismo y acabó por convencerme de que podría llegar a ser un buen marido. Y al fin sucedió !o que debía ser y nos casamos.

—¡Ah! —dijo Tackleton, con un significativo movimiento de cabeza.

—Me he estudiado a mí mismo, he tenido una experiencia de mí mismo; he podido asegurarme de cuánto la amaba y cuán feliz me hacía su compañía —continuó el recadero—. Pero, y ahora es cuando me doy cuenta de ello, no se me habían ocurrido las consecuencias que nuestra unión podía tener para ella.

—Era natural —dijo Tackleton—. ¡Atolondramiento, frivolidad, veleidad, vanidad de ser admirada! ¡Nada de esto fue tenido en cuenta! ¡Todo esto se dejó a un lado, sin querer verlo! ¡Ah!

—Haríais mejor no interrumpiéndome —exclamó el recadero, con cierta

impaciencia— hasta que hayáis oído todo lo que tengo que deciros y lo hayáis comprendido, de lo cual estáis muy lejos todavía. Si ayer hubiese echado al suelo de un puñetazo a quien se hubiera atrevido a decirme mal de ella, hoy le pisotearía la cara aunque fuese mi propio hermano.

El comerciante en juguetes le miró con asombro. John siguió adelante con un tono más suave.

—¿Había considerado —prosiguió el recadero— que la tomé por esposa, a su edad y con su hermosura, arrancándola del lado de sus jóvenes compañeras y del ambiente en el cual era el mejor adorno y del que era la estrellita más brillante y siempre reluciente, para encerrarla día tras día en mi triste casa, guardándola en mi tediosa compañía? ¿Había considerado cuán poco podía corresponder a su carácter vivaz, y cuán aburrido tenía que ser un hombre como yo para un espíritu vivaracho? ¿Había considerado alguna vez que no había ningún mérito en mí, ni título alguno, por el solo hecho de amarla, siendo así que nadie podía evitar hacerlo en cuanto la conocía? Nunca. Me aproveché de su naturaleza optimista y de su alegre disposición, y me casé con ella sin más. ¡Nunca lo hubiese hecho! ¡En bien de ella, no en el mío!

El comerciante en juguetes le miró gravemente, sin parpadear. Hasta el medio ojo aparecía ahora abierto e interesado.

—¡Que el cielo la bendiga —continuó todavía el recadero— por la confiada constancia con que ha procurado guardar en el secreto de su corazón la realidad de estos hechos, escamoteándolos de mi conocimiento! Y que me perdone que, con mi corta inteligencia, no lo descubriera por mí mismo. ¡Pobre niña! ¡Pobre Dot! ¡Y no he sabido descubrirlo yo, que la he visto con los ojos llenos de lágrimas cuando se hablaba de festejar un matrimonio como el nuestro! ¡Pobre muchacha! ¡Yo que había observado el secreto temblor de sus labios centenares de veces y no había sospechado nada hasta anoche! ¡Pobre niña! ¿Cómo podía nunca esperar que llegase a estar enamorada de mí? ¡Cómo he podido nunca creer que lo estuviese!

—Ella escogió este camino —respondió Tackleton—. Ella se decidió por mentir, y lo hizo tan bien, que os he de confesar que esto fue el origen de mis dudas.

Y aquí cantó las excelencias de May Fielding por el hecho de que no podía decirse que le fingiera amor.

—Ella procuró hacerlo —dijo el pobre recadero, con la mayor emoción que nunca había sentido—. ¡Solamente ahora me doy cuenta de cuán duramente luchaba por ser mi leal y amante esposa! ¡Cuán buena ha sido! ¡Cuánto y cuán bueno ha hecho por mí! ¡Qué corazón más fuerte y valeroso ha sido el suyo! ¡Que sea testigo de ella la felicidad de que he gozado bajo este techo! Será para mí ayuda y consuelo, ahora que me encuentro solo.

—¿Aquí solo? —dijo Tackleton—. ¡Oh!, ¿pensáis, quizás, daros por enterado de lo que ha pasado?

—Quiero decir —insistió el recadero— que emplearé la mayor amabilidad para compensarla con la máxima reparación que pueda proporcionarle, la mayor que esté a mi alcance. Puedo librarla de la pena cotidiana de un matrimonio desigual, de la lucha horrible por esconderlo. Ella debe sentirse tan libre como yo pueda hacerla.

—¿Darle una reparación? —exclamó Tackleton, retorciéndose y volviendo al revés sus orejas con las manos—. Creo que en lo que estáis diciendo hay algo equivocado. ¡No habéis querido decir esto, sin duda alguna!

El recadero cogió el cuello del comerciante en juguetes y lo sacudió como a una caña.

—¡Oídme una vez para siempre! —le dijo—. Y poned atención en entenderme en lo que os diga. ¡Oídme! ¿Hablo con claridad?

—No podéis hacerlo más claramente —contestó Tackleton.

—¿Incluso lo que quiero que entendáis?

—Exactamente lo que queréis decirme.

—He estado aquí, junto a ese hogar, la última noche, toda la noche… —exclamó el recadero—. En el mismo lugar donde tan a menudo ha estado ella sentada a mi lado, con su dulce mirada clavada en la mía, se me ha aparecido toda su vida, día a día. He tenido ante mí su querida imagen, mostrándose en cada circunstancia, como sometida a mi examen. Y he de reconocer, por mi alma, que ella es inocente, si es que hay alguien que puede discernir la inocencia de la culpa.

¡Leal y constante grillo del hogar! ¡Fieles hadas domésticas!

—La cólera y la desconfianza han huido de mí —continuó el recadero—. Nada me queda ya, salvo el pesar. En un momento desdichado, algún amor de antaño que encajaba mejor que el mío con sus gustos y su edad, hallándose desamparada quizás por mí, a pesar suyo, volvió. En un momento desdichado, cogida por sorpresa y sin tiempo para pensar en lo que hacía, se hizo partícipe de la traición, al querer esconderla. Anoche le vio, en la entrevista que presenciamos. Estaba mal hecho; pero, aparte de esto, ella es inocente, si es que hay verdad en la tierra.

—Si ésta es vuestra opinión… —comenzó Tackleton a decir.

—Por lo tanto, que actúe libremente —prosiguió el recadero—. Que se vaya, pues, con mi bendición por las horas felices que me ha permitido vivir, y mi absoluto olvido por cualquier pena que me haya causado. ¡Que parta y encuentre la paz de espíritu que de todo corazón le deseo! ¡Que nunca me tenga odio!

¡Que aprenda a quererme mejor cuando ya no sea un obstáculo para ella y pueda llevar más ligeramente la cadena que engarcé para ella! Hoy es el aniversario del día en que la tomé de su casa pensando tan poco en su felicidad. Y hoy va a volver de nuevo a ella, y no la molestaré jamás. Su padre y su madre estarán aquí hoy (he proyectado un pequeño plan para que puedan estar juntos los tres), y ella volverá a su casa contando con mi confianza, aquí o a donde sea que vaya. Me deja sin que yo la

culpe de nada, y yo creo que será digna de ello, estoy convencido. Si yo muero (y eso puede suceder cuando todavía ella sea joven, tanta energía he perdido en tan pocas horas), sabrá que yo la he recordado y la he amado hasta el último momento. Esto es el fin de lo que me mostrasteis ayer. Ahora, todo ha concluido.

—¡Oh no, John, no ha concluido nada! ¡No digáis que ya ha concluido! No tan aprisa. He oído vuestras nobles palabras. No puedo irme a hurtadillas, pretendiendo ignorar lo que me afecta a mí y me inspira una gratitud tan grande. No digáis que todo ha concluido hasta que el reloj haya sonado de nuevo.

Estas palabras eran de Dot, que había entrado en la sala poco después de Tackleton y se había quedado allí. En ningún instante había mirado a Tackleton, pero tuvo en todo momento los ojos fijos en su esposo. No obstante, evitaba que él la viese, dejando un espacio tan amplio como era posible entre ambos; y, aunque habló con tan apasionada seriedad, no se acercó a él en ningún momento. ¡Cuán diferente era su actual comportamiento al de la Dot de antes!

—No existe mano alguna que pueda hacer retroceder las horas que el reloj ha hecho sonar en mi corazón para siempre —replicó el recadero, con una sonrisa desfallecida—. Pero dejemos que sea así, si así lo apetecéis, querida. Pronto va a sonar. Es de poca trascendencia lo que nosotros digamos a este respecto. Con gusto realizaría cosas más arduas para complaceros.

—¡Bien! —murmuró Tackleton—. He de marcharme, porque cuando el reloj dé la hora deberé encontrarme camino de la iglesia. ¡Buenos días, John Peerybingle! Me contraría en extremo verme privado de vuestra compañía. Me sabe mal esta pérdida, y el motivo de ella también.

—¡Creo haber hablado clara y simplemente! —dijo el recadero, acompañándolo hasta la puerta.

—¡Oh, sin lugar a dudas!

—¿Recordaréis lo que os he dicho?

—¡Ya lo creo que sí! Y, si me permitís haceros esta observación —dijo Tackleton, no sin antes tomar la precaución de subirse y sentarse en el coche—, he de decir que todo ello ha sido tan insospechado, que difícilmente lo olvidaré.

—Será lo mejor para los dos —recalcó el recadero—. ¡Adiós, y que seáis feliz!

—Me gustaría también poder proporcionaros a vos esa felicidad —terminó Tackleton—, pero, como no puedo, os agradezco vuestro deseo. Entre nosotros, os diré, como ya os he manifestado antes, que no espero encontrar demasiada felicidad en mi vida matrimonial, porque May no ha sido diplomática conmigo, ni tampoco demasiado demostrativa. ¡Adiós! Procurad cuidaros.

El recadero estuvo siguiéndole con la mirada hasta que, en la distancia, quedó oculto por las flores y las cintas de su caballo. Entonces, con un profundo suspiro, avanzó, arrastrándose como un hombre cansado y destrozado, hacia unos olmos

cercanos, sin deseos de regresar a su casa hasta que las campanadas estuviesen a punto de sonar.

Su mujercita, habiendo quedado sola, sollozaba lastimosamente, pero no cesaba de secarse los ojos y procuraba contenerse a fin de considerar cuán bueno era su marido, qué excelente hombre era.

Y una o dos veces se rió de tan buena gana, tan triunfal e incoherentemente, aunque casi llorando al mismo tiempo, que Tilly se sintió profundamente horrorizada.

—¡Oh, por favor, no más llanto! —dijo Tilly—. Esto bastaría para matar al niño, ¡por favor!

—Lo traerás algunas veces para que lo vea su padre, Tilly —exclamó su señora, secándose los ojos—; puesto que no puedo vivir aquí y he de volver a mi antigua casa.

—¡Oh, por favor, no hagáis eso! —gritó Tilly, echando atrás la cabeza y soltando un alarido bestial; en aquel momento se pareció extrañamente a *Boxer*—. ¡Oh, por favor, no repitáis eso! ¿Qué debe de haber hecho todo el mundo a todo el mundo para que todo el mundo sea tan desgraciado?

El tierno corazón de Tilly estuvo a punto de lanzar un aullido en aquel momento —precisamente cuando quería evitarlo, pues hubiera despertado al niño y a buen seguro le hubiera asustado de tal forma, que habría podido originarle algo serio (probablemente convulsiones) —, pero no sucedió así, porque su mirada tropezó con Caleb Plummer, que estaba guiando a su hija. Este espectáculo la volvió en sí, y durante algunos minutos la mantuvo silenciosa, aunque con la boca abierta, y sustentándose en la cuna donde el niño dormía, lanzóse a un extraño baile de San Vito, al mismo tiempo que revolvía la cara y toda la cabeza entre las ropas del pequeño lecho, sacando gran desahogo de tan extraordinarios ejercicios.

—¿Cómo es eso? —dijo Bertha—. ¿No vais a la boda?

—Le he dicho, señora, que no asistiríais a ella —murmuró Caleb—. Oí lo bastante anoche. Pero ¡válgame Dios! —dijo el hombrecito, tomándole tiernamente ambas manos—, yo no doy ninguna importancia a lo que dicen. No les creo en absoluto. No soy nadie, pero dejaría que me cortaran a pedazos antes de creer ni una palabra contra vos.

Le puso los brazos alrededor del cuello y la abrazó como una niña abrazaría a una de sus muñecas.

—Bertha no podía quedarse en casa esta mañana —dijo Caleb—. Estaba intimidada oyendo las campanas tocar, sin poder creer que se hallaba tan cerca el momento de la boda de May y Tackleton. Así pues, salimos temprano de casa y nos venimos aquí. He estado pensando en todo lo que he hecho —confesó Caleb, después de un momento de silencio—. Me he acusado de no haber sabido qué hacer o cómo cambiar las cosas para distraerla de la confusión mental que le he causado; y terminé

creyendo que sería mejor, señora, que estuvieseis conmigo cuando le contara la verdad. ¿Queréis estar a mi lado en estos momentos? —preguntó, temblando de pies a cabeza—. Yo no sé cuál será el efecto que le producirá; no sé lo que va a pensar de mí; ni si después de mi revelación continuará amándome como hasta ahora. Pero es mejor que ella sepa la verdad y que yo pague las consecuencias que merezca.

—¡Dot!, ¿dónde está vuestra mano? —exclamó Bertha—. ¡Ah!, aquí está, aquí está —dijo estas palabras apretándola contra sus labios, con una sonrisa, y poniéndola luego bajo su brazo—. Les oí hablar anoche, entre ellos, de cierta acusación contra vos. No era cierto cuanto decían.

La mujer del recadero continuaba silenciosa. Caleb contestó por ella.

—Estaban equivocados —dijo simplemente.

—¡Ya lo sé! —exclamó Bertha con fiereza—. Se lo dije a ellos mismos. ¡Desdeñé escuchar ni una palabra! ¿Acusaros con justicia? —al decir estas palabras, apretaba su mano entre las suyas y la acercaba suavemente a su mejilla—. ¡No, no estoy tan ciega como para eso!

Su padre se acercó a donde ella estaba mientras Dot permanecía al otro lado de Bertha, dándole la mano.

—Os conozco a todos vosotros —continuó Bertha— mejor de lo que suponéis. Pero a nadie tan bien como a ella. Ni a ti, padre. No hay nada que sea ni la mitad real y verdadero como ella lo es para mí. Si recobrara la vista en este momento y nadie me la mostrase, podría reconocerla en medio de una multitud. ¡Hermana mía!

—Bertha, querida mía —dijo Caleb, de pronto—. Tengo algo en mi mente que he de decirte, ahora que estamos los tres solos. Escúchame con bondad. He de hacerte una confesión, querida.

—¿Una confesión, padre?

—¡Me he apartado de los caminos de la verdad y me he perdido, hija mía! —dijo Caleb, con una lamentable expresión en su cara trastornada—. He tergiversado la verdad, intentando ser bueno contigo, y he sido cruel.

Ella volvió su rostro sorprendido hacia él, y repitió:

—¿Cruel?

—Se acusa a sí mismo demasiado severamente, Bertha —dijo Dot—. Se lo vais a decir vos misma ahora. Seréis la primera en decírselo.

—¿Él, cruel conmigo? —gritó casi Bertha, con una sonrisa de incredulidad.

—Sin querer, hija mía —le dijo Caleb—. Pero lo he sido, aunque no me di cuenta de ello hasta ayer. ¡Mi querida hija cieguecita, escúchame y perdóname! El mundo en que vives, corazón mío, no existe tal como yo te lo he representado. Los ojos en que has creído han sido falsos para ti.

Ella volvió hacia él su cara sorprendida, pero retrocedió y se acercó todavía más a su amiga.

—Tu camino por la vida era demasiado duro, pobrecita mía —dijo Caleb—, y yo procuré suavizártelo. He alterado las cosas, cambiando los caracteres de la gente, inventando muchas cosas que nunca han existido, para hacerte más feliz. Te he ocultado muchas cosas, ¡perdóname!, y te he rodeado de fantasías.

—Pero la gente que vive no son fantasías —dijo ella repentinamente, palideciendo todavía y retrocediendo aún—. ¡No podéis cambiarlas!

—He hecho eso, Bertha —confesó Caleb—. Existe una persona que tú conoces, paloma mía…

—¡Oh, padre!, ¿por qué decís que la conozco? —contestó ella con un tono de acerado reproche—. ¿Qué es lo que conozco y a quién conozco? Yo, que carezco de guía, ¡que no soy más que una miserable ciega!

En la angustia de su alma, extendió las manos como si buscara su camino; y luego, triste y abandonadamente, se cubrió la cara con ellas.

—El matrimonio que hoy tiene lugar —dijo Caleb—, lo contrae, por una parte, un hombre agrio, sórdido, déspota, avaro y sin corazón. Por muchos años ha sido un amo cruel para nosotros dos. Horrible por su aspecto y por su manera de ser, comportándose siempre de un modo frío e insensible. Todo lo contrario de como te lo he descrito en cada detalle, querida, en el menor de los detalles.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la cieguecita, torturada, al parecer, casi más allá de lo que podía soportar—. ¿Por qué razón os atrevisteis a hacerme eso a mí? ¿Por qué razón habéis mentido a mi corazón, siempre repleto de bondades, y luego habéis aparecido como la muerte para arrancarme todo cuanto amo? ¡Oh, Dios mío, cuán ciega estoy! ¡Qué abandonada y sola!

Su apenado padre bajó la cabeza y no replicó más que con su arrepentimiento y su dolor.

Hacía un momento, sólo un momento, que se había abandonado a sí misma, al arrebato de su pena, cuando el grillo del hogar, oído sólo por ella, comenzó a chirriar. No alegremente, sino en un tono bajo, diluido, apenado. Era tan profundamente triste, que las lágrimas empezaron a acudir a sus ojos; y cuando la imagen que no había abandonado en toda la noche al recadero apareció detrás de ella, señalando a su padre, cayeron copiosamente, como la lluvia.

Desde aquel momento oyó más clara la voz del grillo y tuvo conciencia, a través de su ceguera, de que la imagen revoloteaba en torno a su padre.

—Dot —dijo la cieguecita—, decidme cómo es mi casa, cómo es realmente.

—Es una casa pobre, Bertha, muy pobre y vacía, de verdad. El edificio apenas podrá soportar el viento y la lluvia de otro invierno. Ha sido muy duramente atacada por el tiempo, Bertha —continuó Dot, con voz clara—, igual que tu pobre padre con su chaqueta de tela de saco.

La cieguecita, terriblemente agitada, se levantó y condujo a un lado a la mujer del

recadero.

—Aquellos regalos que tanto me halagaban, que recibía al demostrar el menor deseo y tanto me complacía recibir —preguntó, temblando—, ¿de quién procedían? ¿Me los mandabas tú?

—¡No!

—¿Quién, pues?

Dot comenzó a vislumbrar que Bertha ya lo sabía, y se quedó silenciosa. La cieguecita se cubrió el rostro con las manos de nuevo, pero de muy distinta manera, ahora.

—¡Querida Dot, un momento! ¡Sólo un momento! Sobre esto mismo. Háblame más bajo. Eres franca, lo sé; y ahora no vas a engañarme.

—No, Bertha; te lo aseguro.

—Sé que no lo harás; tienes demasiada piedad por mí. Dot, mira alrededor de la habitación donde estamos ahora, donde está mi padre, mi padre, que de tanta compasión me ha dotado y tan cariñoso ha sido para mí, y dime lo que ves.

—Veo —explicó Dot, que entendió perfectamente lo que Bertha deseaba— a un hombre viejo sentado en una silla, echado hacia atrás tristemente y cubriendo su cara con la mano, como si necesitara el consuelo de su hija Bertha.

—Sí, sí: tendrá mi consuelo. Continúa.

—Es un hombre anciano, destruido por el trabajo y la angustia. Un hombre agotado, desanimado, entristecido. Le veo ahora abatido, sin aliento para esforzarse por nada. Pero, Bertha, le he visto muchas veces antes luchando duramente en muchos sentidos por un objetivo grande y sagrado. Y no puedo menos de honrar sus cabellos grises y bendecirle.

La cieguecita no resistió más y se lanzó hacia su padre, abrazándole cariñosamente la cabeza sobre su pecho.

—Acabo de recobrar la vista. ¡Ya veo! —gritaba—. He sido ciega y ahora mis ojos se han abierto. ¡Nunca le había conocido! ¡Pensar que hubiera podido morirme y no haber conocido jamás realmente a mi padre, que ha sido para mí tan enormemente cariñoso!

No hay palabras para describir la emoción de Caleb.

—No existe en la tierra una persona tan buena —exclamó la cieguecita, reteniéndole en su brazo—. ¿A quién querré yo tanto, y a quién amaré de una manera tan absoluta, como a él? Cuanto más blancos sean vuestros cabellos, padre, cuanto más abatido estéis, más os querrá vuestra hija. No les dejéis decir nunca más que yo estoy ciega. ¡No hay una arruga en su cara, ni un cabello blanco en su cabeza, del que yo me olvide en mis plegarias de gracias al Señor!

Caleb hizo un esfuerzo para susurrar: «¡Bertha mía!».

—¡Y en mi ceguera le creía —dijo la muchacha, acariciándole con lágrimas de

exquisito afecto— tan diferente! ¡Y teniéndole a mi lado, día tras día, tan preocupado por mí, y nunca haber pensado en ello!

—El padre fresco y elegante de la chaqueta azul, Bertha —dijo el pobre Caleb—, ha desaparecido.

—Nada ha desaparecido —contestó ella—, queridísimo padre. ¡No!, todo lo que decíais vive aquí todavía, está en vos. El padre que yo quiero tanto, el padre que nunca amaré bastante, y cuya bondad jamás acabaré de apreciar, el bienhechor a quien ahora empiezo a reverenciar y a amar a causa del gran amor que siente por mí: todo está aquí, en vos. Nada ha desaparecido para mí. El alma de todo cuanto me era más querido está aquí, aquí, con esa cara fatigada y en esa cabeza gris. Y yo ya no estoy ciega, padre, ya no lo estaré más.

Toda la atención de Dot había estado concentrada, durante este discurso, en el padre y la hija; pero, fijándose entonces en el segadorcito de la pradera morisca, vio que el reloj estaba a punto de sonar y cayó inmediatamente en un estado de gran excitación nerviosa.

—Padre —dijo Bertha, balbuciente—. ¿Y Dot?

—Sí, querida —respondió Caleb—; está aquí.

—¿No hay ningún cambio en ella? ¿Nunca me habéis dicho nada de ella que no sea cierto?

—Lo hubiera hecho, querida, en el caso de que la hubiera podido describir mejor de lo que ya es. Pero sólo me hubiera sido posible empeorarla, de haber querido cambiarla. Nada hay que pueda mejorarla, Bertha mía.

La cieguecita había mostrado su plena confianza al formular la anterior pregunta a su padre, y por ello el orgullo y la satisfacción que le provocaron la contestación y el nuevo abrazo que dio a Dot fueron emociones dignas de admirar.

—Más variaciones de las que tú supones pueden sobrevenir, no obstante, querida —dijo Dot—. Cambios para mejorar las cosas, quiero decir; variaciones para mayor satisfacción de algunos de nosotros. Pero no tienes que dejar que te impresionen demasiado, si ocurren algunas de ellas. Se oyen ruedas en la calle. ¿Tienes un oído fino, verdad Bertha? ¿Son realmente ruedas?

—Sí, y avanzan muy rápidas.

—Sé que tienes un oído muy agudo —dijo Dot, poniéndose una mano sobre el corazón y hablando tan aprisa como podía para disimular sus latidos—, porque me he dado cuenta de ello a menudo, sobre todo anoche, cuando advertiste tan pronto aquel extraño paso. Aunque me di cuenta de que dijiste: «¿De quién es este paso?», y lo notaste con preferencia a cualquier otro sin saber por qué. Pues, como decía hace un momento, hay muchas variaciones en el mundo, grandes cambios, y no podemos hacer nada mejor que estar preparados para que no nos sorprenda cualquier cosa.

A Caleb le extrañó todo ese palabreo; y se dio cuenta de que hablaba tanto para

Bertha como para él mismo. La vio, con evidente sorpresa, tan agitada e inquieta, que apenas podía respirar; y observó que se cogía a una silla para no caerse.

—No hay duda de que son ruedas lo que se acerca —ratificó ella, jadeante—, y se acercan muy aprisa. Cada vez están más cerca, muy cerca. Y ahora se oye que se han detenido en la puerta del jardín. Y se acercan unos pasos a la puerta… El mismo paso de ayer, Bertha, ¿no es cierto? Y ahora…

Dejó escapar un grito salvaje, de esos que no pueden contenerse, de incontrolable satisfacción; y, corriendo hacia Caleb, puso las manos sobre los ojos de éste mientras un joven entraba en la habitación y, lanzando su sombrero al aire, se precipitaba hacia ellos.

—¿Ya se ha concluido? —preguntó Dot.

—¡Sí!

—¿Todo ha ido bien?

—¡¡Sí! !

—¿Reconocéis esta voz, querido Caleb? ¿Habéis oído antes una semejante? —exclamó Dot.

—Si mi hijo, el que se fue a las Américas, estuviese vivo… —dijo Caleb, temblando impresionado.

—¡Está vivo! —chilló más que gritó Dot, quitándole las manos de los ojos y dando unas palmadas de alegría—. ¡Miradle! Vedle ante vos, sano y robusto. ¡Vuestro propio hijo querido! ¡Tu propio hermano está entre nosotros, Bertha!

¡Honor a la muchachita por sus expresiones de júbilo! ¡Honor a sus lágrimas y risas mezcladas, cuando los tres se encerraron en un solo abrazo! ¡Honor a la emoción con que se adelantó a recibir a su hermano marinero, el de la piel quemada por el sol, con su cabello oscuro ondeante, y de ninguna manera volvió a un lado su rosada boquita, antes al contrario, le dejó que la besara libremente y la apretara a ella sobre su corazón!

Y honor también al cuclillo, ¿por qué no?, por el hecho de precipitarse por el escotillón del palacio morisco como un escalador y lanzar sobre la reunión doce hipos con tal fuerza, que parecía que estuviera ebrio él también de alegría.

El recadero, al entrar, quedóse estupefacto; no esperaba, ciertamente, hallarse en tan buena compañía.

—¡Mirad, John —dijo Caleb, exultante—, mirad quién está aquí! ¡Mi propio hijo, que ha regresado de las Américas! ¡Mi propio hijo! ¡Aquel a quien suministrasteis todo lo necesario para que pudiera embarcarse! ¡Aquel para quien siempre fuisteis un amigo sincero!

El recadero adelantóse para poder asirle con la mano, pero, recordándole algunos de sus rasgos los del hombre sordo del carruaje, dijo:

—Pero, Edward, ¿eres tú en realidad?

—Bien, ¡ahora explícaselo todo! —exclamó Dot—. ¡Explícale, Edward, cómo ha sucedido todo! Y no me compadezcas, porque no estoy dispuesta a ser indulgente ni conmigo misma.

—Yo era el anciano del carruaje —empezó Edward.

—¿Y podías meterte a hurtadillas en casa de tu viejo amigo? —comentó el recadero—. Antes eras un muchachote franco y noble. ¿Cuántos años hace de ello, Caleb? Desde que tuvimos la noticia de tu muerte… Un chico leal que jamás hubiera obrado así.

—Entonces erais un buen amigo para mí; más un padre que un amigo —dijo Edward—, que nunca me hubiera juzgado sin haberme oído. Así erais entonces. Estoy seguro de que ahora también me escucharéis.

El recadero, con una mirada turbada dirigida a Dot, que todavía se mantenía alejada de él, contestó:

—Bien, ¡no espero más que eso! Empieza.

—Debéis saber que cuando abandoné el lugar, siendo todavía un muchacho —dijo Edward—, estaba enamorado, y mi amor era correspondido. Era una muchachita muy joven que quizás (me diréis vos ahora) no sabía a ciencia cierta qué quería. Pero yo sí lo sabía y sentía una gran pasión por ella.

—¿Tú? —exclamó el recadero—. ¿Tú?

—Ciertamente que sí —continuó el otro—. Yo creía que ella me correspondía, siempre lo creí así, y ahora estoy seguro de ello.

—¡Que Dios te ayude! ¡Esto es lo peor de todo!

—Constante en mi afecto por ella —siguió Edward— y volviendo, lleno de esperanza, después de varias aventuras y peligros, para redimir en parte nuestro viejo contrato, oí decir, cuando me encontraba a unas veinte millas de este lugar, que ella me había traicionado: que me había olvidado y se había unido a otro hombre mucho más rico. No tenía la intención de acercarme a ella, pero deseaba verla y probar sin ninguna clase de duda que lo que me habían dicho era cierto. Esperé que se vería obligada a hacerlo contra su voluntad y sus recuerdos. «Sacaré poca ventaja, pero de todos modos me servirá de consuelo», me dije; y por eso vine. Porque no podía quedarme sin conocer la verdad; la verdad pura, observándola libremente por mí mismo y juzgando por mí mismo, sin obstrucciones de nadie, ni presentando mi influencia, si es que tenía todavía alguna ante ella. Me disfracé, pues, cambiando completamente mi verdadera personalidad, como ya sabéis; y esperé una oportunidad en la carretera, también sabéis dónde y cómo. No sospechasteis de mí; ni ella tampoco —señalando a Dot—, hasta que vine a este hogar y le dije algo al oído, y por poco me descubre.

—Pero cuando ella supo que Edward estaba vivo y había vuelto —dijo entonces Dot, continuando entre sollozos la relación que tantos deseos tenía de hacer ella

misma, durante toda la narración del marinero—, y cuando supo su propósito, le recomendó que no revelara su identidad; porque su viejo amigo John Peerybingle era demasiado abierto y franco de natural, y opuesto a toda clase de artimañas —siguió Dot, medio llorando, medio riendo—, para guardarse el secreto para sí. Y cuando ella (esto es: yo, John) —sollozó la mujercita—, cuando yo se lo dije todo, y que su novia le había creído muerto, y que al fin ella había sido convencida por su madre a que se casara por esta estúpida razón que llaman conveniencia, y cuando ella (todavía yo, John) le dijo que no estaban casados, pero sí muy próximos a ello, y que aquella unión no sería nada más que un sacrificio porque no había amor por parte de ella, y cuando casi él se volvió loco de alegría al oír estas novedades, entonces ella (esto es: yo) dijo que hablaría con ellos, como había hecho en otros tiempos, John, para sondear a la novia y asegurarse de que ella (yo, John) decía y pensaba la verdad. Y llevaba razón, John. Y finalmente se han unido el uno al otro, John, hace apenas una hora. ¡Y aquí está la recién desposada! ¡Y «Gruff y Tackleton» se va a quedar soltero para toda su vida! ¡Y yo soy feliz, mi querida May, y que Dios te bendiga!

Dot era una mujercita irresistible cuando se proponía algo, y nunca tan completamente irresistible como en su actual entusiasmo. Nunca ha habido felicitaciones tan deliciosas y llenas de cariño como las que se repartieron entre ella y la novia.

Entre el tumulto de emociones que embargaban su corazón, el honrado recadero había quedado confuso. Precipitóse ahora hacia ella, y Dot extendió su mano para detenerle, por lo que tuvo que retroceder unos pasos.

—¡No, John, no! ¡Acabad de escucharlo todo! No me devolváis el amor que queríais quitarme sin antes oír todo lo que tengo que deciros. Es falso que haya tenido con vos ningún secreto. Lo siento. Pero no he tenido ante vos ninguna culpa hasta que vine y me senté a vuestro lado en el escabel, anoche. Pero cuando me enteré, por lo que leí en vuestra cara, que me habíais visto pasearme con Edward por la galería del almacén, y cuando supe lo que estabais pensando, comprendí cuán equivocado y absurdo era todo ello. Pero, a pesar de todo, ¡por Dios, John! ¿cómo pudisteis, cómo pudisteis pensar eso de mí?

¡Vaya manera de sollozar de nuevo la mujercita! John Peerybingle hubiera querido retenerla en sus brazos; pero no, ella no quería todavía dejar que lo hiciera.

—¡No me améis aún, por favor, John! ¡Dejad pasar todavía mucho tiempo! Cuando estaba disgustada por ése proyectado matrimonio, querido, era porque recordaba que May y Edward eran dos enamorados tan jóvenes; y sabía que el corazón de ella estaba lejos de Tackleton. Ahora vos conocéis todo esto perfectamente, ¿no es verdad, John?

John estuvo a punto de precipitarse hacia ella de nuevo, ante esta pregunta, pero ella le detuvo otra vez.

—No, quedaos ahí, ¡por favor, John! Cuando me reía de vos, como hacía algunas veces, John, y os llamaba torpe y chapucero, y bobo de capirote, y toda clase de otros nombres, era porque yo os amo, John, y os amo tanto, y tomo tanto placer en vuestra manera de ser, que no querría por nada del mundo veros cambiar en el menor aspecto, ni aunque llegaseis a transformaros mañana en un rey. Os quiero tai como sois.

—¡Bravo! —gritó Caleb con un vigor desusado—. ¡Esta es mi opinión!

—Y cuando yo me refiero a gente de media edad y seria, John, y dejo pensar que creo que somos una pareja aburrida, marchando a saltos, es solamente porque soy una tontuela, John, y me gusta a veces divertirme con el niño jugando con él y con vos. Podéis creerme.

Ella presintió que él iba a precipitarse hacia ella de nuevo, y lo detuvo otra vez. Pero esta vez fue casi demasiado tarde.

—No, no me hagáis ninguna demostración de cariño por uno o dos minutos, ¡por favor, John! Lo más importante que he de deciros lo he guardado para el final. Mi querido, bueno y generoso John, cuando hablamos la otra noche a propósito del grillo, estuve a punto de deciros que en un principio no os amé con la misma intensidad que ahora; que, cuando vine aquí por primera vez estaba casi asustada por miedo a no saber quereros tanto como esperaba poder hacerlo, y para lo cual rogaba con todo el fervor de mi juventud, John. Pero, querido John, cada día y cada hora os he querido más y más. Y si hubiese podido amaros más de lo que os amo, las nobles palabras que os he oído pronunciar esta mañana me hubieran decidido a ello. Pero no puedo amaros más. Todo el afecto que os profeso (que es infinito, John) y que en justicia merecéis, hace tiempo que os lo he dado, y ya no me queda más que ofreceros. Ahora, querido esposo, recibidme otra vez en vuestro corazón. ¡Este es mi hogar, John; y nunca, nunca jamás se os ocurra pensar en enviarme a ningún otro sitio que no sea éste!

En ningún momento podréis sentir en el futuro un placer semejante al que hubierais experimentado al ver a una preciosa mujercita en los brazos de un tercero, como el que habríais tenido al ver correr a Dot hacia el abrazo del recadero. Fue la más completa, espontánea, sincera e íntima demostración de ternura que hubierais presenciado en toda vuestra vida.

Podéis estar seguros de que el recadero estaba en estado de perfecto éxtasis; y también lo podéis estar respecto a todos los demás, incluso la señorita Slowboy, que derramaba las lágrimas a cántaros, y, deseando incluir a su joven protegido en el gran intercambio de felicitaciones, pasaba el niñito de unos brazos a otros como si se tratara de un artículo bebestible.

Pero en aquel momento se oyó otra vez el ruido de unas ruedas en el exterior, y alguien anunció que «Gruff y Tackleton» estaba llegando. En un instante ese digno caballero apareció, sofocado y aturdido.

—Pero ¿qué diablos esta sucediendo aquí, John Peerybingle? —dijo Tackleton—. Ha de haber habido alguna equivocación, sin duda. Convoqué a la señora Tackleton para que nos reuniéramos en la iglesia, y juraría que nos hemos cruzado en el camino cuando ella venía hacia aquí. ¡Oh! Efectivamente, ¡aquí estáis! Servios excusarme, señor, porque no tengo el placer de conoceros, pero os agradecería que dejaseis en paz a esa joven señora, porque tiene que atender a una cita particular esta mañana.

—Lo siento, pero no la puedo dejar en paz —contestó Edward—; ni tengo tiempo para pensar en ello.

—¿Qué es lo que estáis diciendo, atrevido vagabundo? —preguntó Tackleton.

—Digo que, si bien puedo toleraros vuestras palabras, porque reflejan vuestra natural contrariedad —dijo el otro, con una sonrisa—, esta mañana me encontraréis completamente sordo a cualquier discurso que se os ocurra, como lo estaba anoche a todos los que se me hubieran querido imponer.

¡Ya se puede imaginar la mirada que Tackleton fulminó contra él y el sobresalto que tuvo!

—Lo siento, caballero —continuó Edward, tomando un dedo de la mano izquierda de May, precisamente el del corazón—, pero esta joven señora no puede acompañaros a la iglesia; como que esta mañana ya ha estado allí una vez, quizás os serviréis excusarla de que vuelva.

Tackleton miró con despecho el dedo del corazón y sacó del bolsillo de su chaqueta un papel de plata que debía contener, evidentemente, un anillo.

—Señorita Slowboy —dijo Tackleton—, ¿queréis tener la bondad de echar esto al fuego? Muchas gracias.

—Mi compromiso era anterior, de mucho tiempo, al vuestro; por lo que mi esposa no podía tomar ningún otro, ni, por tanto, el vuestro, os lo participo —dijo Edward.

—El señor Tackleton me hará la justicia de declarar que así se lo revelé yo fielmente, y que muchas veces le repetí que nunca podría olvidaros —dijo May, sonrojada, mirando a Edward.

—¡Oh, esto es totalmente cierto! —exclamó Tackleton—. ¡Claro que sí! ¡Es completamente exacto! No tengo nada que oponer, señora de Edward Plummer. ¿No es éste ahora vuestro nombre?

—¡Exactamente! —respondió la recién casada.

—¡Ah!, no había tenido el gusto de conoceros, caballero —dijo entonces Tackleton, examinando minuciosamente la cara de aquél y haciéndole un profundo saludo—. Os deseo mucha felicidad, señor.

—Muchas gracias.

—Señora Peerybingle —comenzó a decir luego Tackleton, volviéndose de repente hacia donde se encontraba ella con su marido—, lo siento. No me habéis tratado con demasiado cariño, pero, sinceramente, siento lo que ha pasado. Sois

mejor de lo que yo creía. John Peerybingle, excusadme. Estoy seguro de que me comprendéis, y esto me basta. Todo, pues, está arreglado y es perfectamente satisfactorio. ¡Buenos días!

Con estas palabras se despidió de la concurrencia y salió de la casa. Sólo se detuvo en la puerta para sacar las flores y las cintas de la cabeza de su cabello y para asestarle un tremendo puntapié en la canilla, como para informarle de que había surgido algún tropiezo en los acontecimientos.

Naturalmente, quedaba por cumplir un serio deber: el de celebrar aquel día con una fiesta que marcara el acontecimiento para siempre jamás en el calendario de los Peerybingle. Por lo tanto, Dot se dispuso en seguida a preparar el festival de manera que cubriese de honor imperecedero a la casa y a todos aquellos a los que lo sucedido afectaba. Y en muy poco tiempo ya tenía harina hasta los graciosos hoyuelos de los codos, que blanqueaban la chaqueta del recadero cada vez que éste se le acercaba, impidiéndosele así darle un beso. Este excelente hombre lavó las verduras, mondó los nabos, rompió algunos platos, derramó sobre las brasas los potes de hierro llenos de agua fría y se hizo, en fin, imprescindible, como puede apreciarse, por toda clase de medios a su alcance. Mientras, se reclutó con repentina urgencia, en la vecindad, una pareja de asistentas profesionales, como si se tratara de un caso de vida o muerte, y todas tropezaban unas con otras en los quicios de las puertas y en los rincones, y todo el mundo se daba de narices con Tilly Slowboy y el pequeño, adonde quiera que fuese.

Tilly jamás se ofreció como un espectáculo de actividad de manera tan intensa como en aquella ocasión. Su ubicuidad era tema de general admiración. Era un escollo en el corredor, a las dos y veinticinco minutos; un enredo en la cocina, a las dos y media; y un valladar en el desván, a las tres menos veinticinco minutos. La cabeza del chiquillo, como de costumbre, era la piedra de toque para la investigación de la materia de que se trataba, fuese animal, vegetal o mineral. Nada, se hizo servir en aquel fausto día sin que, de una u otra manera, no entrase en íntimo contacto con la cabecita del pobre pequeño.

Luego se formó una gran comitiva organizada para visitar a la señora Fielding, para rendirle homenaje de simpatía y pleitesía, y decirle con cuánto pesar notaban su ausencia, y llevarla, aunque fuese a la fuerza, para que se sintiese satisfecha y dispuesta a perdonarlo todo. Y cuando la expedición entró, en un principio, en contacto con ella, no quiso entenderse de razones, pero afirmó innumerables veces que jamás hubiera querido vivir para tener que sufrir un día como aquél, y no atinaba a decir otra cosa sino: «Ahora ya podéis llevarme a la tumba», lo que parecía absurdo, puesto que de ningún modo podía decirse que estuviese muerta, o algo parecido. Después de un tiempo, se dejó caer en un estado de calma mortal e hizo observar que, cuando ocurrió aquella infortunada serie de circunstancias en el colapso

del comercio de tintes de añil, ya había pronosticado que en el porvenir estaría expuesta, durante toda su vida, a toda clase de insultos y contumacias, y que estaba contenta de encontrar que su presagio se estaba cumpliendo; y les rogó que no se molestaran con respecto a ella ¿por qué?, ¿quién era ella, ¡Dios mío!, sino una doña nadie? —y les insistió que se olvidasen de que un ser como ella había vivido jamás, y que siguiesen el curso de sus respectivas vidas sin acordarse de ella. De esta manera, amargamente sarcástica, pasó a otro plano más rabioso, en el cual descargó su bilis desahogándose con una expresión tan notable como que «el gusano se revuelve cuando se le pisa»; y una vez dicho esto se sumió en una apesadumbrada congoja, afirmando que si, por lo menos, hubiesen confiado en ella, ¡cuántas hubieran podido ser las sugerencias con que los hubiera ayudado! Aprovechando la ventaja que le proporcionaba esta crisis de sentimientos, la comisión corrió a abrazarla para disuadirla de su mala impresión, de manera que pronto buscó sus guantes y accedió a ponerse en camino hacia la casa de John Peerybingle, en estado de intachable gentileza.

Entonces vinieron el padre y la madre de Dot, en otra pequeña calesa; y, como sea que se retrasaban, se temió que algo les hubiera sucedido, por lo que salían a la calle, de cuando en cuando, para ver si los veían llegar por la carretera; y la señora Fielding siempre siempre escogía para sus temas de conversación unos puntos de vista imposibles moralmente; y, habiendo sido una vez llamada su atención sobre esta peculiaridad de su carácter, se defendió afirmando que ella podía tomarse la libertad de escoger los puntos de vista que le vinieran en gana.

Por fin, llegaron: formaban una pareja rechoncha que andaba a paso lento, acomodada y confortablemente ataviada, lo cual pertenecía sin duda a las características de la familia de Dot; y ésta y su madre, una al lado de la otra, eran contempladas con muy peculiar agrado, tan semejantes eran entre sí.

La madre de Dot aprovechó la oportunidad para reanudar su amistad con la de May, y ésta no dejó pasar la ocasión de dejar puntualizada su noble ascendencia, mientras que aquélla no se vanaglorió, y con razón, de nada más sino de dar presteza a sus activos pies. Y el viejo Dot —así llamaban todos al padre de la mujercita, y creo que he olvidado cuál era su verdadero nombre (pero éste es un detalle que realmente no importa)— se tomó ciertas libertades con la señora Fielding y encajó con ella la mano apenas se la presentaron, sin gran respeto hacia su sombrero de gala, en el cual no vio nada más que vanidad y muselina, y no concedió mayor importancia al desgraciado colapso del comercio de tintes de añil, porque, dijo, ya nada se podía hacer en el tiempo presente para remediar las consecuencias; y, con respecto a la consideración que él mereció a la señora Fielding, no tenemos por qué disimular que más bien lo encontró un hombre bonachón, pero quizás algo vulgarote.

No me perdonaría nunca haberme olvidado de Dot haciendo los honores con su

traje de bodas. Su esplendente rostro era una verdadera bendición del cielo. Tampoco me olvido del buen recadero, tan jovial y coloradote, sentado en la cabecera de la mesa. Tampoco del moreno y fresco marinero, y de su bella esposa. De nadie, en fin, de los presentes. Ni puede olvidarse la comida, pues sería dejar de mencionar la inmensa alegría imperante y tan abundantes y sabrosos manjares como un hombre puede apetecer. Y dejar sin constancia los brindis que se bebieron en honor de la boda sería cometer el más imperdonable de los olvidos.

Después de la comida, Caleb cantó la canción de la copa mágica. Tan cierto como que soy un hombre —y deseo de continuar siéndolo, al menos, por dos o tres años más —, he de afirmar que la cantó íntegra y delicadamente.

Y precisamente en el mismo instante en que acababa su última estrofa, ocurrió un inesperado incidente.

Llamaron a la puerta y un hombre entró tambaleándose, sin pedir permiso ni serle concedido, y llevando algo muy pesado en la cabeza. Echando el fardo de que era portador encima de la mesa, exactamente en el centro de las nueces y las manzanas, dijo:

—Con las felicitaciones del señor Tackleton, y como que la tarta ya no tiene para él utilidad alguna, ha pensado que quizás os vendría a gusto comérosla vosotros.

Y, dichas estas palabras, se retiró.

Hubo un momento de cierta sorpresa entre la concurrencia, como podéis muy bien imaginaros. La señora Fielding, que, como todos sabemos, era una señora de mucho discernimiento, sugirió que la tarta podía estar envenenada, y narró un sucedido a propósito de otra tarta, la cual, según sus informes, había amoratado a todo un colegio de señoritas. Pero fue vencida por aclamación, y el pastel fue cortado por May con mucha ceremonia y gran alegría.

Creo que todavía nadie había probado un bocado de aquel dulce cuando volvió a oírse otro golpecito en la puerta, y el mismo hombre apareció de nuevo con un gran paquete bajo el brazo, envuelto en papel de estraza.

—Con las felicitaciones del señor Tackleton, que se complace en enviar algunos juguetes para el niño. No son de los que asustan.

Y, después de haber emitido este mensaje, se retiró de nuevo.

Todos los concurrentes hubieran tenido mucha dificultad por encontrar palabras para expresar su asombro, incluso en el caso de disponer de mucho tiempo para buscarlas. Pero no lo tenían, porque, apenas el mensajero había cerrado la puerta detrás de él, se oyó un nuevo golpecito y el mismo Tackleton en persona se presentó en el dintel.

—¡Señora Peerybingle! —dijo el comerciante en juguetes, sombrero en mano—. Lo siento. Estoy todavía más apenado que esta mañana. He tenido tiempo suficiente para pensarlo. ¡John Peerybingle! Soy agrio y desapacible por naturaleza, pero no

puedo evitar que mi carácter se mejore, más o menos, cuando trato a un hombre como vos. ¡Caleb! Esta inconsciente niñera me dio anoche un mal consejo del que he encontrado el origen. Me avergüenzo de pensar cuán fácilmente me hubiera podido ganar vuestro cariño y el de vuestra hija, y qué miserable idiota era yo al considerarla a ella como a tal. ¡Amigos! A todos me dirijo. Mi casa está terriblemente sola esta noche. No tengo ni tan sólo un grillo en mi hogar. Los he dispersado a todos. Sed compasivos conmigo. Dejad que me una a esta alegre reunión.

En cinco minutos se sintió como en su propia casa. Nunca habéis visto un sujeto como él. ¿Qué es lo que de él mismo había venido haciendo durante toda su vida? Nadie había sabido nunca que era capaz de tan gran dosis de jovialidad. ¿Qué habían hecho con él las hadas, para transformarlo de tal manera?

—¡John! Espero que no me mandaréis a casa esta noche —susurró Dot.

¡Pues sí que lo había estado pensando durante largo rato!

No faltaba más que otro ser vivo, para que la reunión estuviera completa. Y, en un abrir y cerrar de ojos, allí se presentó, muy sediento de tanto correr y enfrascado inútilmente en meter su cabeza en el gollete demasiado estrecho de un jarro. Había hecho el recorrido tras el carro o la carreta, muy contrariado por la ausencia de su amo y rebelde con el mozo que le sustituía. Este, después de haber dado unas vueltas por el establo tratando, sin éxito, de convencer al caballejo para que regresara por su cuenta a casa, entró en la taberna próxima y se tendió ante el fuego. Entonces él, llegando inopinadamente a la conclusión de que el sustituto era una farsante y merecía que le abandonase, se levantó de nuevo y volvió grupas en dirección a casa.

Por la noche hubo baile. Me hubiera bastado mencionar en general esta diversión, si no tuviera alguna razón para suponer que se trataba de una danza muy original y de figuras poco conocidas y muy bellas. Fue ejecutado de esta forma:

Edward, el marino, un muchacho franco y bondadoso, les había contado varias maravillas relativas a los loros, las minas, los mejicanos y el polvo de oro, cuando de repente se le ocurrió levantarse de su asiento y proponer un baile. El arpa de Bertha estaba allí, y ella tenía tanto garbo en pulsarla, que seguramente habréis oído hablar de su habilidad. Dot, una pillina redomada cuando se lo proponía, dijo que se le habían pasado las ganas de bailar, pero yo supongo que esa actitud se debía a que el recadero estaba fumando su pipa y ella prefería sentarse a su lado. La señora Fielding no tenía voz en ese capítulo, por lo que se limitó a decir que sus días de bailoteo habían caducado; y todo el mundo dijo lo mismo, excepto May. May estaba dispuesta a empezar el baile.

Por tanto, May y Edward se levantaron, entre el aplauso de todos, para danzar solos; y Bertha tocó su melodioso instrumento.



¡Bien! A decir verdad, sólo habían bailado cinco minutos cuando, súbitamente, el recadero dejó la pipa a un lado, tomó a Dot en sus brazos y se precipitó como un rayo al centro de la sala, empezando a bailar con ella un «punta y talón» de lo más movido. Apenas Tackleton vio esta actividad, se deslizó al lado de la señora Fielding, la tomó por la cintura e hizo lo mismo. Y el bonachón del padre de Dot, tan pronto como vio que la animación se iba generalizando, se levantó asimismo con gran entusiasmo, arrebató a la señora Dot de su asiento, y la condujo al centro del baile, convirtiéndose allí en la pareja más dinámica. En seguida que Caleb vio este alboroto, tomó a Tilly Slowboy con ambas manos y la llevó a completar el tumulto que se había organizado. Y la señorita Slowboy, firme en la convicción de que bailar consistía en meterse entre las demás parejas para repartir una serie de empujones y topetazos, fue la que los practicó con mayor devoción y entusiasmo.

¡Y ahora oíd cómo el grillo se une a la música con su chirriar, y cómo el puchero zumba y tararea!



Pero ¿qué es eso? En cuanto los he oído, me he vuelto gozosamente hacia Dot para dirigir una última mirada a aquella figurita tan deliciosa para mí, pero ella y el resto se ha desvanecido en el aire y me han dejado completamente solo.

Un grillo chirría en el hogar, un juguete yace olvidado en el suelo, y ya no queda nada más.



CHARLES JOHN HUFFMAN DICKENS, Portsmouth, (Inglaterra, 7 de febrero de 1812 – Gads Hill Place, Inglaterra, 9 de junio de 1870) fue un famoso novelista inglés, uno de los más conocidos de la literatura universal, y el principal de la era victoriana. Fue maestro del género narrativo, al que imprimió ciertas dosis de humor e ironía, practicando a la vez una aguda crítica social. En su obra destacan las descripciones de gente y lugares, tanto reales como imaginarios. Utilizó en ocasiones el seudónimo Boz.

Sus novelas y relatos cortos disfrutaron de gran popularidad en vida del escritor, y aún hoy se editan continuamente. Dickens escribió novelas por entregas, el formato usual en la ficción en su época, por la simple razón de que no todo el mundo poseía los recursos económicos necesarios para comprar un libro, y cada nueva entrega de sus historias era esperada con gran entusiasmo por sus lectores, nacionales e internacionales.

Las novelas de Dickens eran, entre otras cosas, trabajos de crítica social. Él era un fiero crítico de la pobreza y de la estratificación social de la sociedad victoriana. A través de sus trabajos, Dickens mantenía una empatía por el hombre común y un escepticismo por la familia burguesa.